

GREGORIO ESTRADA

Director

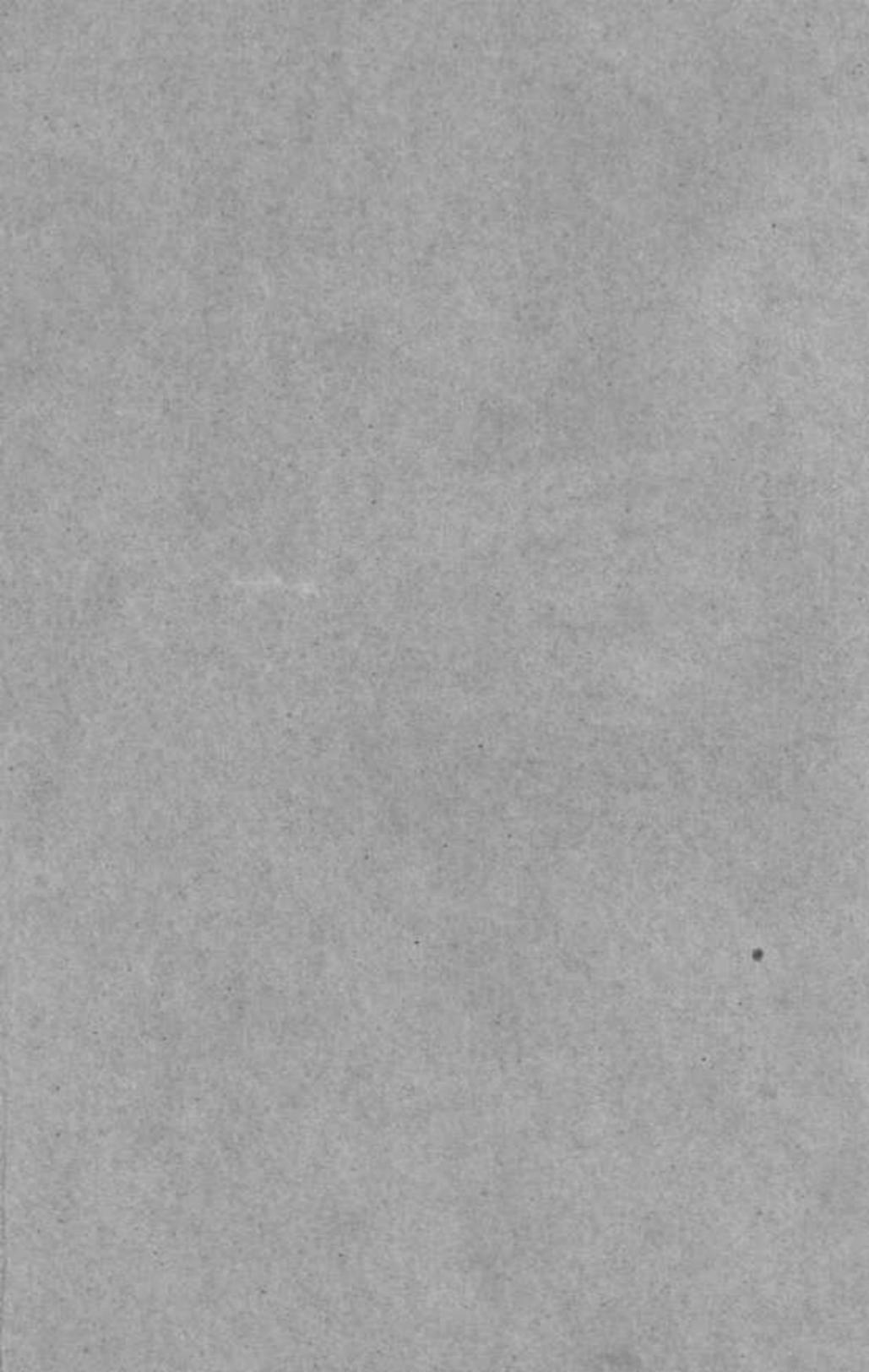
BIBLIOTECA

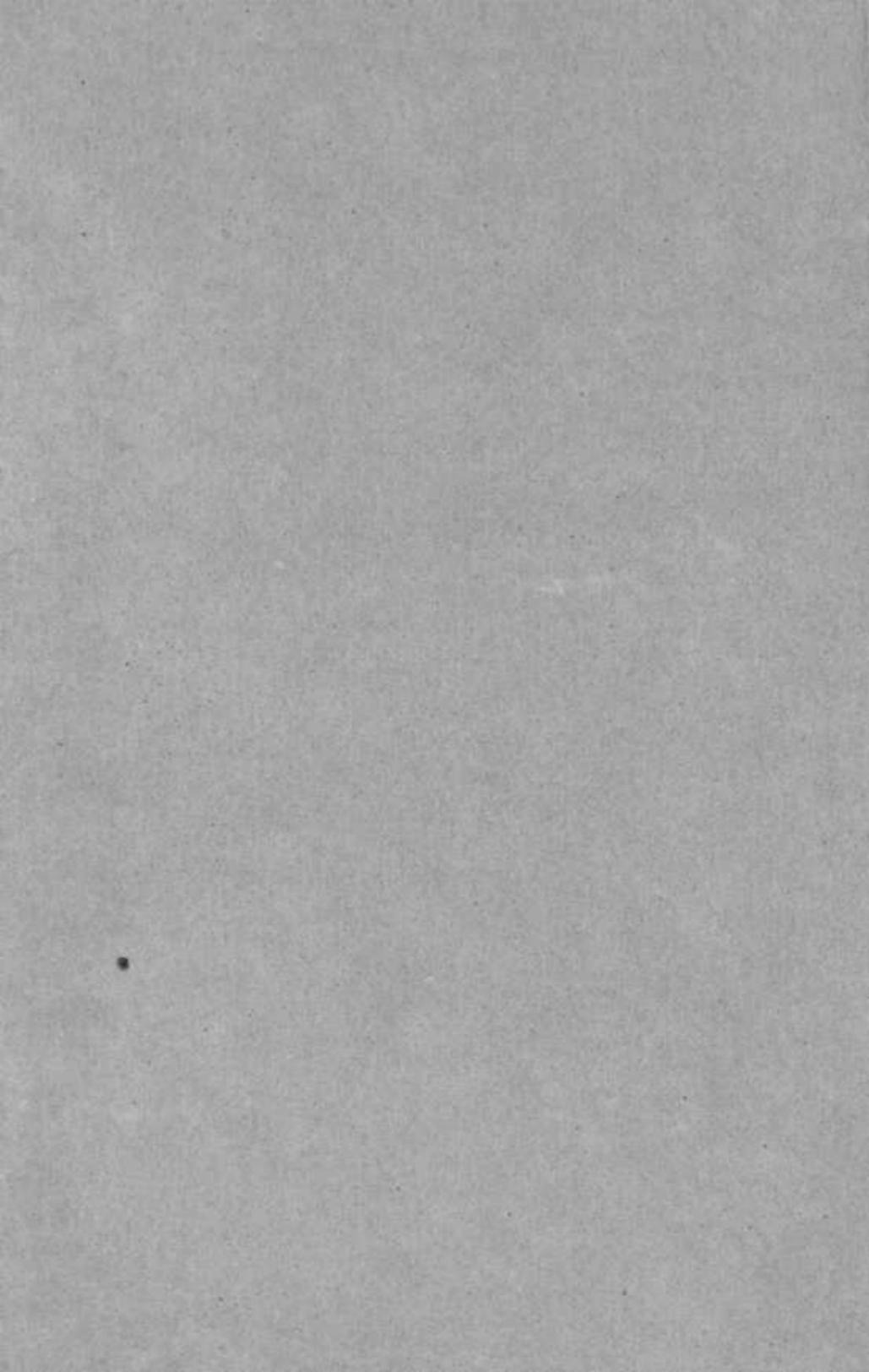
ENCICLOPÉDICA POPULAR

ILUSTRADA

MADRID

DOCTOR FOUQUET, 7.





D6CC
A

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada
Sección 4.^a—HISTORIA.

LEON
y
CASTILLA

DEL AÑO 850 AL 1350

(PÁGINAS DE LA HISTORIA PATRIA—RECONQUISTA)

POR

D. EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO



MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Doctor Fouquet, 7



R. 47855

t. 5762-5
C. 1072758

Esta obra es propiedad del Editor de la **BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA**, y será perseguido ante los tribunales el que la reimprima sin su permiso.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SOCIEDAD
ECONÓMICA MATRITENSE
DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

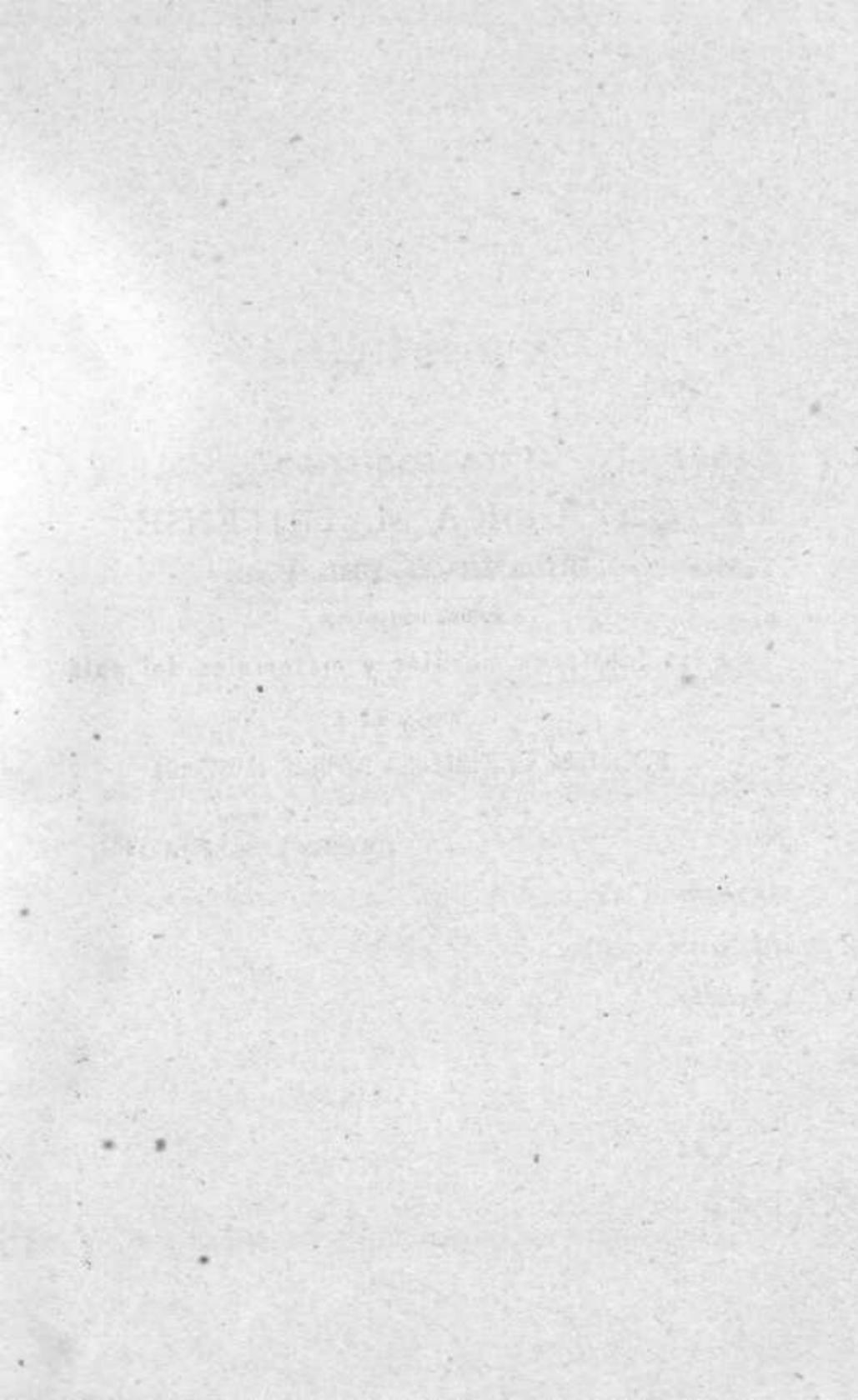
de los intereses morales y materiales del país

DEDICADA A

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

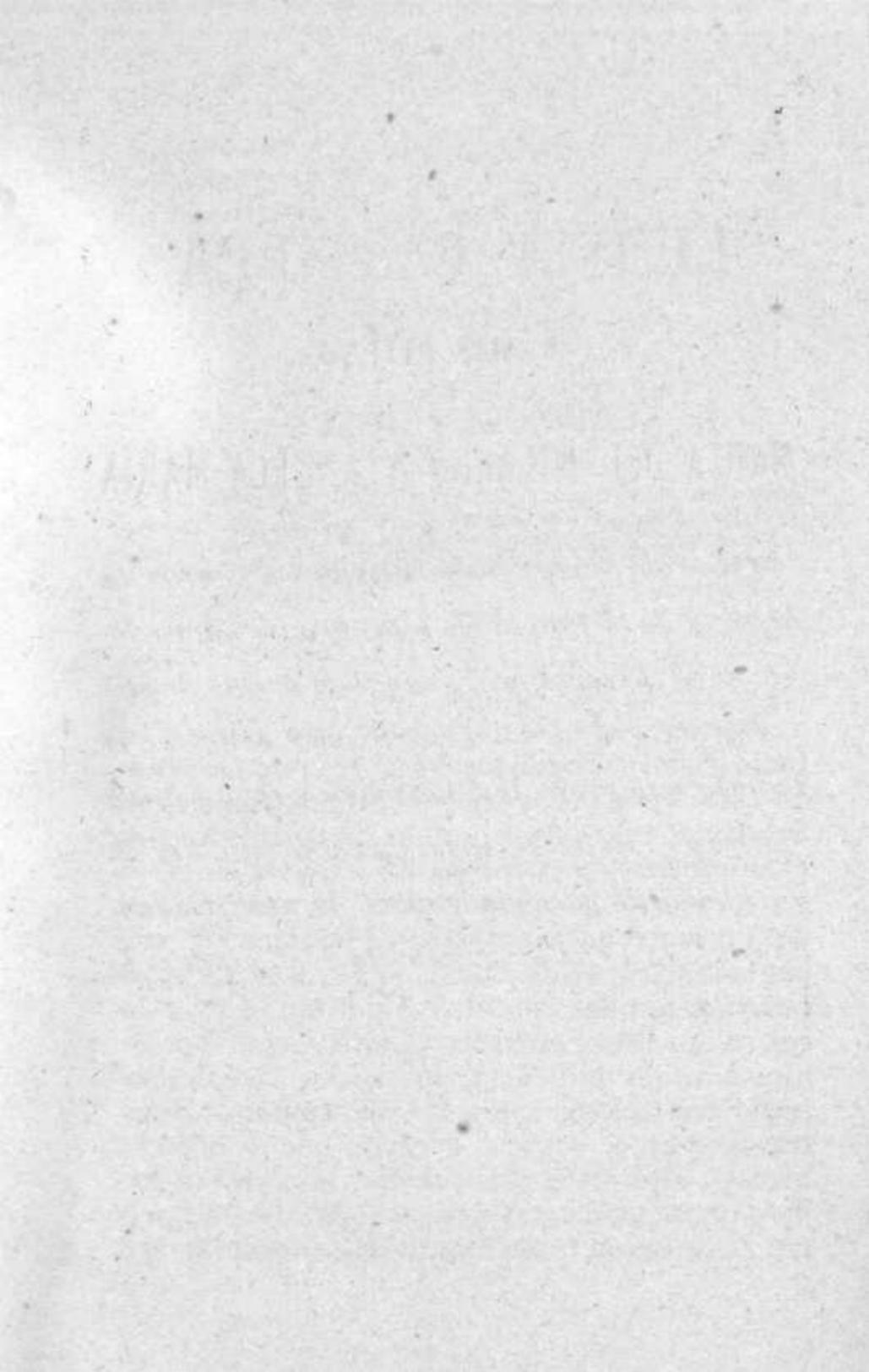


Á MIS HIJAS

MARÍA DEL MILAGRO Y ÁNGELA-MARÍA

Para que, niñas aún, empiecen á conocer la historia de la Patria en estas breves narraciones de la Reconquista, grandioso poema de gloria y de grandeza, cuyo primer canto es el triunfo milagroso de Covadonga y cuya página postrera, escrita en siete siglos de batallas, es un himno de victoria en la oriental Granada, ante la Cruz de Jesucristo y el pendon de Castilla.

FUSEBIO.



LEON Y CASTILLA

CAPÍTULO PRIMERO.

Advertencias al lector, por vía de prólogo.—Reyes de Asturias: Ramiro I y Ordoño II.—Famosas rebeliones de Muza-ben-Zeyah y Omar-ben-Hafsun.—Errores notables de D. Juan Antonio Conde y D. Modesto Lafuente.—Rectificaciones.

I.

No contienen las páginas de este libro un estudio histórico para los hombres doctos: como en *Guadalete y Covadonga*, primer tomo de la Sección 4.^a de esta BIBLIOTECA, publicado en el año último, y como en *La Corona de Aragón*, que será la segunda parte, la continuación del presente, hallarán nuestros lectores en estas páginas una sencilla narración de hechos históricos, ó admitidos como tales por los historiadores nacionales y aún extranjeros;—que no hemos omitido diligencia ni consulta para desempeñar con acierto, dada la escasa valía de nuestras fuerzas, el honroso encargo que se nos ha hecho; para buscar la verdad histórica y dejarla consignada, así registrando las antiguas crónicas, desde la Salmanticense hasta la del

canciller Pero Lopez de Ayala, como leyendo cuidadosamente las modernas investigaciones de M. Reinhart Dozy y los eruditísimos escritos de los sabios académicos Sres. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, D. Francisco Codera y Zaidin, D. Francisco Javier Simonet, y otros.

Pocas novedades, repetimos, hallarán aquí los hombres doctos: el camino que recorreremos, desde la primera etapa hasta la última, está bien explorado, y escaso trabajo cuesta recorrerle sin grandes tropiezos.

Pero, ¿quiere decir esto que ya está hecha con perfecta exactitud la historia de la patria, y en especial la del largo y oscuro período que comienza en la misma desastrosa batalla de los campos de Vejér, junto al lago de la Janda (mal denominada batalla de Guadalete), y no termina hasta el reinado de D. Fernando I de Castilla y Leon?

Ademas, ¿quiere decir esto que nuestras narraciones históricas, por humildes que sean, deben aceptarse como repetición inconsiderada, y aún punible, de narraciones ya hechas anteriormente, y en las cuales sólo nos hemos cuidado de introducir alguna diferencia de forma, no de someterlas á concienzudo exámen para quedarnos con la verdad y desechar los errores?

De ninguna manera.

A lo primero no vacilamos en contestar con las mismas palabras que coloca el insigne historiador francés M. Augustin Thierry al frente de su *Lettre première* sobre la historia de Francia: «La verdadera historia nacional está escondidato-

davía entre el polvo de los archivos y en las páginas ignoradas de las crónicas contemporáneas; y tenemos la firme persuasión de que la historia de la España cristiana en aquel citado período, lo mismo la de Asturias, Leon y Castilla que la de Navarra, Cataluña y Aragon, yace todavía oculta en los riquísimos archivos de nuestra patria y en las páginas de los cronistas musulmanes, mal interpretadas, generalmente hablando, hasta hace pocos años.

¡Qué gran servicio, que envidiable servicio prestarían á la madre patria los jóvenes españoles que secundasen los valiosos esfuerzos de arabistas tan insignes como Gayangos y Saavedra, Fernandez-Guerra y Codera, Riaño y Simonet, si tomasen á su cargo la noble tarea de rehacer la historia nacional, de reconstruir el primer siglo de la denominacion arábica en España!

A lo segundo, por si algun crítico descontentadizo nos moteja, debemos responder que nosotros no inventamos los hechos históricos, sino que acogemos y reproducimos estos hechos cuando han sido acogidos y reproducidos por historiadores respetables, y cuya autenticidad no ha sido puesta en tela de juicio; y así como nos sirve de guía en estas narraciones, en esta rápida excursion por el glorioso y ensangrentado campo de la Reconquista, la *Historia general de España*, de D. Modesto Lafuente, así tambien rechazamos errores y apuntamos omisiones, que este moderno historiador, á pesar de su saber y prodigiosa actividad, ha cometido: rectificamos,

por ejemplo, sus muchos errores y muy notables (aunque la responsabilidad de ellos correspondē en primer lugar, al Sr. D. Juan Antonio Conde, autor de la *Historia de la dominacion de los árabes*), acerca de Muza-ben-Zeyah, *el tercer rey de España*, y de Omar-ben-Hafsun ó Hafson, el ilustre caudillo mozárabe, el Viriato de la Reconquista, el héroe extraordinario que puso en peligro é hizo vacilar el trono de los poderosos califas Omniadas; y tambien indicamos algunas omisiones en la historia particular del valeroso caballero burgalés Ruy Diaz de Vivar, *el Cid Campeador*, y en la descripcion del magnífico triunfo de las Navas de Tolosa.

¡Lástima grande que estos y otros errores no hayan sido rectificadlos por mano experta en la edicion monumental de aquella *Historia*, que recientemente han publicado los editores barceloneses Sres. Simon y Montaner!

Conste pues: nuestro libro no es un repesado, profundo y erudito estudio de investigacion histórica; es una modesta exposicion didáctica de los sucesos, ya afortunados, ya adversos, del largo y glorioso período de la Reconquista.

No le abran los doctos, porque poco en él aprenderian; pero léanle las clases populares á las que está dedicada en primer lugar la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA: léale el trabajador en sus horas de descanso, el soldado en sus ratos de ocio, la mujer en el hogar doméstico, el jóven escolar, en fin, que empieza á conocer la historia de la patria.

Y éstos, lo declaramos con ingenuidad y sin arrogancia, no perderán el tiempo que empleen en repasar las breves páginas de LEON Y CASTILLA.

II.

Ya hemos referido en *Guadalete y Covadonga* el glorioso comienzo del reino de Asturias: Pelayo, ganando la milagrosa victoria de Covadonga, echó los cimientos de la futura nación española; Alfonso I, *el Católico* (según le apellida la historia patria), *el terrible Adefuns*, *el hijo de la espada*, *el matador de los fieles* (como le designan los cronistas árabes), ensanchó con sus admirables triunfos los reducidos límites del reino, llevando sus conquistas hasta el Duero y la Lusitania, hasta los *campos quos dicunt góticos*, como se expresa el crónicon Albeldense, y hasta la tierra de Guadarrama; Alfonso II, *el Casto*, en cuyos días la corte de los reyes asturianos era la nueva ciudad de Oviedo, fundada por Fruela, padre del monarca, derrota en Lutos, en Naharon y en Anceo al ejército invasor del califa Hixem I, llega hasta las murallas de Lisboa, envía embajadores de paz y amistad al poderoso Carlo-Magno y celebra tratados y treguas, de igual á igual, con el hijo y sucesor de aquel emir cordobés.

A la muerte de Alfonso I subió al trono su hijo Fruela, que dominó rebeliones en Vasconia y en Galicia, y ganó triunfos — dice el

cronicon salmanticense, sin indicar siquiera cuáles fuéron— contra los infieles de Córdoba; Aurelio, sobrino del anterior, fué elegido por los grandes en el año 768, y nada hizo digno de memoria; Silo, Mauregato y Bermudo I que ocuparon sucesivamente el trono, apénas han legado á los fastos de la reconquista el recuerdo de su nombre.

No hay para qué tratar aquí del famoso tributo de las cien doncellas, no mencionado siquiera por ningun historiador hasta la centúria décima tercia.

Nuestros suscritores recordarán que en *Guadalete y Covadonga* hemos descrito, aunque con la brevedad que estas páginas reclaman, los gloriosos reinados de los dos primeros Alfonsos.

El reino de Pelayo no es ya un pedazo de la áspera region del Noroeste, limitado por el Océano y por la cordillera cantábrica: es un reino que se extiende hasta las llanuras del Pisuerga, y cuyos valerosos guerreros llevan sus armas, á traves de la antigua Lusitania, hasta la desembocadura del Duero y las pláyas del Atlántico.

A la muerte de Alfonso II, el *Casto*, el *Pío*, el *Inmaculado*, el *querido de Dios por los hombres*, como le llaman los primeros historiadores de la reconquista, los próceres del reino, siguiendo aun las leyes y la usanza goda, eligieron por rey á un hijo de Bermudo I, el *Diácono*, llamado Ramiro; y éste, despues de castigar severamente á los ambiciosos condes Nepociano y Aldroito, que intentaron arrebatarle la corona,

emprendió la misma guerrera política de su noble antecesor.

Vence á los feroces normandos en dos tentativas de invasion por los puertos de Gijón-Augusta y Brigantium, arrojándolos hácia las costas del Sudoeste de la Península, donde los musulmanes dominaban y donde aquellos cometieron todo género de violencias y ultrajes, y convierte en seguida sus armas contra el enemigo natural de la monarquía cristiana, contra el califa de Córdoba; y tal vez habria conseguido triunfos tan gloriosos y acaso conquistas más duraderas que el mismo Alfonso II, si la despiadada muerte no le hubiese cortado la vida en la flor de sus años: Ramiro I falleció en Oviedo hácia 850, á los ocho de su reinado.

Sucedióle su hijo Ordoño, que habia heredado el bizarro espíritu y el ardor bélico de su padre.

Este Ordoño fué el que consiguió la verdadera, la auténtica batalla de Clavijo, que ha dado lugar á tantas relaciones fabulosas.

Muza-ben-Zeyah, *el tercer rey de España*, como él se nombraba, era un renegado español, de origen godo, astuto, ambicioso y valiente, que habia llegado á los más altos puestos en la corte de los califas, y que despues se sublevó contra ellos y se hizo dueño de poblaciones tan importantes como Zaragoza y Toledo; hasta llegó á pactar alianza de amistad con el príncipe de los vascones, García de Navarra, y obligó á Carlos el *Calvo*, de Francia, «á comprar á precio de oro una paz vergonzosa.»

El rey de Astúrias no pudo sufrir por más tiempo la arrogancia de aquel feroz renegado, y determinó vencerle en campal batalla y destruir su poderío: juntó poderoso ejército de cristianos, llegó hasta cerca del Ebro en busca de las tropas de Muza, halláronse las dos huestes combatientes en los campos de Albaida ó Albelda, y libraron allí, cerca de Clavijo, sangrienta pelea.

Favoreció la suerte á los soldados de Ordoño, aunque el renegado tenía por auxiliares á los vascones, mandados por el príncipe García de Navarra; éste quedó muerto en el campo de batalla; el mismo Muza, herido gravemente, huyó á uña de caballo á encerrarse en Zaragoza; su ejército, que habia vencido poco ántes al del califa Muhammad I, sucesor de Abderrahman II, al mando del príncipe Almondhir, fué completamente derrotado y más de 10.000 cadáveres quedaron tendidos en el campo.

Pero en estos importantes hechos, así como en la famosa rebelion de Muza-ben-Zeyad, el cual, si no hubiese renegado de la fe de Jesucristo, habria podido ser efectivamente *el tercer rey de España* y haber adelantado muchos siglos la empresa de la Reconquista, nos ocuparemos con especial detenimiento en la segunda parte de estas narraciones históricas, titulada *La Corona de Aragon*.

Cuando se trata de bosquejar siquiera los hechos más señalados de un monarca tan glorioso como Ordoño I de Astúrias, el deseo del narrador, inspirado en el más puro patriotismo,

resulta estéril ante la deficiencia de las crónicas de la época; dicen éstas solamente, con la vaguedad de costumbre, que el monarca asturiano llevó á cabo algunas expediciones por tierra de moros, ganando batallas, conquistando territorios y ciudades, y fijando los límites del asturiano reino aún más allá de donde los había trazado la espada de Alfonso II, *el Casto*; añaden que, como éste, grande en los días de la paz, fortificó muchas poblaciones, reedificó destruidas iglesias, veló por el esplendor de la religion y por la moralidad de las costumbres públicas; asegura, en fin, una de ellas, la del monje de Albelda, que Ordoño I fué ensalzado por sus contemporáneos con el dulce sobrenombre de *Pater populi sui*.

Cuando él murió, en 866, despues de un glorioso reinado de diez y seis años, la monarquía asturiana, la primera de la Reconquista, era ya un estado respetable hasta para los poderosos califas cordobeses.

III.

Y éstos, en verdad, tenían bastante que hacer por aquel entónces con emplear todas sus fuerzas en reprimir insurrecciones poderosas que estallaban en el seno del califado, amenazando destruir la magnífica obra levantada por Abderrahman I, el fundador de la dinastía de los Omíadas.

Ligeramente hemos indicado en el párrafo anterior la aparatosa rebelion de Muza el rene-

gado, Muza-ben-Zeyah, y de sus hijos Lupo ó Lobia, Ismail y Fortun, gobernadores que eran de Toledo, Zaragoza y Tudela; y en describirla con el detenimiento que nos sea permitido, así como en señalar errores que hasta ahora han sido considerados como verdad histórica, nos ocuparemos en lugar oportuno.

Ocupémonos ahora en desenredar la enmarañada madeja de inexactitudes que tegió imprudentemente el autor de la *Historia de la dominación de los árabes en España*, acerca del breve pero glorioso reinado de los Hafsún.

Así bosqueja los principios de esta efímera monarquía cristiana, enclavada en los mismos dominios de los Omniadas por espacio de medio siglo, á semejanza de la que fundó el conde godo Teodomiro (*Tadmir-ben-Gothos*) en los mismos dias de la irrupcion sarracénica, el señor D. Modesto Lafuente, aceptando por completo la equivocada relacion de D. Juan Antonio Conde:

«En las fronteras de Afranc... Hafsún, hombre oscuro, originario de aquellas tribus berberiscas, que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras más ásperas del Pirineo... aunque nacido en Andalucía, era oriundo de la proscrita raza de los judíos... no hallando recursos para vivir, se hizo salteador de caminos, llegando por su valor á ser jefe de bandoleros...

»Arrojado del país (de Torgiella, Trujillo), se trasladó á las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotoh-el-Jehud (Roda de los Ju-

díos)... y viendo los cristianos de Ainsa, Benavarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra á los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir...»

El sabio M. Reinhart Dory, tan aficionado á investigar la historia de España, fué el primero, como dice exactamente el ilustre académico Sr. Fernandez-Guerra y Orbe, que consultando puras fuentes arábicas, comenzó á desenredar la madeja que habia tejido el Sr. Conde, embrollando lastimosamente la historia de Omar ben Hafsun.

Los distinguidos arabistas D. Francisco Javier Simonet, D. Francisco Codera y Zaidin y el mismo Sr. Fernandez-Guerra, y en especial el primero de estos doctos académicos, han ganado el lauro de descubrir la verdad sobre tan intrincada cuestion histórica, de haberla traído á su verdadero punto de vista, de haber hecho, en fin, que alborce ya el dia en que no se pueda decir más sobre la materia.

Era Omar ben Hafsun un noble español que descendia de próceres godos, pues su quinto abuelo habia sido el conde Alfonso, uno de los campeones cristianos en los infaustos dias de la invasion; y aunque *muladí*, porque su segundo abuelo habia renegado de la ley de Jesucristo, alzóse en armas contra el califa Abdalláh, sucesor de Almondhir, hácia fines del siglo IX,

no pudiendo sufrir la bárbara y cruei tiranía de los invasores.

En la serranía de Ronda fijó su córte, mejor dicho, su alcázar, en Bobastro, la antigua *Bibistra*, que fué teatro de las más gloriosas hazañas de aquel guerrero, y cuyas interesantes ruinas han sido bellamente descritas en cuatro eruditísimas cartas por el sabio catedrático granadino señor Simonet; convirtiósese al cristianismo con el nombre de Samuel, y llamando á sus banderas á los oprimidos cristianos de aquel país, en breve se halló al frente de numerosa y guerrera falange; conquistó ciudades y plazas, hizo expediciones atrevidas por los dominios de los califas, llegó hasta las mismas puertas de Córdoba, la sede del imperio Omniada, y preparó en gran manera el camino de la Reconquista.

Dominaba en Bobastro, como hemos dicho; en Belda, la *Balda* de los tárdulos, citada por Ptolomeo; en Tolox, castillo inexpugnable situado al Sudoeste de la primera, y en cuyas cercanías derrotó á las tropas de Abderrahman III; en Raya, nombre que dieron los árabes al obispádo y condado gótico de Málaga, y á su capital; en Antequera ó *Antekaira*; en Archidona ó *Arxidona*, y en otros puntos,—«sosteniendo por espacio de casi medio siglo—dice el Sr. Codera y Zaidin—en lo que es hoy provincia de Málaga, el estandarte de la Independencia española contra los príncipes Omeyyahs de Córdoba.»

A este hombre extraordinario, á este glorioso héroe cristiano llama el Sr. Lafuente, por se-

guir sin exámen al autor de la *Historia de la dominacion de los árabes*, «salteador de caminos y jefe de bandoleros»; y la verdad es que, aun sin conocer los textos arábigos, el mismo patronímico Hafsún, corrupcion ó contraccion de *Adefuns*, Alfonso, debia haber guiado al historiador hácia el esclarecimiento de la verdad.

«Conde leyó bien los textos árabes—añade el Sr. Codera—si no los que hoy tenemos impresos, otros iguales en el fondo; pero no encontrando en Andalucía el Bobastro ó Bibastro, córte de Omar, le llevó á Barbastro en Aragon, cuyo nombre se confunde á veces en los autores árabes; y puesto en esta pendiente, fantaseó los nombres de Huesca, Roda, Benabarre, Ainsa, Monzon, etc., trasladando allí á su héroe, en vez de llevarlo á Poley, Ronda, Málaga, Ecija y Elvira, etc.»

¡Véase la diferencia que existe entre la verdad, comprobada de un modo indudable por los cronistas árabes contemporáneos, y las atrevidas é inexactas afirmaciones de Conde, Lafuente, Viardot, y otros historiadores modernos!

Omar ben Hafsún, «el ínclito campeón de la oprimida cristiandad andaluza, el debelador de los Umeyas.» segun dice el entusiasta Sr. Simonet, murió criastianamente en su alcázar de Bobastro, en el año 305 de la hejira y 917 de nuestra era; y así da noticia de este acontecimiento un cronista árabe contemporáneo: *

«En este año falleció Omar ben Hafsún, la columna de los infieles, la cabeza de los apóstatas, la tea de la guerra civil y el refugio de los

rebeldes: su muerte fué considerada como anuncio y principio de toda fortuna y prosperidad.»

Estas palabras reflejan el inmenso júbilo que sintieron los musulmanes al recibir la noticia de la muerte de aquel valeroso caudillo: habíales combatido gloriosamente por espacio de treinta y siete años, suponiendo que hubiera enarbolado el pendon de la independendencia española en 880, en el califado de Muhammah I, como algunos cronistas afirman, no en el de Abdallah, segun dicen otros, y como hemos apuntado anteriormente.

Sus hijos Chafar, Soleiman y Hafs, en especial los dos ultimos (porque el primero apostató, y fué muerto por sus soldados), mantuvieron enhiesta la bandera de Samuel ben Hafsún hasta el año 928: Soleiman, sitiado en Bobastro por crecida hueste de cordobeses, pereció gloriosamente en el campo de batalla, y Hafs, sucesor deaquél, viéndose circunvalado por fuertes castillos y estancias que el ejército real (el de Abderrahman III) habia levantado en todas las alturas vecinas, careciendo de víveres y de toda esperanza de socorro, entregó á sus enemigos, por capitulacion honrosa, el formidable alcázar de la nacionalidad española, en la region meridional de la Península, Bobastro, el viernes 21 de Enero del año 928.

La piadosa doncella Argentea, hija de Samuel, fué conducida á Córdoba con el vencido Hafs, y tres años despues recibió la palma del martirio: un mozarabe coetáneo nos ha legado la *Vita Beatae Virginis Argenteæ*, que se ha

conservado providencialmente, á través de tantos siglos, hasta nuestros días.

Y hacemos aquí punto, porque en los capítulos siguientes hemos de ocuparnos todavía en refutar otros errores del Sr. Lafuente, relativos al insigne caudillo Omar ben Hafsún.

CAPÍTULO II.

Reinado de Alfonso III. *el Magno*.—Sucesion á la corona.—Rebeliones de los magnates.—Situacion del imperio musulmico.—Victorias del rey de Asturias.—Batalla de Polvoraria.—Rebelion de la reina Jimena y del príncipe García.—Abdicacion de Alfonso III.—Ultimo hecho de armas.

I.

El reinado de Alfonso III *el Magno*, es uno de los más brillantes que registran los fastos de la patria.

Grande, valiente y afortunado en los veleidosos azares de la guerra, grande tambien en los períodos de paz, y más grande todavía en medio de las revueltas intestinas y de las domésticas querellas que contra él se conjuraron y de las cuales fuéron instigadores más de una vez sus propios hijos y aún su misma esposa, Alfonso III, el primogénito del noble rey Ordoño I, mereció en efecto el dictado de *Magno* con que le apellidaron sus mismos contemporáneos, y que le han confirmado la posteridad y la historia.

Apénas habia cumplido diez y ocho años, cuando subió al trono de Astúrias, proclamándole solemnemente los optimates y prelados del reino.

Porque conviene saber aquí, y permítasenos esta digresion (en cierto modo oportuna), que en aquellos azarosos dias no era aún hereditaria la corona de los reyes de la Reconquista: seguían éstos la misma práctica que pusieron en uso los antiguos reyes godos, asociando al gobierno de la nacion al hijo ó á la persona á quien designaban por tal medio como sucesores suyos, como herederos del trono.

Así observamos que Sisebuto, quien no consta que fuese pariente siquiera de Gundemaro, sucedió á este monarca, por eleccion de los próceres, en el año 612; así observamos tambien que Sisenando fué el sucesor de Suintila, en 631, por aclamacion del ejército, del clero y la nobleza, aunque este último soberano habia asociado al gobierno á su hijo Recimiro y á su hermano Gella; así observamos igualmente que el insigne Recesvinto, el verdadero autor de la primitiva unidad ibérica, el que consiguió realizar con sábias leyes la fusion de los pueblos hispano, romano y godo, heredó el trono de su padre Chindasvinto, quien le habia asociado en la gobernacion del reino, hácia el año 649, con beneplácito y ayuda de los grandes.

Ademas, ¿quién no conoce el cánón 10º, del Concilio VIII de Toledo, celebrado en el año 652? Establécese en él, dice oportunamente un historiador, que los obispos y los grandes de

palacio se reunan á elegir sucesor al trono en el mismo lugar en que el monarca hubiese muerto; no se establece por ningun concepto que el heredero natural y legítimo del monarca difunto sea tambien su sucesor en el trono.

¡Error grande cometió el P. Mariana, al afirmar que era ya hereditaria, en tiempo de Alfonso III, la corona de los reyes de Asturias!

Aun constando que Alfonso I *el Católico* sucedió al desventurado Favila, de quien por cierto no era hijo, supone el autor de la *Historia de España* que este último jóven soberano, hijo del gran Pelayo, no habia dejado sucesion directa; y este supuesto no es tampoco exacto: basta acordarse de la inscripcion votiva, que aún existe, de la iglesia de Santa Cruz de Cangas, para convencerse de lo contrario.

En aquella inscripcion se consigna terminantemente que el templo de Santa Cruz fué fundado por el rey Favila.

«...cum Froiliva conjuge, ac suorum prolium pignora nata...» No cita este irrecusable testimonio el historiador Lafuente, al rechazar la opinion del P. Juan de Mariana, relativa á la sucesion de los monarcas asturianos; pero á nuestro modo de ver, siendo auténtica, porque lo es, la citada inscripcion votiva, ofrece el mejor argumento contra las repetidas afirmaciones del docto jesuita.

II.

Tres rebeliones estallaron sucesivamente contra el joven rey Alfonso III, apenas éste se hubo ceñido la corona de su padre: la del conde Fruela, de Galicia; la de los alaveses y vascones y la de los propios hermanos del monarca.

La primera tuvo un éxito rapidísimo, y en último resultado fué feliz para el hijo de Ordoño I: hacía el fin del año 966, presentándose de improviso en las cercanías de Oviedo, corte de Alfonso, imponente ejército de gallegos, al mando del descontento Fruela, atacó la ciudad y derrotó á las tropas del rey legítimo; y el rebelde prócer, apoderándose del real palacio, se hizo proclamar rey de Artúrias y Galicia por la fuerza de las armas, y con la sancion de algunos magnates asturianos.

Alfonso III logró huir, y halló refugio y cariñosos cuidados entre los nobles castellanos y alaveses.

Mas aquella rebelion afortunada tuvo muy pronto su castigo: los nobles ovetenses, y entre ellos los mismos que habian allánado el camino del trono al usurpador Fruela, rebeláronse al poco tiempo contra éste, lo sorprendieron en el real palacio y le dieron de puñaladas.

Alfonso III regresó en seguida á Oviedo, y volvió á encargarse de la gobernacion del reino.

La segunda rebelion estalló á los pocos meses en Álava.

El conde Eilon, un ambicioso que aspiraba a

proclamarse rey, ó señor, ó *jaona* de vizcainos y alaveses, explotando en su provecho el sentimiento de amor á la independenciam que siempre tuvieron los descendientes de los cántabros y vascones, levantó el estandarte de la rebelion con Alfonso III, al frente de intrépidas aunque bisoñas tropas; mas el monarca ovetense, ya acudiendo él mismo con numeroso ejército, como escribe el cronista Sampiro, ya confiando á uno de sus generales, Odoario, la mision de sofocar la revuelta y apaciguar los tumultos, como dicen otros cronistas, consiguió vencer sin sangrientas batallas á los sublevados y apoderarse del ambicioso Eilon, quien fué conducido á Oviedo y encerrado para siempre en oscuro calabozo.

La tercera rebelion, la que más sintió el jóven monarca, porque fué promovida por sus hermanos y parientes, se verificó poco despues.

Los descontentos Veremundo, Fruela y Nuño, apoyados por aquel Odoario, que habian dominado (segun la tradicion alavesa) los tumultos anteriores, intentaron una sublevacion de las tropas leales, para quitar el trono y la vida al rey ovetense; mas éste, advertido oportunamente por soldados fieles, sorprendió á los conjurados, les apresó, y les impuso la horrible pena de la ceguera, segun las leyes de los godos, que aún estaban autorizadas por la práctica.

Tales fuéron los principios del reinado de Alfonso III: tres rebeliones importantes vencidas con fortuna por el jóven monarca.

III.

¿Cuál era á la sazón el estado del imperio musulmítico en España?

Reinaba en Córdoba el califa Mohammed, «el valiente, el generoso, el honrado.» segun le denominan los cronistas árabes contemporáneos; pero «el espíritu del mal—dice uno de ellos—habia soplado en los confines del imperio,» y la discordia reinaba tambien sobre la haz del califato.

Muza *el renegado*, aquel anciano díscolo y temerario que se hacía llamar por los suyos *el tercer rey de España* (el primero, segun él, era Alfonso, de Astúrias, y el segundo Mohammed, de Córdoba), mantenía aún en Zaragoza su rebelde enseña, y fué necesario que el príncipe Almondhir, hijo y sucesor de Mohammed, pudiese estrecho cerco á la ciudad, por espacio de un año, y que la traicion aceptase el cruel encargo de estrangular al viejo caudillo rebelde (año 870); Abdallah, nieto de Muza, se sublevó en la famosa Toledo, que por aquel entónces «servia de refugio—dice otro cronista árabe—á gente indómita y díscola, y era perpétuamente un centro de revolucion,» y sólo capituló la ciudad despues de largo sitio y no pocas vacilaciones, cuando los sublevados le hubieron convencido de que su jóven caudillo, para librarse de la justa caña del califa en Córdoba, habia apelado á la fuga.

Al llegar á este punto, comete el historiador

Lafuente, por seguir con fe ciega á Conde, uno de sus graves errores acerca de Omar ben Hafsún.

Dice que este caudillo, «el antiguo capitán de bandoleros, el gran revolucionario de Roda y Ainsa,» aparece de nuevo al frente de formidable hueste, y ayudado por los cristianos del país de Afranc, en los fértiles países de la margen izquierda del Ebro, arrolla en sangriento combate á los gobernadores árabes de Huesca y Zaragoza, y es derrotado, en fin, por las tropas de Almondhir en la encarnizada batalla de Larumbe ó de Aybar, hácia los últimos dias del año 881, muriendo en la pelea el rey navarro García Iñiguez ó García Garces (*García Garseanus*, dicen las crónicas) y quedando herido mortalmente el mismo rebelde caudillo Hafsún.

Ni Omar ben Hafsún estuvo nunca en la comarca de la margen izquierda del Ebro, ni formó alianza con el rey de Navarra, ni se halló en la batalla de Aybar.

Lo primero hémoslo demostrado en el capítulo anterior, y demostraremos lo último en lugar correspondiente, en el libro *La Corona de Aragon*.

¿Pero qué fuéron estos sucesos, no obstante su importancia, comparados con los que inmediatamente acaecieron?

Cuatro años despues, á principios de 886 de Jesucristo, ocurrió la muerte del emir Mohammed; y este acontecimiento, inesperado por entonces, fué como la señal de más graves turbu-

lencias y de mayores desgracias en el imperio musulmico de España.

«El rey Mohammed,—escriben los cronistas mahometanos, segun el autor de la *Historia de la dominacion de los árabes*,—hallándose sin dolencia alguna, y recreándose en los huertos de su alcázar con sus wazires y familiares, le dijo Haxen-ben-Abdelaziz, walí de Jaen: «¡Cuán feliz condicion la de los reyes! ¡para ellos solos es deliciosa la vida! ¡para los demas hombres carece el mundo de atractivos! ¡qué jardines tan amenos! ¡qué magníficos alcázares! ¡y en ellos cuántas delicias y recreos! ¡Pero la muerte tira de la cuerda, limitada por la mano del hado, y todo lo trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego!»—Mohammed le respondió: «La senda de la vida de los reyes está llena en apariencia de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios y principio de bienes inefables para los buenos; sin ella, yo no sería ahora rey de España.»—Dicho esto, retiróse á su estancia á descansar, y allí le alcanzó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fué al anochecer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (que corresponde al citado 886 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su edad, y treinta y cuatro y once meses de su reinado.....»

Vuelve el Sr. Lafuérte á caer en el error de afirmar que ántes de morir el hijo de Abderrah-

man II, el llamado por los historiadores árabes *hombre de buenas costumbres y amigo de los sabios*, pudo saber que la raza de los Hafsun no se habia extinguido; el jóven Caleb, hijo del rebelde que pereció en la batalla de Aybar, enarbolando tambien el estandarte de la rebelion, y descendiendo cual devastadora avalancha desde las más fragosas montañas del alto Afranc hasta las márgenes del Ebro, asolaba los campos, destruia las poblaciones, derrotaba á las tropas cordobesas en las cercanías de Huesca, apoderábase de Zaragoza, y al frente de numeroso ejército de peones y jinetes llegaba ante los muros de Toledo, entraba en la ciudad y se hacía proclamar verdadero rey de España.

(Este Toledo debe ser Tolox, en las cercanías de Málaga, una de las fortalezas del verdadero Hafsún.)

El bizarro hijo de Mohammed I, aquel valiente Almondhir que habia ganado la reñida batalla de Aybar, y que sucedió á su padre en el califato, aprestó en seguida poderoso ejército; su primer ministro, Haxem ben Al-Haki, que mandaba la vanguardia, fué engañado astutamente por el rebelde Caleb-ben-Afsum, y sus tropas fuéron pasadas á cuchillo; el mismo Almondhir, despues de castigar cruelmente al desventurado Haxem, haciéndole decapitar en el patio del alcázar de Córdoba, marchó contra el díscolo Ben Afsum, y en la desastrosa batalla de Huete pereció en el año 888 (275 de la Hégira), á los veinte y tres meses de reinado.

El demente Abdallah, hijo tambien de Mo-

hammed II, fué proclamado emir de la España mahometana, aunque el monarca difunto habia dejado sucesion directa

Pero ¿quién puede describir en breve espacio las turbulencias y sediciones que estallaron entonces en casi todos los ángulos del imperio musulmico de España?

Mohammed, hijo del emir, apoyado por sus tios Alkassem y Alasbag, se subleva en la hermosa Sevilla; los walfes de Lisboa y de Mérida niegan tambien la obediencia al califa; el sagaz y belicoso Caleb ben Afsum continúa proclamándose desde Tolox (no desde Toledo, como repite el Sr. Lafuente), el verdadero rey de España; nuevos rebeldes, en fin, protegidos por los magnates sublevados, eran dueños de todo el territorio de la baja Andalucía, desde Jaen y sierra Elvira hasta Granada, en cuyas fortalezas habian sido encerrados los mejores caudillos del ejército de Abdallah, despues de la derrota que sufrió en las inmediaciones de aquella ciudad el célebre Abdel Gafir, jefe de los soldados del califa.

Mas éste no se desanimaba ante suerte tan adversa: al contrario, juntó nuevo ejército, marchó contra los rebeldes de Granada y Sierra Elvira, derrotóles en dos sangrientos combates y castigó severamente á los principales caudillos que cayeron en su poder; y mientras tanto el jóven Abderrahman, hijo del califa, reñia tambien sangrienta batalla en las cercanías de Sevilla contra la hueste de su rebelde hermano Mohammed y de sus tios Alkassem y Alasbag,

á quienes derrotó completamente y les hizo prisioneros.

Mohammed, llamado por los árabes *el Asesinado* (*el Mactul*), murió en una prision algunos años despues, en 895, dejando un hijo nombrado Abderrahman, «tierno huérfano—dice Lafuente—que habia de ser despues el más ilustre de la esclarecida estirpe de las Ommiadas.»

Poco á poco, pero con valor y constancia, el emir Abdallah habia conseguido restablecer la paz en su imperio, porque el sublevado walf de Mérida, Suleiman-ben-Adis, se habia arrepentido de su falta é implorado la clemencia del rey, y el walf de Lisboa, derrotado por el caudillo imperial Abu-Otman, fué hecho prisionero y decapitado, como sus principales secuaces, en el mismo campo de la batalla.

Quedaba aún enhiesta en los muros de Bobastro y de Tolox la bandera rebelde de Caleb ben-Afsún, y no pudo ser abatida hasta muchos años despues, muerto ya el califa Abdallah.

IV.

No era desfavorable, segun se ve, la situacion del imperio musulmico de España, á la subida de Alfonso III al trono de Astúrias, para que la victoriosa espada de este monarca ensanchase los reducidos límites del reino que fundó el gran Pelayo.

Por buen presagio se tuvo la destruccion de una poderosa escuadra mahometana que mar-

daba el almirante Wald ben Abdelhamid, con rumbo á las costas de Galicia y Astúrias: horrosas tempestades arrojaron contra los peñascos de aquellas costas los bien armados bajeles, y casi todos fuéron deshechos ó quedaron sepultados en el Océano, hasta el punto de que el jefe de la expedicion, desembarcando clandestinamente cerca de la antigua Iria Flavia, hubo de dirigirse á Córdoba por sendas extra-
viadas, «no sin riesgo (dice un cronista) de caer en manos de los ástures.»

Entónces fué, en 868, cuando el bravo Alfonso inauguró sus victoriosas campañas: como si quisiera responder al fiero reto del califa, al frente de valeroso ejército se atrevió á pasar á la comarca que se extiende por la márgen izquierda del Duero, dejando atras á Zamora, y tomó las ciudades de Salamanca y Coria; y al regresar á sus Estados, cargado de laureles y de botin riquísimo, como fuera acometido por los wálies árabes que custodiaban la frontera, revolvióse contra ellos impetuosamente, y les acuchilló sin piedad, haciendo terrible matanza.

Otra victoria más señalada consiguió Alfonso III, en el año 873, sobre el príncipe Almondhir, á quien derrotó en los campos de Sahagun, hasta el punto de que «las aguas del rio Cea—dice un historiador árabe, citado por Conde—corrieron teñidas con la sangre de los más fieles y valientes caballeros cordobeses;» y tres años despues, en 876, persiguiendo al mismo Almondhir por las fragosas montañas de Gali-

cia, á donde habia penetrado temeraria é imprudentemente el príncipe sarraceno, Alfonso III invadió los Estados de su adversario, y apoderóse de Deza, Atienza, Coimbra, Porto, Anca, Viseo, Lamego y otras poblaciones y castillos de la antigua Lusitania.

Imposible parece que en tan breve tiempo consiguiera el rey asturiano realizar una empresa tan grandiosa, y habria motivos para dudar de la exactitud de estos hechos si no estuviesen plenamente confirmados por los cronistas comtemporáneos.

Pero la gran victoria de Polvoraria fué el lauro más brillante de Alfonso III.

Otra vez el príncipe Almondhir, en el año 879, presentóse con grueso ejército en la frontera del reino asturiano, con ánimo de apoderarse de Zamora: puso estrecho cerco á esta ciudad, que habia sido reconstruida y fortificada por el monarca cristiano, y cuando ya los habitantes se hallaban reducidos al último extremo, aunque se defendian heróicamente, el rey Alfonso apareció en los campos de Polvoraria, cerca de la plaza sitiada, guiando su bizarro ejército: trabóse la pelea, y la hueste de Almondhir sufrió terrible derrota. «Más de 15.000 sarracenos, dice la crónica albeldense, quedaron tendidos en el campo de batalla.»

Para explicar esta derrota, disculpando á los combatientes azarenos, acuden los cronistas árabes á sucesos sobrenaturales; pero el príncipe Almondhir reconoció desde luégo la superioridad de Alfonso III, y allí mismo, por con-

sejo y mediacion de algunos caudillos suyos que habian sido hecho prisioneros, ajustó una tregua de tres años con el rey de Astúrias.

En vano el príncipe agareno intentó de nuevo, terminada esta tregua, probar fortuna, porque tenía bastante que hacer en su propio país con las sediciones y turbulencias de que hemos dado ligera noticia en párrafos anteriores: despues de la batalla de Aybar, pretendió penetrar en la comarca leonesa, envalentonado con el triunfo que habia conseguido sobre el conde García Garcés; mas, aunque se apoderó de Sublancia (antigua ciudad romana, llamada *Lancia*, que, como Numancia y Astapa, fué entregada á las llamas por sus mismos moradores, que no quisieron rendirse al pretor Tito Carisio), y destruyó el antiguo monasterio de Sahagun, huyó precipitadamente á tierra de Córdoba, al saber que Alfonso III acudia al combate con sus valerosos guerreros de Astúrias.

Nueva tregua, mejor dicho, solemne tratado de paz, quedó estipulado entónces en el año 883, entre el monarca asturiano y el emir de Córdoba, siendo representante de Alfonso III, en esta ocasion, el sacerdote Dulcidio, de Toledo, famoso por su saber y cristianas virtudes; y la tregua fué observada religiosamente por los dos soberanos y áun por los hijos y sucesores de Mohammed I, Almondhir y Abdallah.

Pero tenía Alfonso III otros enemigos poderosos, áun entre los mismos árabes, á quienes combatir con fortuna y gloria.

Un presuntuoso walf rebelde de Toledo, llamado Ahmed, y por otro nombre Abul-Kassim, dirigió arrogante reto al victorioso Alfonso, y movió en seguida un fuerte ejército de 60.000 soldados hácia la comarca de Zamora, destruyendo todas las poblaciones que hallaba al paso: el rey de Astúrias, aunque ya anciano y achacoso, reúne tambien otro ejército imponente, avanza á marchas forzadas hasta aquellos campos de Polvoraria, donde habia sido derrotado Almondhir, y presenta la batalla al enemigo, que allí se encontraba amenazando á Zamora.

Empeñóse la pelea con igual encarnizamiento por ambas partes: «cuatro veces alumbró el sol—dice un cronista árabe, testigo presencial,—el campo de la lucha;» al cuarto dia los jinetes cristianos arrollaron el centro de la línea enemiga, y el caudillo Ahmed, que intentó oponerse á la derrota, halló la muerte entre las lanzas de Astúrias; desordenadas ya, despues de este suceso, las huestes musulmanas huyeron precipitadamente, siendo perseguidas por los vencedores, que hicieron en ellas espantosa carnicería.

Las crónicas de Sampiro y del arzobispo toledano D. Rodrigo, así como las de los cronistas árabes, segun Conde, denominan aquella encarnizada batalla *el dia de Zamora*: «Tal fué—dice uno de éstos últimos,—el número de cabezas musulmanas que los cristianos cortaron, que las murallas y puertas de la ciudad aparecieron el dia siguiente coronadas de sangrientos despojos humanos.»

Y no se contentó con este glorioso triunfo el monarca ovetense; pocos meses despues, en la primavera del año 902, invadió con fuerte ejército la tierra de Toledo, y llegó con sus victoriosas enseñas hasta los viejos muros de la antigua córte de Wamba y de Rodrigo, regresando luégo á su país, cargado de nuevos láuros y de botin riquísimo.

Tales fuéron, en breves páginas descritas, las más gloriosas hazañas del tercer Alfonso de la Reconquista española.

V.

Él fué tambien grande y magnánimo en los dias de la paz.

Verdadero príncipe cristiano, fomentó con asídúo celo la religion, y reconstruyó muchas iglesias que habian sido destruidas por la injuria del tiempo ó por las fieras irrupciones de los árabes, entre otras la catedral compostelana, fundada por Alfonso II *el Casto*, para guardar los venerandos restos del Apóstol Santiago; monarca previsor y prudente, hizo construir una extensa línea de fortificaciones en los puntos más estratégicos de su reino, y de ella formaban parte los castillos de Gozon, de Arbolio, Luna, Boides, Cultrocies y otros, algunos de los cuales subsisten todavía; amante de las letras y las artes, en su tiempo fuéron reproducidos con el mayor esmero muchos libros sagrados, «y no faltaba algun obispo y algun monje que escribiera la crónica de los sucesos»

—como dice exactamente el historiador Lafuente—suponiéndose por varios autores (Mariana y Mondéjar entre otros, autorizados por tradición constante), que el *Cronicon Salmanticense* fué debido al mismo rey, y no á Sebastian, obispo de Salamanca, segun se cree por otros ilustrados criticos.

Una preciosa memoria de este monarca se guarda todavía con religioso respeto en la *Cámara Santa* de la catedral ovetense: la *Cruz de la Victoria*, «la más rica joya de España,» como dice en su *Viaje Santo* el piadoso y honrado cronista Ambrosio de Morales, no sólo por estar fabricada con oro purísimo, adornada con primorosas labores, y sembrada de ricas piedras preciosas, sino por encerrar en su interior, *cual si fuese su alma*, segun el P. Carballo, la tosca y sencilla cruz de roble que enarboló el gran Pelayo en Covadonga al dar principio á la Reconquista, á

»..... fundar otra España y otra patria
»más grande y más feíz que la primera.»

Y, sin embargo, este rey magnánimo, que tantos lauros habia acumulado alrededor de su frente, padeció crueles dolores, sufrió muy grandes amarguras y horribles decepciones en el recinto sagrado del hogar doméstico.

Hácia el año 868, segun los cálculos más probables, el rey Alfonso habia contraído matrimonio con la princesa Jimena (*Amelina* la llaman algunas crónicas, y *Scemena* otras), hija

de aquel García Garcés, rey de Navarra ó gobernador de Pamplona, que andando el tiempo murió desastrosamente, como hemos dicho, en la batalla de Aybar.

Pues bien; los hijos de este matrimonio, García (que era el primogénito), Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro, subleváronse contra su heroico padre y sumieron el reino en nefanda guerra civil por espacio de dos años.

La misma Jimena, aquella esposa *que amaba poco á su marido*, segun la significativa frase del arzobispo toledano D. Rodrigo, tomó parte activa en la conspiracion de los hijos contra el anciano padre; y aunque éste logró apoderarse de su primogénito García, y encerrarlo en el castillo de Gozon, al fin, apesadumbrado por tan amargos desengaños y por los males sin cuento que producía la guerra intestina, Alfonso *el Magno*, grande tambien en los dias de desventura, como en la guerra y en la paz, abdicó la corona en favor de sus hijos el año 909, y se retiró á su querida ciudad de Zamora para acabar allí tranquilamente sus dias, despues de un reinado de cuarenta y cuatro años.

Otra vez aún derrotó á los moros toledanos.

Aquel genio de la guerra, como si no hubiese ganado bastantes laureles, pidió permiso á su hijo García I, ya rey de Leon, para pelear la última vez contra los enemigos de la fe y de la patria; y habiéndole otorgado el monarca la vénia que humildemente solicitaba, invadió el territorio de los musulmanes al frente de lucido

y bizarro ejército, y consiguió señalados triunfos ántes de regresar á Zamora. (1)

Pocos meses despues, segun el obispo Sampiro, ó tres años más tarde, segun otros historiadores, es decir, en Diciembre de 910 ó en el año 913, Alfonso III *el Magno* rindió su espíritu en manos del Supremo Hacedor, siendo llorado por sus súbditos, y especialmente por sus valerosos soldados.

CAPITULO III.

Gobernadores de los Estados.—García I de Leon y de Asturias.—Ordoño II — Victoria de San Estéban de Gormaz y derrota de Valjunquera. — Desde Fruela II á Ramiro II — Batalla de Simancas y del Foso de Zamora. — Orízen del Condado y de la independencía de Castilla. — Fernan-Gonzalez.

I.

Conviene fijar ahora, ántes de reseñar los reinados inmediatos, la situacion de los diversos Estados cristianos que se iban formando en la gran zona septentrional de la Península ibérica, á medida que se ensanchaban los límites del reino asturiano.

Sin embargo, no trataremos de investigar el origen de los reinos de Navarra y de Aragon, y del condado de Barcelona, ó sea, en general,

(1) Una de mis leyendas *Ecos de gloria* se refiere á esta última novelesca hazaña del gran Alfonso III.

de los reinos de Afranc, segun se expresan los cronistas de la época, tanto cristianos como sarracenos, por pertenecer semejante investigacion al tomo segundo de estas narraciones de la Reconquista.

Mas aparte de tales reinos, dibujábanse ya en el horizonte político, no solamente los límites naturales del condado de Castilla, que llegó á ser, andando el tiempo, cabeza principal, como si dijéramos, de los demas Estados, sino las líneas divisorias que existian, aunque no bien marcadas aún, entre Leon, Astúrias y Galicia.

La abdicacion de Alfonso III, si bien fundada en el noble deseo de poner término á una guerra civil sangrienta é indigna, fué, sin embargo, un gran error político.

Hasta entónces, todas las tentativas de los magnates ambiciosos y descontentos, para demarcar con precision aquellas líneas divisorias, habian resultado estériles, y aún habian dado efectos contraproducentes: así vemos que los condes Nepociano y Fruela, que intentaron suplantar en el trono á Ramiro I y Alfonso III, no lograron siquiera que los gallegos permaneciesen fieles á sus banderas, desde el momento en que las tropas de los reyes legítimos consiguieron el triunfo. La sublevacion del conde Nepociano no dejó el menor rastro en el reinado de Ramiro, y la del conde Fruela, aunque este desleal magnate logró ceñirse la corona de Alfonso III, y fué aclamado y reconocido por no pocos grandes del reino, terminó tam-

bien por completo, sin dejar más huella que algunas manchas de sangre, el mismo día en que los nobles ovetenses asesinaron al usurpador.

Pero desde el momento en que Alfonso *el Magno* abdica en favor de sus hijos, y éstos, desgarrando el sagrado manto de la unidad del reino, se reparten amistosamente, en el castillo de Boides, la soberanía de los tres Estados que constituían aquella, las líneas divisorias quedan perfectamente trazadas, y el mal está hecho para lo sucesivo.

Ningun historiador, que nosotros sepamos, se ha parado á considerar el grave daño que ocasionó á la patria el rey Alfonso III, con el hecho de su renuncia.

Lafuente dice sólo estas palabras:

«En este período han comenzado á sonar en Alava, Castilla y Galicia, y como anunciar su futura influencia, los condes gobernadores de provincias y castillos. En Alava, Eilon y Vela Jimenez, rebelde y prisionero el uno, enviado á reemplazarle el otro; en Castilla, Rodrigo, de desconocido linaje; Diego Rodríguez Porcellos, su hijo, fundador de Búrgos; Nuño Nuñez, gobernador de Castrojeriz; Nuño Fernandez, suegro de García de León y conspirador con él: en Galicia, Pedro, el que arrojó á los normandos, y Fruela, el que se levantó contra Alfonso III. Hasta ahora han sido gobernadores puestos por los monarcas: no tardarán en ser independientes.»

Pero obsérvese bien, y esta observacion ha

sido omitida por el ilustrado Sr. Lafuente: hasta ahora, es decir, hasta despues de la abdicacion de Alfonso *el Magno*, los gobernadores puestos por los monarcas en aquellas lejanas provincias, reconocian la soberanía de los mismos monarcas que les pusieron; pero desde ahora en adelante, esto es, desde que los hijos de Alfonso III les dan el triste ejemplo de romper en pedazos el reino de su padre, para proclamarse cada cual soberano, ó poco ménos, de una provincia, otros gobernadores que se creian bastante fuertes por sí solos para fundar Estado independiente y proseguir la obra de la Reconquista, imitan aquel ejemplo y se proclaman desde luégo soberanos: ahí está el verdadero origen del condado de Castilla.

Despues de la impolítica renuncia que verificó Alfonso III en el castillo de Boides, el primogénito García tomó para sí la mejor parte de los dominios de su padre, y se proclamó rey de Leon; á Ordoño, que era el segundo, como consta de algunos instrumentos públicos de la época, tocóle en suerte el país de Galicia; á Fruela, se le adjudicó la provincia ó comarca de Astúrias, y Ramiro, el más jóven de todos los hermanos, «usó como dictado de honor el título de rey,» segun consta en una escritura de donacion del año 926.

Como se ve, las líneas divisorias quedaban ya bien marcadas, y el ejemplo estaba dado: Alfonso III, con el mejor deseo de poner término á una guerra civil, sembró los gérmenes, por

decirlo así, de otras muchas guerras civiles, como tendremos ocasion de demostrar más adelante.

II.

Breve fué el reinado de García I de Leon, quien subió al trono en el año 909, á consecuencia de la abdicacion de su padre.

Apénas si las crónicas cristianas mencionan una afortunada correría que llevó á cabo el monarca por tierra de Toledo, hasta la ciudad de Talavera, desbaratando un ejército musulman que mandaba el famoso moro Ayolas.

Hácia Enero de 914, acometido el rey de violenta fiebre, falleció en Zamora con resignacion cristiana, despues de un corto reinado de cuatro años.

¡Tan fugaz es la dicha en este mundo! Aquel ambicioso jóven que se habia sublevado, impaciente por reinar, contra su mismo padre y señor, perdió la corona, y tambien la vida, ántes de que pudiera legar su nombre á la historia rodeado de la aureola de brillantes triunfos, para hacer olvidar la inícuca rebelion que le puso anticipadamente en el trono.

Por fortuna los nobles del reino, dando muestras de gran prevision política, eligieron á Ordoño II, á aquel Ordoño, hijo de Alfonso *el Magno*, que se habia adjudicado la Galicia en el arbitrario reparto del castillo de Boides: ellos comenzaban á deshacer entónces la mala obra que resultó de la abdicacion de Alfonso III, pro-

curando reunir bajo un sólo cetro los países que se habian separado de la unidad de la patria.

Reinaba ya en Córdoba el califa Abderrahman III, el hijo de Mohammed *El Mactul*, aquel hermano de Abdallah I, que pereció asesinado, segun todas las probabilidades, en su prision de Sevilla, y el jóven Ordoño, mientras habia sido Gobernador de Galicia, dió pruebas de haber heredado la ardiente sangre de su noble padre.

En varias expediciones afortunadas habia derrotado á los musulmanes de Mérida y Talavera (ciudad esta última que parecia ser la manzana de la discordia entre árabes y cristianos); y al poco tiempo de haber subido al trono dispuso una nueva expedicion. Pero ya para entonces el califa Abderrahman habia juntado poderoso ejército, á fin de castigar, segun decia, la audacia del príncipe cristiano: ambos se hallaron frente á frente en los campos de San Estéban de Gormaz, en los primeros dias de Mayo del año 919, y el valeroso Ordoño II alcanzó tan señalada victoria, que segun los cronistas cristianos, el obispo Sampiro y el monje de Silos, quedaron los montes cubiertos de cadáveres enemigos hasta los mismos muros de Atienza.

Esta victoria fué sin embargo el anuncio de una sangrienta derrota: la de Valjunquera.

Unidos los reyes de Leon y de Navarra, Sancho García, por sobrenombre *Abarca*, para resistir al poderoso caudillo agareno Almodhaffar, tio del califa, acamparon al frente de grue-

so ejército en las cercanías de Pamplona; el choque fué terrible, y la hueste de los cristianos sufrió espantosa derrota. Sin embargo, rehinchos algun tanto, y posesionados de los altos montes del Roncal, acometieron despues á las huestes sarracenas y las obligaron á huir en desórden hasta los mismos muros de Zaragoza.

El nombre de Ordoño II ha pasado á la historia con una mancha cruenta.

Al decidirse á tomar parte en la guerra de Navarra contra Almudhaffar, Ordoño II invitó á los condes de Castilla á que le acompañasen en su expedicion, más éstos se negaron con diversos pretextos; y Ordoño, habiendo sabido que los cuatro condes se hallaban reunidos en Búrgos, les citó para un pueblo próximo á Carrion, á donde acudieron aquéllos sin desconfianza, y cargándoles de cadenas les hizo conducir á la capital de su reino: pocos días despues los cuatro condes, Nuño Fernandez, Diego y Fernando Ansurez, y Abolmondar el Blanco, fuéron condenados á muerte.

Por fin, de vuelta de una nueva expedicion que habia hecho á Navarra, y á los pocos meses de haber contraido matrimonio con su segunda esposa la princesa Sancha, falleció el monarca leonés hácia mediados de Enero del año 924.

Siguieron los nobles y magnates del reino dando pruebas de su gran prevision política, porque en vez de elegir á alguno de los cuatro hijos de Ordoño, aclamaron por rey al príncipe Fruela, el tercer hijo de Alfonso el Magno, que

governaba la comarca asturiana desde la abdicacion de su padre.

¿Qué hemos de decir del fugaz reinado de este monarca? A los quince meses de haber subido al trono, y sin que dejara su nombre ligado á ningun hecho glorioso, falleció en Leon á fines del año 925.

Como se ve, poco adelantaba la grande empresa de la Reconquista desde la muerte de Alfonso el *Magno*.

Eligieron los próceres al hijo mayor de Ordoño II, que es conocido en la historia con el nombre de Alfonso el IV *el Monje*, y á los cinco años de su reinado, no pudiendo resistir aparentemente á su vocacion religiosa, hizo formal renuncia de la corona de Leon, á mediados de Octubre del año 930, y se retiró al famoso monasterio de Sahagun, el mismo que habia sido destruido por el príncipe Almondhir y reedificado luégo por Alfonso III

Mas, apénas habia sido elegido Ramiro II, uno de los hijos de Ordoño, y cuando se hallaba el nuevo monarca disponiendo poderoso ejército para dirigirse contra los moros de Toledo, el inconstante Alfonso IV, dejando el retiro del cláustro, se trasladó á Leon con propósito de recobrar la corona: Ramiro II, ardiendo en ira, acudió inmediatamente á sofocar aquella rebelion, y haciendo prisionero á Alfonso, hizo que le cargáran de cadenas y le encerró para siempre en un calabozo.

Hizo más aún el monarca leonés: presumiendo que los tres hijos de Fruela II podrian ser,

andando el tiempo, pretexto para nuevas discordias y obstáculo para sus planes, apoderóse de ellos, encerrólos en la misma prision donde yacía Alfonso IV, y á los cuatro les impuso el cruel y horrible castigo de la ceguera.

Entónces, libre ya de las dificultades que habian entorpecido sus planes, se puso al frente del ejército que tenía dispuesto, y entró por tierra de moros hasta las cercanías de Toledo: él fué el primero que puso sitio al castillo de Magerit, llamado tambien *Magerita* y *Majoritum* por algunos cronistas, ó sea Madrid (segun se lee ya en la crónica de San Pedro Cardena), y pasó á cuchillo su guarnicion, en el año 932.

Otra victoria más importante alcanzó Ramiro II cinco años más tarde: la de Simancas.

El califa Abderrahman, para vengar los daños que habian ocasionado las correrías del rey Ramiro, avanzó con grueso ejército, en el cual tenía principal mando el valiente Almudhaffar, y llegó á acampar en las márgenes del Tórmes, no léjos de Salamanca, pasando despues hasta más allá del Duero, á la vista de Zamora, y poniendo estrecho cerco á esta codiciada ciudad. Súpolo Ramiro, acudió con presteza al frente de sus guerreros, y halláronse ambas huestes en las inmediaciones de Simancas.

Tambien nosotros, como el historiador Lafuente, debemos reproducir la relacion que los cronistas árabes dejaron escrita acerca de esta batalla, y la cual traduce Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España*:

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos

muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Al-mudhaffar recorría todos sus puestos animando á los musulimes, blandiendo su robusta lanza y revolviendo su feroz caballo, entraba y salía en los más espesos escuadrones enemigos. Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería musulímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir, con sus caballos armados de hierro, rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante: el rebelde Aben-Ishak con sus valientes caballeros andaba también cubierto de crugientes armas, derramando la sangre de los musulimes como el más feroz de sus enemigos: cedían el campo los musulimes al valor de esta aguerrida gente, pero el rey Abderrahman, viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por ambas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben-Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los más valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha, y espiró al punto: también murió al lado de este caudillo el kadí de Valencia, Sahaf-ben-Jeman, y el esforzado

caudillo de Córdoba, Ibrahin-ben-David, que se distinguió en este día con extrañas proezas, y cayó lleno de heridas.... Quedaron los musulimes sobre el mismo campo de batalla que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que espiraban hollados entre los piés de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos.....»

Con razon deduce de esta reseña el historiador Lafuente que la batalla de Simancas fué horrorosa derrota de los agarenos y glorioso triunfo de Ramiro II; pero aquéllos, levantando el campo de improviso, dirigieronse á Zamora, que aún estaba sitiada por buen número de enemigos, y allí tuvo lugar la famosa batalla del *Foso de Zamora*, el día 5 de Agosto del año 939, apoderándose los sarracenos de la ciudad querida de Alfonso III; pero esta victoria les costó por cierto bien cara: segun el cronista Sampiro, murieron allí, en los fosos, 80.000 musulmanes, y aún el mismo califa Abderrahman fué retirado del campo por sus parciales, gravemente herido.

Ramiro II, al saber aquella infausta nueva, acudió prontamente con el mismo ejército que había vencido en Simancas, y recobró la infortunada ciudad, que estaba reducida á escombros.

Otra victoria consiguió aún el afortunado soberano de Leon hácia el año 941, cerca de San Estéban de Gormaz; y poco despues ajustó una tregua de cinco años con el califa de Córdoba,

que fué cumplida religiosamente por ambas partes.

Por último, despues de una expedicion á Talavera en 949, terminada ya la tregua, y en la cual ganó tambien inmarcesible lauro, el monarca leonés, digno émulo de Alfonso el Magno y heredero de sus glorias y proezas, fué atacado de grave enfermedad en un pueblo próximo á Oviedo, y falleció el dia 5 de Enero del año 950.

III

¿Recuerda el lector que en los párrafos anteriores hemos hecho mencion más de una vez de los condes de Castilla?

Atribuyen algunos autores la creacion del condado de Castilla en 760, al rey Fruela I, que fué el primero, dicen, que nombró gobernadores, dependientes de la autoridad real, para guardar las fronteras de los países que conquistó Alfonso *el Católico*, con su vencedora espada; creen otros que tal creacion no tuvo efecto hasta el año 824, reinando en Astúrias Alfonso II *el Casto*; suponen, en fin, algunos, que semejante acontecimiento no se verificó sino mucho más tarde en el reinado de Ordoño I, ó tal vez en el de Alfonso III *el Magno*.

Lo indudable es, cualesquiera que sean las hipótesis de los historiadores acerca del origen del condado de Castilla, toda vez que no es posible, por absoluta falta de documentos conocidos, fijar con exactitud la fecha de tal origen

lo indudable es, decimos, que en tiempos del segundo Alfonso existían ya los condes ó gobernadores de *Bardulia*, Castilla, puesto que consta que el rey Ramiro I contrajo matrimonio con la hija de uno de aquellos, y que se hallaba en el país de su esposa, tal vez para celebrar las bodas. al estallar la sublevación del insensato conde Nepociano. Sabido es que la comarca conocida antiguamente por *Bardulia*, comenzó á ser llamada *Castiella* ó Castilla, á causa de las muchas fortalezas que en aquel país llanero hicieron construir los primeros reyes de la Reconquista, para guardar y defender los territorios que ganaban en sangrientas lides á los moros.

Los historiadores que se han dedicado con noble afán á investigar el origen del condado, tales como Berganza, Yepes, Florez y otros, afirman que el primer conde ó gobernador, dependiente de los reyes de Asturias, hacia el año 760, se llamaba Rodrigo, é hijo de éste fué el célebre Diego Porcelos, fundador de Búrgos, y de cuyo tiempo existen aún en aquella insigne ciudad algunos lienzos de sólidas murallas.

No es posible fijar el orden cronológico de todos los condes de Castilla hasta Nuño Fernandez, el suegro del rey de Leon, García I, y el que indujo á este príncipe, segun se cree, á sublevarse contra su padre Alfonso III *el Magno*; pero entre todos ocupa el primer lugar, por sus hazañas memorables y por haber sido el verdadero fundador del condado independiente de Castilla, el popular Conde Fernan-Gonzalez.

Este ilustre varón castellano, que sucedió á su padre Gonzalo Fernandez en 932, aparece en la historia como vasallo de los reyes leoneses, aunque por sí solo, al frente de disciplinado y numeroso ejército, acometiera en muchas ocasiones á los agarenos y les derrotara completamente; andando el tiempo, toma parte en las disensiones políticas del reino de Leon, y si bien Ramiro II le hace prisionero en 940, por suponer que aspiraba á declararse independiente, pronto le pone en libertad y concierta el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la jóven Urraca, hija de Fernan-Gonzalez, quien estaba casado con Sancha, hija del rey de Navarra Sancho Abarca; más tarde interviene eficazmente en el destronamiento de Sancho *el Craso*, sucesor de Ordoño III, quien habia repudiado á Urraca, la hija del conde, y contribuye á la elevacion de Ordoño IV, casado ya con aquella reina; luégo, en fin, haciéndose respetar de los sucesores de estos monarcas, hasta de Ramiro III, por su valor, por su pericia en los combates, por su destreza en los asuntos políticos, sacude la dependencia de los reyes de Leon y asegura la fundacion del estado independiente de Castilla, entre aquel reino y el de Navarra, estableciendo desde luégo una nueva monarquía hereditaria.

Este ilustre personaje, cuya historia, como la de Bernardo del Carpio y la del Cid, anda envuelta en romances y leyendas populares entre innumerables ficciones novelescas, y aún de maravillas extraordinarias, y en las cuales no de-

bemos ocuparnos, falleció en Búrgos, capital de su condado, en 970, «de pesar—dice con poca exactitud un cronista—de ver sus Estados casi destruidos. por la espada asoladora de Almanzor.»

Añadiremos, para concluir esta breve digresion, que la institucion de los *Jueces de Castilla*, magistrados elegidos por el pueblo, y cuyos primeros representantes fuéron, segun el unánime parecer de los historiadores, Lain-Calvo y Nuño Rasura, no tuvo otro objeto sino el de la recta administracion de justicia, la cual parece que estaba algo descuidada por los monarcas de Leon.

Como ya veremos en el trascurso de esta historia, los descendientes de Fernan-Gonzalez heredaron sin interrupcion el trono de Castilla hasta el año 1037, en que Fernando I, hijo de Sancho *el Mayor*, rey de Navarra, cibió á su frente la triple corona de Astúrias, Leon y Castilla.

CAPITULO IV.

De Ordoño III á Ramiro III. — El califato de Córdoba. — Abderrahman III *el Magnánimo* y Al-Hakem II *el Sabio*. — Grandezas de estos monarcas agarenos.

I.

Poco más de dos siglos se habian cumplido desde que el inmortal Pelayo levantó en Covadonga la *Cruz de la victoria*, aquel lábaro santo

que sirvió de guía á los atribulados iberos para dar principio á la reconquista de España, y ya el dominio de los monarcas de Leon y de Asturias se extendia desde las márgenes del Ebro hasta más allá de la desembocadura del Duero.

Los esfuerzos generosos de los dos primeros Alfonsos que impusieron respeto á los invasores africanos, habian sido secundados afortunadamente por Alfonso III *el Magno*, el ilustre conquistador de Zamora, el que llegó con su hueste victoriosa hasta los mismos muros de Toledo, y por el insigne Ramiro II, el glorioso vencedor en Simancas y en San Estéban de Gormaz.

Pero más vasto panorama se desenvolverá ante nuestra vista en lo sucesivo.

Ordoño III sucedió á su padre Ramiro II en el trono de Leon el año 950, y aquí debemos hacer notar que las crónicas cristianas no mencionan que los prelados y nobles del reino tuvieran intervencion en este acto; es decir, que acaso desde ahora en adelante hay que considerar que la sucesion en el trono habia dejado de ser electiva.

A los pocos meses Ordoño III tuvo por competidor á su hermano Sancho, llamado despues *el Craso*: hallábase éste ejerciendo el cargo de conde ó gobernador de Búrgos, y coligándose con el rey de Navarra D. García *el Trémulo* y con el conde de Castilla Fernan-Gonzalez, padre de Urraca, esposa del de Leon, intentó arrebatarle la corona.

Mal éxito tuvieron las ambiciosas pretensiones de Sancho: su hermano Ordoño desbarató la hueste que apoyaba al usurpador, y luégo, para vengarse del conde Fernan-Gonzalez, repudió á Urraca y contrajo matrimonio con la princesa Elvira, hija del conde de Astúrias.

Después de dominar fácilmente una absurda sublevacion de los gallegos, el rey de Leon dirigió sus armas contra los sectarios de Mahoma, y llevando á cabo una rápida correría á traves de la antigua Lusitania, cruzó el Duero y el Tajo, taló tierras, saqueó ciudades y entró como conquistador victorioso en la histórica Lisboa, la antigua córte de los suevos; y aunque no conservó la ciudad por largo tiempo, segun era costumbre entre los reyes de la reconquista, cuando verificaban esas rápidas excursiones por tierra de moros, regresó á Leon con la frente ornada de laureles, y el ejército cargado de ricos despojos.

Ante las necesidades de la patria, olvidóse el noble Ordoño III de la ofensa que le habia inferido el conde de Castilla, en el hecho de apoyar con las armas la injusta pretension de su hermano Sancho; y hallándose amenazados los dominios de Fernan-Gonzalez por un ejército agareno, el rey de Leon, al frente de sus tropas, acudió en auxilio del atribulado conde y venció otra vez al enemigo en las cercanías de Simancas.

Era el verano del año 955 cuando falleció Ordoño III en Zamora, después de un breve pero glorioso reinado de cinco años.

Excusado es decir que Sancho *el Craso* se apoderó del trono que tanto habia codiciado, y el mismo conde Fernan-Gonzalez, que ántes le protegiera, volvió ahora sus armas contra él, ya rey de Leon, para apoyar las pretensiones del príncipe Ordoño, hijo de Alfonso IV, y esposo de aquella Urraca que habia sido repudiada por Ordoño III: ménos afortunado que éste, Sancho *el Craso* vió sus Estados invadidos por las tropas castellanas, y vió tambien que las tropas leonesas, haciendo causa comun con aquellas, proclamaban por rey de Leon á Ordoño IV.

Vióse éntonces un singular acontecimiento: el rey destronado, que pasó á Córdoba, córte de Abderrahman III, para que los sabios médicos árabes le curasen la extraordinaria gordura á que debió el sobrenombre de *el Craso*, y en la cual permaneció tres años, llegando á recobrar, como dice el obispo Sampiro, la antigua ligereza de la juventud; el rey destronado, decimos, que logró interesar en su favor al califa cordobés, presentóse en territorio de Leon y de Castilla al frente de un ejército agareno, para arrojar del trono á Ordoño IV.

Las ciudades le abrian las puertas, los nobles y el clero le reconocian y le prestaban obediencia, y el pueblo le aclamaba hasta con entusiasmo, y cuando los parciales del usurpador se resistian, dominábalos con fortuna por la fuerza de las armas; y Ordoño IV, llamado en la historia *el Intruso* y *el Malo*, por las violencias y exacciones que cometiera durante su efímero

reinado, huyó de Leon á Oviedo, y despues á Búrgos, y habiendo sido hecho prisionero por el rey García de Navarra, en el pueblo de Cirueña, año 960, pereció de allí á poco miserablemente olvidado de todos.

Sancho I, mostrando noble agradecimiento al califa Abderrahman y á su hijo Al-Hakem II, que le sucedió en el trono, no movió sus armas contra las armas agarenas, aunque el conde de Castilla sufrió entre tanto la terrible derrota de Santistéban ó San Estéban de Gormaz; al contrario, entabló negociaciones de paz, segun dicen los historiadores árabes, y cumplió exactamente sus compromisos.

Dos sublevaciones de sus súbditos tuvo que reprimir el monarca leonés, en los postreros años de su reinado: la primera, dirigida en secreto por el iracundo obispo de Compostela, Sisnando, y ostensiblemente por los magnates Gonzalo Sanchez y Ruy Velazquez, sólo terminó con la deposicion del orgulloso prelado; la segunda, dirigida por el citado Gonzalo Sanchez, tuvo un éxito bien desgraciado para el monarca leonés: el rebelde magnate, fingiendo someterse humildemente á su soberano, quien le perdonó con impolítica clemencia, invitó á éste á un banquete que habia preparado en su obsequio, y apenas comió algunas hermosas frutas que le sirvieron, sintió los terribles efectos de letal ponzoña, que le ocasionó la muerte á las pocas horas, hallándose en el convento de Castrello de Miño, en Diciembre de 967.

Pocos dias despues se verificó un extraño suceso, que relata de este modo un historiador moderno:

«Reposaba tranquilamente en su lecho, la noche de la Natividad del Señor, del mismo año 967, el venerable prelado de Compostela, Rosendo, cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado: un personaje, armado de espada y de coraza, levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubria; seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál sería la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho I, que se presentaba á reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel mediol A semejante insinuacion, el sobrecogido prelado mostróse dispuesto á ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «El que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales se retiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero, edificado por él, pasando despues al de Celanova, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus dias.»

En la *Crónica Iriense* y en la *España Sagrada* del P. Florez (tom. XVIII), donde aparece inserta la antigua *Vita Sancti Rudesundi*, se detalla hasta con proligidad inusitada aquel extraño suceso, aquel acto de violencia, de soberbia, de ambicion y de rebeldía del indigno prelado.

¡Notable prueba de las costumbres de los altos miembros de la iglesia en aquella época de rudeza y de relajacion moral!

No tardó en cumplirse la prediccion del santo obispo Rosendo: habiendo desembarcado en las costas de Galicia numeroso ejército de normandos, como en los tiempos de Ordoño II, el obispo guerrero Sisnando, que abandonó la silla episcopal por el caballo de batalla, pereció miserablemente en el ataque de Fornelos, atravesado por una saeta.

Ramiro III de Leon subió al trono á la muerte de su padre Sancho I, aunque sólo tenía cinco años de edad, bajo la tutela de su madre Teresa Gimeno y de su tia Elvira; pero si las dos piadosas é ilustradas regentes gobernaron el reino con gran prudencia y acierto para aquellos calamitosos tiempos, hasta el punto de que los obispos y magnates, reunidos en asamblea, diesen gracias á Dios por la prósperidad que en aquel entónces se disfrutaba, por desgracia el jóven Ramiro III, apénas salió de su menor edad y pudo sacudir la severa tutela de sus hábiles directoras, se entregó á la disipacion y á los vicios, desdeñó á los grandes del reino, cometió exacciones honerosísimas y disgustó á los morigerados pueblos con su conducta poco edificante.

No tardó en recibir el castigo: los nobles se rebelaron contra el desatentado monarca y proclamaron á Bermudo II, hijo de Ordoño III; y á los dos años, no sin que estallára sangrienta guerra civil, entre los parciales de ambos mo-

marcas, falleció en Leon el jóven y disoluto Ramiro III, en 982, cuando aún no habia cumplido veintidos años de edad.

II.

Habia llegado, entre tanto, el califato de Córdoba al mayor grado de prosperidad y de cultura.

Muerto Abdallah en 911, sucedióle en el imperio el jóven Abderrahman III, su nieto, y no su hijo Almudhaffar, como ya hemos indicado en el capítulo anterior; y el jóven califa, que recibió hasta de los mismos cronistas cristianos el dictado de *Magnánimo*, fué, dice un historiador, el personaje más interesante y colosal del siglo X, y su reinado, el reinado de la grandeza y esplendidez orientales en su mayor brillo.

Y aquí debemos rectificar otro grave error en que ha incurrido el docto Lafuente.

Dice este historiador que el califa Abderrahman arrojó, por fin, de Toledo á los audaces Ben-Hafsun, cuyo último vástago, Giafar, prefirió hacerse vasallo del rey de Leon Alfonso IV, á someterse al califa, y que éste, despues de sitiar la plaza durante largo tiempo, entró vencedor en ella el año 927 (315 de la Hegira), «á los cincuenta — dice Conde— de haber estado emancipado del dominio de los Omniadas.»

Ya lo hemos dicho anteriormente: ni los Ben Hafsun estuvieron nunca en Toledo, ni Chafar

(no Giafar, como dicen Conde y Lafuente), hijo de Samuel, se hizo vasallo del rey Alfonso IV, de Leon.

Los Ben Hafsun tenían enarbolado el pendon mozárabe de la independendencia andaluza en Tolox, Belda, Monte-Rupí, Bobastro y otros castillos y poblaciones de las comarcas de Elvira y Málaga: Tolox fué tomado por las tropas del Califa en 921; Belda, hoy Antequera, ante cuyos muros habia sido derrotado el mismo Abderrahman por el valeroso Omar Ben Hafsun, en 914, cayó en poder del Califa en 918; Monte-Rupí, fortísimo castillo, en 926; Bobastro, en fin, alcázar y córte de aquéllos, en 21 de Enero de 928,—no en 927, como ha escrito el Sr. Lafuente, refiriéndose á Toledo.

Ninguno de los Ben Hafsun se hizo vasallo de Alfonso IV de Leon: el mayor, Chafar, infiel y apóstata, fué asesinado por sus soldados; Soleiman murió gloriosamente en una salida de Bobastro, año 927; Hafs y Abderrahman, prisioneros del Califa, permanecieron en Córdoba hasta su fallecimiento; Argentea, la hermosa vírgen cristiana, padeció el martirio en 13 de Mayo de 931.

Conviene rectificar errores antiguos y fijar de una vez la historia del glorioso reinado de los Ben Hafsun, que dió principio en el año 880 y terminó con la caída de Bobastro en 928.

El califa Abderrahman, libre ya de guerras intestinas, ajustó tregua de paz por medio de su ministro ó *vazir* Ahmed-Ben-Said con el rey de Leon, Ramiro II; hizo construir los magníficos

palacios y bellísimos jardines de Medina-Zahara, ó *Ciudad de las flores*, cerca de Córdoba, en los cuales «sólo Dios del cielo — cuenta el historiador árabe Al-Makari — podría saber cuántos tesoros consumió Abderrahman;» edificó también suntuosas mezquitas, la *zeka* ó casa de moneda, cuarteles, baños públicos y otros muchos monumentos.

Hacia el año 949 recibió una embajada del emperador de Oriente, Constantino Porphirogenito, á quien había llegado noticia de la grandeza y generosidad del califa, y que le enviaba ricos presentes y una carta autógrafa, en la cual le daba los títulos de «grande, glorioso y noble Abderrahman;» recibió también más tarde embajadas del rey de Italia, del rey de los eslavones, de la reina de Francia y otros príncipes, siendo visitado en su propia corte por el conde de Barcelona Sunyer ó Sunnario, sucesor de Wifredo II, que reinó de 912 á 954; recibió, por último, otra embajada del emperador Othon de Alemania, en contestación á un mensaje que el califa había dirigido á aquel monarca; y por cierto que los dos legados alemanes, Juan y Garamamo, monjes de la abadía de Gorzt, sufrieron grandes disgustos por espacio de largo tiempo, á causa de no querer recibir Abderrahman la misiva de Othon, por considerarla ofensiva á la religion musulímica.

Este califa, que llevó sus armas victoriosas á Africa, y se hizo proclamar en Fez emir Almu-menim del imperio de Al-Magreb, falleció en Córdoba el año 958 (miércoles 2 de la luna de

Ramazam, el 350 de la Hegira), «á los setenta y dos años de su edad y cincuenta años, seis meses y tres días de su reinado — según dice uno de sus cronistas— porque la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina-Zahara á las moradas eternas de la otra vida.»

El mismo cronista, Ahmed-Al-Makari, atribuye á aquel hombre extraordinario esta confesion en los postreros días de su vida:

«He reinado más de cincuenta años, y mi reino ha sido siempre, ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes más poderosos de la tierra; he tenido cuanto pudiera desear: poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los días que he gustado de una felicidad sin amargura, y sólo he hallado catorce en mi larga vida.»

Sucedióle su hijo Al-Hakem II, hombre eruditísimo y discreto, educado por su padre con especial cuidado en el cultivo de las ciencias y las letras, historiador, poeta y genealogista, cuya biblioteca del palacio de Meruan, en Córdoba, constaba de cuatrocientos mil volúmenes, al decir del panegirista Al-Makari, perfectamente clasificados, y cuyo índice ó catálogo estaba formado en cuarenta y cuatro tomos.

A pesar de sus aficiones literarias, Al-Hakem no descuidó los asuntos militares en su reino: él fué quien venció en San Estéban de Gormaz al conde de Castilla Fernan-Gonzalez, en 963, tomando luego á Simancas, Osma, Corunia del

Conde y otras poblaciones, auxiliado por un descendiente de los traidores condes Vela; él fué quien ordenó al caudillo Galeb que invadiera otra vez, en 964, los campos castellanos y navarros, con el auxilio del walí de Zaragoza, llegando por Levante hasta las inmediaciones de Barcelona, y por Occidente hasta Calahorra, que fué reedificada y fortificada por las tropas musulmanas; él fué quien venció y sujetó á sus rivales de Africa, prendiendo al traidor Al-Hassan, que gobernaba el imperio del Magreb y queria declararse independiente, y perdonándole generosamente.

Murió este príncipe ilustrado, en cuyo tiempo fué Córdoba la ciudad más culta del mundo conocido, por la proteccion que el noble soberano dispensaba á los sabios que allí se establecian, en el año 976, á los sesenta y tres de su edad y quince y medio de reinado.

«A la paz de Octavio en la España romana—dice con elegancia el Sr. Lafuente—sustituyó la paz de Al-Hakem en la España árabe..... y nadie con más gusto que Al-Hakem II hubiera mandado cerrar el templo de Jano, si los hijos de Mahoma hubieran conocido las divinidades y las costumbres romanas.»

Vióse, pues,—dice el mismo escritor en otro lugar—al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto, con la diferencia que si en el de Augusto, los talentos habian tenido ademas un Mecenas; en el de Al-Hakem cada walí y cada jeque aspiraba á ser un Mecenas, protector de los sabios y am-

parador de los ingenios..... La córte habíase convertido en una vasta academia, era Córdoba como la Atenas del siglo X, y la liberalidad largueza y munificencia con que se premiaban las obras del ingenio era tal, que para creerla necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada.....»

Tal es el elogio que hacen los cronistas árabes coetáneos, interpretados por Conde y resumidos por el Sr. Lafuente, de aquel ilustre califa que se daba él mismo el nombre de Al-Hakem-Almonstansir-Billah, ó *el que implora la gracia de Dios*, y á quien sus súbditos amaban y veneraban como á padre cariñoso.

Sucedióle en el trono Hixem II, y en sus días, aunque este imbécil monarca, niño de diez años cuando falleció su padre, permaneció adormecido casi toda su vida en los placeres y en la indolencia; «la España cristiana había de sufrir —como dicen los cronistas árabes— el horrible martirio de la espada de Almanzor, el hombre de las cincuenta batallas.»

CAPITULO V.

Bermudo II, *el Gotoso*.—Diversos y contradictorios juicios de los cronistas.—Mohammed-ben-Abdallah, *Almanzor*.—Sus victorias.—Toma y saqueo de Leon.—Batalla de Calatañazor.—Alfonso V y Bermudo III.—Disolucion del califato de Córdoba.

I.

Perplejos nos hallamos al tratar del reinado de Bermudo II *el Gotoso*, ante las opiniones di-

versas, mejor dicho, contradictorias que los cronistas casi contemporáneos dejaron escritas acerca de este monarca.

Todos convienen en que, después de haber sido proclamado rey en la Iglesia compostelana, el año 980, viviendô aún Ramiro III de Leon, permaneció en Santiago de Galicia después de la batalla de Portela, entre la hueste que defendia los derechos del rey legítimo y la que acaudillaban los nobles que habian proclamado al hijo de Ordoño III; pero las opiniones de los historiadores difieren notablemente desde este punto.

Unos, como el Silense, escriben así:

«Muerto Ramiro III, Bermudo, hijo de Ordoño, entró en Leon y se posesionó pacíficamente del reino..... Varon prudentísimo, amó la misericordia y la justicia, y procuró reprobear el mal y elegir y aceptar el bien.»

Otros, como el obispo cronista D. Pelayo de Oviedo, dicen:

«El citado príncipe Bermudo fué indiscreto y tirano sobre todas las cosas..... y así por los pecados de dicho príncipe, el reino sufrió el cruel castigo de la guerra que le impuso el bárbaro Almanzor.»

Cronistas hay también que dan por sentado un hecho semejante al que ocurrió cuando Sancho I *el Craso* volvió de Córdoba, en el año 960, para recobrar el trono que le habia usurpado Ordoño IV: estos cronistas afirman que Bermudo II hizo pactos secretos con el mismo Almanzor para que le sostuviera en el trono, si por

acaso las tropas de Ramiro III hubiesen obtenido la victoria de Portela de Arenas, ó si este monarca no hubiese fallecido tan prematuramente.

¿Quién sabe si en las desgracias que inmediatamente cayeron sobre el desdichado reino de Leon, tuvieron gran parte y no poca responsabilidad los magnates cristianos que seguian la causa de uno ú otro monarca?

El citado obispo cronista, Pelayo de Oviedo, no vacila en afirmar que en las mismas huestes invasoras de Almanzor, y formando la guía, por decirlo así, de las aventureras expediciones del caudillo agareno, hallábanse algunos condes cristianos, tráfugas de su país y traidores á su patria.

El reinado de Bermudo II *el Gotoso* fué una época de horrible duelo para la patria.

II.

¿Cómo reseñar en breves páginas las campañas gloriosas de Almanzor (*el Mansur*), aquel rayo de la guerra, que en pocos años destruyó casi por completo la laboriosa obra de la Reconquista?

Reinaba en Córdoba el califa Hixem II, niño á la sazón de pocos años, y era primer ministro y favorito de la sultana Sobheya, madre y tutora de Hixem, el ya renombrado guerrero Mohammed Ben-Abdallah; y este hombre incomparable, «á la manera de Ansbal, como dice uno de sus biógrafos, habia jurado por el nombre del Profeta acabar con los cristianos espa-

ñoles y no descansar hasta conseguir el exterminio de su raza.»

Corría el año 977, cuando el intrépido Mohamed, habiendo reunido fuerte ejército de musulmanes españoles y berberiscos, dió principio á la magnífica epopeya de sus victorias, haciendo rápidas excursiones por las comarcas que riega el Duero, y llegando alguna vez hasta las más abruptas montañas de Galicia.

En el año siguiente asoló las tierras de Leon, ganando el título de *Almanzor*, que vale tanto como *el Victorioso*; en 979 realizó otra expedición á las regiones de Lusitania, regresando á Córdoba cargado de botin; en los años sucesivos verificó otras irrupciones semejantes por tierras de Castilla y de Galicia, destruyendo pueblos y acuchillando sus guarniciones, hasta regresar á la corte del califa precedido de nueve mil cautivos.

Almanzor, que en una de sus correrías habia llegado hasta las márgenes del Esla, juró destruir la corte de los reyes leoneses: defendíala el bravo conde de Galicia, Guillen de Gonzalez, y el rey Bermudo II, al saber la determinacion de Almanzor, «se resolvió á abandonar su capital y á refugiarse á Oviedo, llevando consigo las alhajas de las iglesias, las reliquias de los santos y los restos mortales de los reyes sus mayores. Triste y melancólica procesion que recordaba los dias angustiosos de la pérdida de España!»

Sólo sirvió la heroica defensa de Guillen Gonzalez para probar cómo sabian sacrificarse

enaras de la patria los campeones cristianos: presentóse Almanzor á la vista de Leon en Abril del año 984; sitió la ciudad, atacóla con ímpetu, y destruyó sus muros y torreones; entró el primero al frente de sus soldados, llevando en una mano el alfange y en otra el pendon mahometano, y pasó á cuchillo á todos los heróicos defensores de la córte de los reyes de Leon.

Guillen Gonzalez, aunque enfermo y postrado, al tener noticia de que la hueste de Almanzor se disponia para el asalto, se hizo conducir al sitio de más peligro y allí pereció gloriosamente acribillado de heridas. (1)

«A la primera hora de la mañana siguiente —dice el historiador Lafuente, traduciendo la crónica del Tudense—comenzó el saqueo y el degüello general, del que no se libraron ni ancianos, ni mujeres ni niños: jamás en dos siglos y medio de guerras, desde el principio de la Reconquista, habia sufrido ningun pueblo cristiano tragedia igual.....»

Retiróse Almanzor á Córdoba, y á su paso destruyó las ciudades de Astorga, Sahagun, Simancas y otras, acuchillando á sus moradores; y no contento aún con estos señalados triunfos, en el otoño del mismo año 984 invadió de nuevo la region leonesa con el propósito de llevar sus armas hasta el corazon de Asturias: detúvose ante las fragosas montañas, pero

(1) Véase la leyenda en verso *Velasquita de la villana* en el ya citado libro *Ecos de gloria*, original del autor de esta obra.

arruinó otras muchas poblaciones, entre ellas Collanza y Gormaz.

Dos años despues, Almanzor se apoderó de Sepúlveda y de Zamora; más tarde tomó á Coimbra; en 995, destruyó un ejército de castellanos y navarros, entre Alcocer y Landa, quedando muerto en el combate el conde de Castilla Garci-Fernandez, hijo de Fernan-Gonzalez, y en el año siguiente invadió la Galicia, llegando á través de ríos y montañas hasta los muros de Compostela.

«Desierta encontró la ciudad (dicen las crónicas), sus murallas y edificios fuéron arruinados, el soberbio santuario derruido, saqueadas las riquezas de la suntuosa basílica.»

Y atravesando países, cuentan los historiadores musulmanes, que nunca habian sido hollados por ejército agareno, regresó á Córdoba con innumerables cautivos y llevando en pos de sí grandes carros llenos de botin riquísimo, y segun el arzobispo toledano, D. Rodrigo, hasta las campanas menores de la catedral compostelana fuéron conducidas en hombros de desgraciados cristianos, y colocadas luégo en la gran mezquita de Córdoba para que sirvieran de lámparas en el templo del Profeta.

No citaremos otras muchas expediciones de Almanzor por la España oriental y por las comarcas lusitanas.

Tales fuéron los principales hechos de armas de este valeroso y afortunado caudillo musulman, hasta el año 998: á tal punto habia llegado el reino que fundó Pelayo, y engrande-

cieron los Alfonsos, Ordoños y Ramiros, que algunas crónicas cristianas manifiestan claramente los temores que entónces existían acerca del éxito de la reconquista.

III.

«Pero Dios velaba—dice un cronista contemporáneo—por sus hijos, y aquel rayo de la guerra se estrelló contra el valor de los cristianos.»

Habia muerto hácia el fin del año 999 el rey de Leon Bermudo II *el Gotoso*, despues de reedificar algunas ciudades que fuéron destruidas por Almanzor y restaurar con régia magnificencia la basílica compostelana; y sucedióle en el trono su hijo Alfonso V, niño de pocos años, bajo la tutela de los condes de Galicia Menendo Gonzalez, hermano del heroico defensor de Leon, y su mujer Doña Mayor.

Disponíase el caudillo agareno á llevar á cabo otra excursion atrevida por Castilla, con el intento de destruir los reinos cristianos de la parte occidental de la Península; reunia numerosas tropas del centro de España y de Africa; allegaba inmensos recursos; trazaba, en fin, los planes más audaces para conseguir el éxito completo de sus deseos.

Y ante el comun peligro, los reyes cristianos se olvidaron de sus antiguas disensiones y se unieron para desbaratar los proyectos de Almanzor: leoneses, castellanos y navarros, en numerosa hueste reuniéronse no léjos de las

ruinas de Numancia, al mando de Sancho Garcés, conde de Castilla, hijo de aquel Garcí-Fernandez que habia muerto en la batalla de Alcocer y nieto del ilustre Fernan-Gonzalez; el rey de Navarra marchaba al frente de sus soldados y el conde Menendo Gonzalez llevaba el estandarte del reino de Leon, en nombre de Alfonso V.

Dirigiéronse los cristianos en busca del ejército enemigo, y apenas habian acampado en las alturas de Calatañazor, oyeron el ronco sonido de atambores y añafiles de las huestes musulmanas.

Los cronistas árabes, y en especial Al-Makari, manifiestan que los más bravos caudillos del ejército de Almanzor, sintieron inquietud y temores al descubrir el extenso campo de los cristianos. «Al divisar el primer albor que tanto suele alegrar á los hombres, los tímidos sintieron como anublarse su espíritu, y el toque de añafiles y trompetas estremeció á los más animosos.»

Trabóse la pelea luchaban con igual ardor cristianos y musulmanes, alintados por sus caudillos; nubes de polvo oscurecian el sol y arroyos de sangre manchaban la tierra; indecisa estaba la victoria despues de muchas horas de combate.

La noche tendió su manto fúnebre sobre aquel inmenso cuadro de desolacion y horrores, y los cristianos, aunque deplorando las grandes pérdidas que habian sufrido, permanecieron en su puesto; mas al apuntar el alba, observaron con extrañeza que el ejército agareno, alzando

sus tiendas á favor de la oscuridad de la noche, habia huido y repasado el Duero.

¿Qué habia sucedido? Almanzor, el rayo de la guerra, como le llamaban sus soldados, el héroe vencedor en cuarenta y ocho batallas, el verdadero califa de Córdoba por espacio de veintitres años, herido mortalmente, y viendo perdidos en el combate los mejores caudillos de su ejército, huyó en orden de batalla, por si acaso los cristianos le acometian.

Cinco dias despues, hallándose en Medina-celi, á donde fué conducido en hombros de sus soldados, murió de resultas de sus heridas el derrotado Almanzor, en brazos de su hijo Abdelmelek, «á los tres dias por andar de la luna de Ramazan, año 392 de la Hegira (9 de Agosto de 1002) y á la edad de sesenta y tres años.»

Aún existe en Medinaceli el modesto sepulcro donde reposan las cenizas del caudillo agarenó, y demasiado conocidos son los versos de D. Leandro Fernandez de Moratin, que tradujo el epitafio de aquel sepulcro.

IV.

Desde los primeros años de su reinado, Alfonso V de Leon manifestó claramente que habia heredado el noble espíritu de Alfonso *el Magno*.

Apénas salió de la menor edad y contrajo matrimonio con la condesa Elvira, hija de sus tutores, el conde Menendo y su esposa, se dedicó á borrar las huellas de destruccion y rui-

na que habia dejado el ejército de Almanzor.

Reedificó ciudades, construyó templos, levantó murallas, hizo donaciones cuantiosas, otorgó privilegios y fueros, y reconstruyó, en fin, el casi desmoronado reino de Leon.

A pesar de sus discordias con el conde de Castilla Sancho Garcés, su tio, se dispuso á proseguir en cuanto fuera posible la grandiosa empresa de la reconquista; mas ántes hizo que se reuniera en la capital de su reino una asamblea político-religiosa, el Concilio leonés, que celebró su primera sesion en la iglesia de Santa María, el dia 1.º de Agosto de la Era 1058, ó sea en el año de Jesucristo 1020.

No citaremos aquí, porque las dimensiones de este libro no lo consienten, los numerosos cánones, leyes políticas y civiles, privilegios y disposiciones dictadas por este célebre concilio, y los cuales constituyen el llamado *Fuero de Leon*, que estuvo vigente por espacio de tres siglos; pero sí debemos decir, adhiriéndonos á la opinion de respetables canonistas é historiadores, que en virtud de aquellos empezó á modificarse la jurisprudencia heredada de los visigodos, sin abolirse por completo ni dejar de regir el *Fuero Juzgo*, con arreglo á las nuevas condiciones en que se iba encontrando la sociedad española.

Por desgracia la vida de este egregio monarca fué bien corta: á principios del año 1027, irritado su ánimo generoso con las violencias que cometian en las comarcas inmediatas al Duero las tropas del califa Hixem III, el último

de los Omniadas, juntó crecido ejército, atravesó el mismo Duero, entró en la Lusitania y puso sitio á la fuerte plaza de Viseo.

Era el mes de Mayo: el rey Alfonso V, que era el primer soldado de sus huestes, salió á caballo, seguido de los principales guerreros de su córte, á practicar un reconocimiento en las inmediaciones de la muralla, cuando una flecha lanzada por diestra mano desde las torres de Viseo, fué á clavársele en el pecho y le dejó cadáver.

Tenía á la sazón treinta y tres años de edad, y había reinado veintiocho.

Preparóse entónces, al subir al trono Bermudo III, hijo del anterior monarca, la primera fusion del condado de Castilla y el reino de Leon.

«Era conde de Castilla—como dice con notable claridad y acierto el historiador Lafuente, explicando la situacion de los tres Estados cristianos, contando el de Navarra, en aquella época—el jóven Garcia II (*García Sanchez*), hijo de Sancho, cuando sucedió en el trono de Leon á Alfonso V, su hijo Bermudo III, y uno de los primeros actos del nuevo monarca leonés fué unirse en matrimonio con la hermana del conde castellano, llamada Gimena Teresa, y en algunos documentos Urraca. Otra hermana del mismo conde de Castilla, Doña Mayor de nombre, y mayor tambien de edad, estaba casada con D. Sancho el de Navarra. De forma que los tres soberanos estaban emparentados en igual grado de afinidad.»

Ocurrió entónces una catástrofe.

El conde García Sanchez de Castilla pasó á Leon para visitar á sus hermanos, y los traidores Velas, magnates castellanos desterrados por el padre de García, tramaron una horrible conjuracion contra el jóven soberano y le asesinaron en el átrio de la iglesia de San Juan Bautista, huyendo los conjurados y refugiándose en el castillo de Monzon; mas llegó hasta allí el rey de Navarra, Sancho *el Mayor*, y cercandole la altiva fortaleza, tomóla al asalto despues de breves dias, acuchilló á sus defensores y se apoderó de los traidores Velas que fuéron quemados vivos.

A raíz de estos lamentables sucesos, acaecieron graves discordias entre el monarca leonés y el navarro, y sólo por mediacion de los prelados de ambos reinos, se establecieron bases de paz y alianza: Sancha, la hermana del rey Bermudo, debía casarse con el primogénito del rey de Navarra, quien tomaria el título de rey de Castilla, y el leonés debía ceder en dote á la novia todo el territorio comprendido entre el Zea y el Pisuerga.

Y aunque no se satisfizo el viejo rey de Navarra, y apeló á las armas, y persiguió á Bermudo hasta las montañas de Galicia, donde éste se habia refugiado, por fin la muerte desbarató los ambiciosos proyectos del navarro: segun varios cronistas, Sancho *el Mayor*, falleció repentinamente en Oviedo, á cuya antigua ciudad se habia dirigido para visitar las reliquias de la *Cámara Santa*; segun otros, fué asesinado, sin que se sepa por quién, en las

alturas de Campomanes, en las fragosas montañas de Pajares.

Dos años más tarde pereció también el rey D. Bermudo III: disponíase á entrar por tierras de Castilla para recobrar sus antiguos dominios, y en el angosto valle de Tamarón hallóse atacado por fuerte ejército de castellanos y navarros; peleó con bravura, pero fué herido mortalmente en lo más récio del combate.

Era á mediados de Mayo del año 1037, y ese desgraciado suceso, que deploraron largo tiempo los fieles leoneses y asturianos, porque Bermudo III, último descendiente de Alfonso *el Católico*, había heredado con el trono el valor, las virtudes y las buenas costumbres de sus nobles abuelos; ese desgraciado suceso, repetimos, fué causa de la unión de los dos reinos de Leon y Castilla bajo el cetro de Fernando I.

V.

Pero la victoria de Calatañazor fué como nuncio fatal de la próxima disolución del califato de Córdoba, y los esfuerzos supremos del héroe musulmán, como los postreros resplandores de una luz que se apaga.

Ocho califas ocuparon sucesivamente, en el espacio de diez y siete años, el trono de los Abderrahmán y Al-Hakem, y ninguno tuvo corazón y talento para detener la ruina de aquel poderoso imperio que se desplomaba.

Abdelmelek, hijo de Almanzor y tan animoso como su padre, murió prematuramente, quizás

envenenado, á los pocos dias de haber regresado de una rápida excursion por tierra de Galicia, y Abderrahman, hijo segundo del mismo Almanzor, fué muerto desastrosamente por el pueblo cordobés amotinado, que no podia sufrir la ambicion, el orgullo y el descaro de aquel inepto consejero del imbécil Hixem II; un descendiente del primer Abderrahman, llamado Muhammah ó Mohammed, encerró en una prision al monarca reinante (cuya madre, la sultana Sobheya, habia fallecido poco despues de la muerte de Almanzor), y se hizo proclamar califa en 1009, siendo destronado por el caudillo Suleiman-ben-Alhakem, que le derrotó en la famosa pelea de Gebal-Quintos ó *Kautisch*; un año más tarde, Mohammed II, que habia pedido socorros y alianza á los condes de Barcelona y Urgel, Ramon Borrell I y Armengol, destruyó en los campos de Akbatalbacar el ejército de Suleiman, aunque pagó bien cara la victoria, y otra vez entró en Córdoba aclamado por el pueblo y tomó asiento nuevamente en el trono de los califas.

Duróle poco: un eslavo llamado Wáhda, sacó de la prision al infeliz Hixem II, á quien el pueblo creia muerto, y presentóle en la aljama y aclamóle por rey, siendo contestado con vítores de entusiasmo; y el mismo Hixem II, «que se habia convertido de imbécil y mentecato en déspota terrible,» al recibir el homenaje de Mohammed, quien habia sido hallado en un rincon apartado de su palacio, ordenó que en el acto un verdugo cortase la cabeza al usurpador, y que la pasca-

se en el hierro de una lanza por las calles de la ciudad, en Junio de 1012.

Tampoco duró mucho el segundo califado de Hixem: el fugitivo Suleiman-ben-Alhakem, ayudado de no pocos walíes rebeldes que estaban descontentos por la crueldad del sanguinario califa, puso cerco á Córdoba y la tomó al asalto despues de horribles combates; y habiéndose apoderado de Hixem II, «le hizo desaparecer—dice un cronista árabe, citado por Conde—y lo que hizo de él se ignora, pues nunca jamás se supo, ni él pareció vivo ni muerto.»

El feroz edrisita Alí-ben-Hamud, que era gobernador de Ceuta, pasó en seguida el Estrecho al frente de grueso ejército de africanos, con el pretexto aparente de vengar al califa Hixem, y desembarcando en Málaga, avanzó hasta Sevilla, venciendo en dos encuentros á Suleiman; llegó á Córdoba, donde entró sin resistencia, y dió muerte por su propia mano, no sólo al usurpador, sino tambien á su anciano padre y á su hermano, en 1016; y á los pocos meses, cuando se disponia á salir á campaña contra Abderrahman-ben-Mohammed, descendiente de los Beni-Omeyas, que habia sido proclamado califa por los walíes de las provincias, el feroz Alí-ben-Hamud fué estrangulado por los eunucos que le servian, miéntras se hallaba tomando un baño.

Abderrahman IV, que reinó cinco años, si se puede decir que es reinar vivir en lucha incesante contra poderosos competidores que le disputaban el trono, al frente de salvajes tribus

africanas, fué vendido infamemente por los que se llamaban jefes de su partida, Hairan y Almondhir, y asesinado en Guadix por unos ex-pías del primero; Abderrahman V, su sucesor, tambien descendiente de los Beni-Omeyas, jó-ven de talento y de severas costumbres, vióse un dia atacado en su palacio por muchedumbre frenética, instigada por el pretendiente Mohammed, primo-hermano del califa, y aunque se defendió heróicamente, cayó acribillado de heridas; éste ambicioso, que logró al cabo escalar el ensangrentado trono y hacerse proclamar por la feroz guardia africana con el nombre de Mohammed III, odiado por el pueblo y aún por sus mismos soldados, tuvo que huir de Córdoba apénas cumplió un año y medio de reinado, y refugiarse en la fortaleza de Uclés, donde murió envenenado en 1025; Yahia-ben-Alí, hijo de aquel bárbaro edrisita que venció y degolló á Suleiman, pereció en 1026 en una emboscada que le preparó el walí de Sevilla cuando contra él se dirigia, y el califa Hixem-ben-Mohammed, biznieto de Abderrahman III y hermano de Abderrahman IV, que no queria, cual otro Wamba, aceptar la corona que le ofrecian los grandes y el pueblo de Córdoba, aunque ganó algunos laureles en dos rápidas excursiones que hizo por tierra de cristianos, hácia los campos de Calatrava y de Toledo, vióse, en fin, obligado á bajar del trono que no habia ambicionado, y se retiró á un apartado pueblo de las cercanías de Lérida, donde falleció tranquilamente en 1037.

Este fué el último califa de Córdoba, y con él cayó también el vasto imperio de los Omíadas, fundado en el año 756 por el ilustre Abderrahman I.

Porque todos los walíes de las provincias, y los alcaides de pequeñas poblaciones, que no habían olvidado las promesas de Suleiman-ben-Al-Hakem, el cual, para atraerlos á su partido, les ofreció reconocerlos como soberanos independientes, aunque feudatarios del califa de Córdoba; todos, repetimos, se habían rebelado contra la autoridad suprema de éste, y se hacían proclamar reyes independientes.

Sobre las ruinas, pues, del califato, se consti- tuyeron muchos pequeños Estados: en Córdoba, en Sevilla, en Toledo, en Zaragoza, en Málaga, en Almería, en las Islas Baleares, en Valencia, en otras ciudades y pueblos, pues hasta Carmona, Medina-Sidonia y Huelva se proclamaron independientes, quedaban los walíes más atrevidos ó más afortunados al frente de nuevas monarquías.

Ya veremos despues cómo todas estas fueron destruidas, andando el tiempo, unas por la irrupcion de los Almoravides, al mando del emperador de Marruecos, Iussud-ben-Tachfin, y todas más tarde por la espada vencedora de los monarcas cristianos de la Península ibérica.

CAPITULO VI.

Primera union de los reinos de Castilla y de Leon, bajo el cetro de Fernando I. — Sabias disposiciones de este monarca. — Concilio de Collanza. — Batalla de Atapuerca, y muerte de García de Navarra. — Campañas contra los agarenos. — Primer sitio de Valencia. — Muerte ejemplar de Fernando I. — Funesta particion del reino.

I.

A la muerte del rey de Leon D. Bermudo III, como ya hemos indicado, se verificó por primera vez la union de los dos reinos de Leon y Castilla, bajo el cetro de Fernando I, hijo de Sancho *el Mayor*, Conde de Castilla y rey de Navarra.

Bermudo III no habia dejado sucesion directa, por haber fallecido el único hijo que tuvo, á los pocos dias de su nacimiento, quedando extinguida la línea masculina de Alfonso II el Católico; y el jóven príncipe Fernando que habia heredado de su padre el condado de Castilla, y que se creia con derecho á la corona de Leon, por estar casado con una hermana del monarca difunto D. Sancho, no se detuvo despues de la batalla de Tamaron: propúsose invadir la comarca leonesa, persiguiendo á los desordenados restos del ejército de Bermudo, llegar á la capital y hacerse proclamar rey.

Todo le salió á medida de su deseo, porque los magnates leoneses, decididos ante los horrores de una guerra civil, le abrieron las puer-

tas de la ciudad y le rindieron pleito homenaje; Fernando, pues, fué ungido y coronado en la catedral, por mano del obispo Servando, en la mañana del 22 de Junio del año 1037.

«La reunion de las dos coronas de Leon y de Castilla —dice un historiador moderno— si bien costó sangre muy preciosa, encerraba el germen la futura unidad de las monarquías cristianas de España. Por desgracia, esta obra de la perseverancia española tardará todavía en llevarse á feliz término; sufrirá interrupciones sensibles y contrariedades penosas.»

En efecto, tales fuéron las deplorables consecuencias de la abdicacion de Alfonso III *el Magno*, y del reparto que hicieron los hijos de este monarca. Ellos habian dado el ejemplo, y reyes posteriores le secundaron.

II.

Llagó entre tanto, como ya hemos referido, la disolucion del califato de Córdoba, de aquel imperio de las Omniadas fundado por el valeroso Abderrahman I, el vencedor de los crueles Abassidas; aquel imperio que ilustraron con su saber, con sus virtudes y con sus victorias, los Al-Hakem, los Abdalláh y los Suleiman; aquel imperio que fué durante el glorioso reinado de Abderrahman III el centro de la ilustracion y de la cultura en España, el empório de las ciencias y las letras; aquel imperio, en fin, cuyas banderas pasearon triunfantes hasta los límites de Afranc y la antigua Barcino, hasta

los muros de Leon y el venerado sepulcro del santo apóstol Santiago, los Almudgaffar y los Almondir, los Almanzor y los Mohammed.

Y era natural que así sucediese, despues de las discordias, rebeldías, traiciones y desmoralizacion que en él existian, y que fuéron encadenándose fatalmente desde los primeros dias de los Omniadas hasta los postreros del último de los califas, Hixem III; porque escrito está que todo reino dividido será desolado.

Si los reyes de Leon y de Navarra, y los condes de Castilla y Barcelona, hubiesen tenido como primer principio fundamental de su política la union entre sí y sus súbditos, para combatir todos juntos al comun enemigo, es decir, al agareno, al que derribó el trono de los godos y rompió la unidad ibérica en la batalla del Guadalete, ellos habrian sido los herederos inmediatos del último de los califas, y se hubiera adelantado más de cuatro siglos la penosísima obra de la Reconquista; pero, ¿qué habían de hacer los Alfonsos y los Sanchos, los Bermudos y los Garcías para conseguir este magnífico resultado, cuando ellos mismos y sus reinos eran tambien presa de la discordia, y foco de rebeliones y de intestinas revueltas?

Sucedió, por lo tanto, lo que era lógico que sucediese: se desmoronó el califato de Córdoba, que no tenía ya la necesaria fuerza de cohesion para subsistir por sí mismo, pero formóse con sus pedazos ensangrentados una multitud de pequeños reinos independientes, que representaban los preciosos girones del gran

manto imperial de los Omniadas; y cada uno de los walfes ó gobernadores de las provincias del imperio, se creyó bastante poderoso para proclamar la independenciam del territorio, cuyo gobierno le estaba confiado: como ya hemos dicho, Toledo, Zaragoza, Sevilla, Granada, Málaga, Almería, Murcia, Valencia y otras poblaciones más pequeñas, como Albarracin y Dénia, eran la corte respectiva de los nuevos reyezuelos mahometanos.

Esto, que empezó á verificarse hácia el año 1009, era ya un hecho consumado al cesarse Fernando I las coronas de Leon y de Castilla.

III.

Este monarca se captó desde los primeros dias de su reinado el afecto y leal adhesion de los susceptibles leoneses: confirmó los fueros y privilegios que les habia otorgado Alfonso V; dominó sin gran esfuerzo, y lo que es mejor, sin derramamiento de sangre, la sublevacion de un conde rebelde que pretendia nada ménos, apoyado en numeroso partido, usurparle el trono; dictó sábias disposiciones para corregir las costumbres públicas, para restaurar algunas antiguas y discretas leyes, para dar organizacion al Estado y áun disciplina á la Iglesia; con el objeto de lograr esto último, convocó el famoso Concilio de Collanza, al cual asistieron prelados, abades y próceres del reino, y cuya primera sesion se celebró bajo la presidencia del mismo monarca y de su esposa Sancha, en

Abril del año 1050, dictándose en aquella asamblea religiosa y á la vez política varios cánones y decretos importantísimos, acerca de asuntos eclesiásticos y civiles.

Pero como estaba previsto, las disensiones políticas llegaron bien pronto, para desviar la actividad del monarca castellano-leonés de su verdadero objetivo, la Reconquista.

El rey García de Navarra, ambicioso y devorado por la envidia, intentó poner preso á su hermano Fernando I, cuando éste, por hallarse aquél enfermo, pasó á visitarle á Nájera; y el rey de Leon, libre de aquella misma asechanza, regresó á sus Estados en breve tiempo, llevando en el ánimo una convicción firmísima de la deslealtad y mala fe de su propio hermano. Enfermó en seguida el rey Fernando, y visitóle en Leon el navarro, y aquél cuyas sospechas debían de haber adquirido el grado de la certidumbre, mandó apresar al insensato García y encerrarle en el castillo de Cea, de donde logró evadirse el prisionero sobornando la guardia que lo custodiaba.

Llegar á Pamplona, tocar al arma, juntar un grueso ejército é invadir las tierras de Castilla, todo fué obra de pocos dias para el colérico navarro; y aunque el rey Fernando le envió legados para recordarle que ambos eran hijos de un mismo padre y que era muy conveniente la paz y union entre los príncipes cristianos, García desoyó á los embajadores y áun les hizo prender y encerrar en un calabozo, si bien por poco tiempo.

Entonces el rey Fernando se aprestó á la lucha: marchó con su ejército en busca del de García, hallóle en los campos de Atapuerca, á tres leguas de Búrgos, y se dispuso para dar la batalla, no sin haber intentado ántes nuevamente disuadir de su temerario empeño al obstinado García, enviándole con el carácter de legados íntimos, los santos varones Domingo de Silos é Ignacio de Oña, hoy venerados en los altares de la iglesia católica.

La Providencia parece que se encargó de castigar la obstinacion del rey navarro: comenzó la batalla con el alba del 1.º de Setiembre del año 1054; sacrificóse heroicamente en aras de la fidelidad á su rey y señor, y del amor á su patria querida, el anciano ayo del soberano de Navarra, buscando la muerte en lo más récio de la pelea; las dos huestes enemigas combatieron con furor insano durante largas horas, guiadas por sus mismos monarcas; y los caballeros leoneses, aquellos mismos que habian sido humillados en la batalla de Tamaron, luchando como buenos en defensa de su malogrado rey Bermudo III, ébrios ahora de saña, y arrollando el espeso grupo de magnates navarros que rodeaban al rey D. García, llegaron hasta este mal aconsejado monarca, precipitáronse sobre él, arrojáronle del caballo y le acribillaron á cuchilladas.

Así pagó el jóven rey D. García su obstinacion insensata. En el suntuoso monasterio de Oña, magnifico monumento de la piedad é ilustracion de nuestros mayores, hoy casi reducido

á miserable monton de ruinas, hállase aún el sepulcro de aquel rey desdichado.

Entónces fué, libre ya de la malhadada guerra de Navarra, cuando el rey Fernando se propuso llevar sus armas contra los infieles agarenos.

En su primera campaña, verificada en el año 1055, apoderóse de la fortaleza de Sena, en Lusitania, dos años más tarde atrevióse á llegar hasta Viseo, ante aquellos muros que habian sido testigos de la muerte gloriosa de Alfonso V, y tomó la ciudad al asalto, pasando á cuchillo á sus defensores y castigando horriblemente al diestro ballestero que disparó la saeta contra este último y malogrado monarca; en el año siguiente, invadiendo por tercera vez la Lusitania, asoló el país hasta Lamego, apoderóse de esta plaza, tomándola tambien al asalto, y regresó á sus dominios cargado de despojos y precedido de innumerables cautivos; en 1058, despues de haber orado en el sepulcro del apóstol Santiago, pidiendo al cielo proteccion para la atrevida empresa que proyectaba, dirigióse con numeroso ejército á Coimbra, aquella antigua ciudad lusitana que ya habia sido tomada por Alfonso III *el Magno*: púsola estrecho cerco, combatióla réciamente por espacio de siete meses y obligó á sus defensores á pedir capitulacion honrosa, que el monarca les concedió de buen grado; en la tarde del 26 de Julio del mismo año el victorioso castellano, acompañado de su esposa la reina Doña Sancha, de prelados y magnates, y al frente de su

aguerrido ejército, hizo su entrada solemne en aquella insigne corte de los antiguos suevos.

No descansó por eso el intrépido soberano de Castilla.

El año siguiente, 1059, Fernando I se apoderó de San Estéban de Gormaz, que habia quedado en poder de los musulmanes desde los triunfos de Almanzor, y continuó sus conquistas, destruyendo poblaciones, arrasando castillos y talando comarcas enteras, hasta los muros de aquella fortaleza que guardaba los restos mortales del audaz caudillo agareno que fué vencido en Calatañazor; en 1060, salvando las quebradas montañas de Somosierra, llevó sus correrías á los hermosos valles que riegan el Jarama y el Manzanares, poniendo sitio á la histórica *Complutum*, llamada por los árabes *Al-Kalaa-En-Naar*, ó sea Alcalá de Henares, y sólo se retiró, ya entrado el invierno, cuando el rey de Toledo, Yahia-Al-Mamum, cuyo auxilio imploraron los afligidos sitiados, presentándose en el real castellano con riquísimas ofrendas y humildes protestas de adhesion, hasta el punto de someter su reino y someterse él mismo, segun el Silense, como tributario de Castilla, rogóle que levantára el campo y concediese el perdon á la ciudad sitiada; en 1062, en fin, dirigióse por tierra de Lusitania á la antigua Bética, con decidido propósito de llegar hasta Esbilía, ó sea Sevilla, cuyo segundo reyezuelo, después de la disolucion del califato, Ebu-Abed-Al-Mótachid, lleno de terror ante la hueste asoladora, y siguiendo por buen partido el ejemplo del rey

moro de Toledo, visitó personalmente el campo del monarca cristiano, ofreció á éste riquísimos presentes y le suplicó que le otorgára la paz.

Ocurrió entónces la maravillosa invencion del cuerpo de San Isidoro, aquel virtuoso y sabio prelado de Sevilla que fué la honra y la gloria de la Iglesia española (*decus et gloria maxima Ecclesiae et Hispaniae*—dijo un cronista), en los tiempos de Leovigildo y Recaredo I; y el reyezuelo de la antigua córte del infortunado San Hermenegildo, cumpliendo religiosamente promesas que habia hecho, segun la cual debia ser trasladado á Leon el cuerpo de la mártir Justa, autorizó á los legados del rey castellano, los obispos Alvito, de Córdoba, y Ordoño, de Astorga, y varios condes y personajes de la córte, para que hicieran conducir á aquella ciudad las venerandas reliquias del santo prelado, ya que no habian sido halladas las de la bienaventurada Justa.

Si nos lo permitiesen los estrechos límites en que debemos encerrar esta narracion de gloriosos triunfos y terribles desastres por espacio de siete siglos, referiríamos aquí las circunstancias extraordinarias que acompañaron á la invencion en Sevilla y traslacion á Leon de las reliquias de San Isidoro, hasta que estas fuéron depositadas, presidiendo el rey y la real familia tan solemne acto, en la románica iglesia de San Juan Bautista, llamada desde entónces de San Isidoro, que habia sido reconstruida por orden y á expensas del mismo Fernando, para panteon suyo y de los reyes sus predecesores; pero

remitimos al lector curioso que desee extensa reseña y aún minuciosos detalles acerca de tales sucesos á la *España Sagrada*, en cuyas páginas encontrará las *Crónicas* del monje de Silos y de Pelayo de Oviedo, la *Vita* de San Alvito, las *Actas* de la traslación de las reliquias, etc.

Otra gloriosa y afortunada campaña contra los sarracenos llevó á cabo el infatigable rey castellano en la primavera de 1064: saliendo por tierra de Castilla con crecido ejército, atrevióse á llegar en breve hasta los muros de la hermosa ciudad del Túria, donde reinaba Abdelmeleck-Almudhaffar, hijo y sucesor de Abdelaziz-ben-Abderrahman, primer soberano de Valencia despues de la caída de los califas cordobeses; sitióla, y estrechó el cerco hasta reducir á sus defensores á la última extremidad, acuchillándolos en hábiles emboscadas y en afortunados combates; y acaso se habria adelantado casi dos siglos la conquista definitiva de aquella plaza, si el bizarro monarca sitiador no hubiese sido atacado, en el mismo real del sitio, de su postrera enfermedad, por lo cual regresó inmediatamente á la capital de su reino.

¡Cuántos laureles acumuló alrededor de sus sienes este esclarecido soberano!

Ademas de las muchas y grandes victorias sobre el campo de batalla, consiguió otras no ménos gloriosas y de fama imperecedera en los días de la paz, restaurando ciudades y pueblos que yacían en ruinas desde los calamitosos tiempos de Almanzor; reedificando iglesias y mo-

nasterios, y dotándoles con régia munificencia; procurando difundir la ilustracion, moralizar las costumbres, y sobre todo, glorificar la religion cristiana y vigorizar con saludables ejemplos, que él mismo ofrecia diariamente, la fe y la piedad de los pueblos.

Pero ningun ejemplo más saludable, y ninguna enseñanza más sublime como la que dió á su familia y á los prelados y magnates de la córte, en la mañana del 25 de Diciembre de 1065, un dia despues de haber llegado á Leon.

«Al apuntar el dia — escribe Lafuente, con sujecion á la *Crónica* del Silense y de otros muchos autores, porque todos los que nos han legado la biografía de tan ínclito monarca refieren estos sucesos — presintiendo cercano su fin, convocó á los obispos, abades y religiosos de la córte, para que fortificasen su espíritu en aquel trance supremo, y se hizo trasportar al templo de San Isidoro, en compañía de aquellos respetables varones, revestido de todas las insignias reales. Allí, arrodillados ante el altar de San Juan, alzando los ojos al cielo, pronunció con voz clara y serena estas memorables palabras: «Vuestro es el poder, Señor, y vuestro es el reino; vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios están sujetos á vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruégoos, Señor, os digneis sacar mi alma de los abismos de este mundo, y recibirla en vuestro seno.» — Y dicho esto, se desnudó del manto real, se despojó de la coro-

na de oro y piedras preciosas que ceñía su frente, y recibiendo el óleo santo de mano de los obispos, trocó el manto por el cilicio, y la diadema por la ceniza, y prosternado y con lágrimas, imploró la misericordia del Señor, á quien entregó su alma á la hora sexta del tercer dia de Pascua, fiesta de San Juan [Evangelista. Tal fué, y tan ejemplar y envidiable la muerte del primer rey de Castilla y de Leon, á los veintiocho años de haber ceñido la segunda corona, cerca de treinta y uno de haber llevado la primera. »

La historia llama á este insigne monarca Fernando I *el Magno*.

El pueblo leonés, que aún guarda memoria por tradicion no interrumpida de treinta generaciones, de las ejemplares virtudes del piadoso soberano, concédele el sobrenombre de *Santo*, y le tributa sentido homenaje de veneracion y acatamiento.

Allí, en el románico templo de San Isidoro, panteon de los reyes leoneses, custódiense con religioso celo y profundo respeto las cenizas del gran monarca, y al par descansan las de su digna esposa la reina Doña Sancha de Castilla, que falleció en 1068.

IV.

Y sin embargo, Fernando I, tan afortunado en las guerras y tan discreto en la paz, cometió un deplorable error político, un acto de imprevision que produjo tristísimas consecuencias

y fué el origen de guerras y calamidades sin cuento.

Cinco hijos tenía: Sancho, Alfonso, García, Urraca y Elvira, y obrando en su corazón con más eficacia los sentimientos de padre que la severidad del rey previsor y prudente, dió á cada uno de ellos, ántes de su última campaña, y en presencia de los magnates de la iglesia y de la corte, un pedazo de sus extensos dominios: Sancho recibió la soberanía de Castilla; Alfonso, el reino de Leon; García, el de Galicia; Urraca, que era la hija mayor, la ciudad de Zamora, por él restaurada y embellecida; Elvira, en fin, la ciudad de Toro.

Vése aquí otra prueba evidente de que el acto del castillo de Boides, que ya habia sido imitado por Sancho *el Mayor*, rey de Navarra, fué tambien reproducido por el hijo de éste, Fernando I de Leon y Castilla: allí, los hijos de Alfonso *el Magno* se distribuyeron los reinos de su padre; aquí, el padre mismo es quien hace distribucion de reinos entre sus cinco hijos, rompiendo la unidad del Estado.

En uno y otro caso, las consecuencias fuéron iguales: los horrores de una guerra civil.

CAPITULO VII.

Reinado de Sancho II de Castilla.—Alteraciones y turbulencias.—Batallas de Llantada, Golpéjar y Santarem.—Fuga de Alfonso VI á Toledo.—El cerco de Zamora.—Traicion de Bellido Dolfos.—*El Cid Campeador*, Rodrigo Diaz de Vivar.

I

El mismo día en que ocurrió el fallecimiento del magnánimo rey D. Fernando I, fuéron proclamados sus hijos y sucesores: ningun consejo, ninguna prudente advertencia, ni siquiera el ejemplo de lo que habia acontecido despues de la abdicacion de Alfonso III y de la muerte de Sancho *el Mayor*, fuéron causa bastante para que aquel monarca desistiera de su propósito.

Y sucedió lo que no podia ménos de suceder: que al poco tiempo, áun ántes del fallecimiento de la reina viuda Doña Sancha, quien sobrevivió dos años á su esposo, manifestáronse ya ostensiblemente las primeras señales de discordia y envidia entre los tres jóvenes monarcas, y los primeros anuncios de sangrientas y calamitosas guerras.

Sancho II de Castilla, el primogénito de los hijos del rey D. Fernando, invadió los Estados de su primo Sancho Garcés, rey de Navarra, hijo de García Sanchez III, el vencido en la batalla de Atapuerca por las tropas castellanas y

leonesas, y nieto de Sancho *el Mayor*, con propósito de arrebatarle aquella porcion de territorio que áun el vencedor D. Fernando I le habia reconocido; mas en los campos de Viana, «campos (dice el historiador Yanguas), que estaban destinados desde muy antiguo para los combates de los nobles en desafio,» ó sea para los actos llamados *Juicios de Dios*, encontráronse los tres ejércitos, porque el de Aragon auxiliaba al de Navarra, y quedó completamente derrotado el de Castilla.

Sancho II, mohino y cabizbajo, despues de haberse salvado de la prision ó de la muerte, huyendo del campo á uña de caballo, tuvo que repasar el Ebro y volver precipitadamente á Búrgos, miéntras el navarro, avanzando por los valles de la Rioja, se apoderaba de las plazas y castillos que habia perdido su padre á consecuencia de la batalla de Atapuerca.

¡Justo castigo de la ambicion y temeridad del castellano!

Pero, ¿escarmentó por ventura este monarca? Antes al contrario: aún caliente el cadáver de su santa madre Doña Sancha de Castilla, que falleció en Leon hácia Noviembre de 1067, declaró la guerra á su hermano D. Alfonso, y entró por los Estados de Leon en 1068, hasta la villa de Plantaca ó Llantada, sobre el Pisuerga, derrotando en el primer encuentro á las tropas leonesas, y aceptando luégo la paz mediante una ámplia recficacion de fronteras, á costa del soberano leonés.

Mas, ¿qué significaba esta conquista parcial

para quien, halagado por la victoria, queria apoderarse de todo el reino? Tres años despues, en 1071, ocurrió la batalla de Golpéjar: los leoneses vencieron á los castellanos, y les obligaron á huir, dejando abandonado su campamento; pero, estos últimos, al rayar la aurora del dia siguiente, acometieron de improviso á sus enemigos que descansaban confiados en las tiendas conquistadas, y los acuchillaron sin piedad, é hicieron prisionero al mismo rey D. Alfonso, aunque se habia refugiado en la iglesia de Santa María de Carrion.

Sancho II de Castilla quedó dueño del reino de Leon: miéntras el jóven Alfonso era conducido al castillo de Búrgos, y encerrado luégo en el monasterio de Sahagun (de donde logró más tarde evadirse disfrazado, y acogerse al amparo del rey moro de Toledo, Yahia-Al-Mamum), el rey de Castilla entraba en la capital del reino, y se hacía coronar en la iglesia de San Isidoro, ante el sepulcro de su magnánimo padre.

No pasaron muchos dias sin que el ambicioso y turbulento Sancho de Castilla y de Leon moviese sus huestes contra el rey García de Galicia, y por cierto, que favorecian sus proyectos las circunstancias especiales en que se hallaban los antiguos galáicos, indignados contra el menor de los hijos de D. Fernando I, por la conducta odiosa, cruel y arbitraria del príncipe, por las humillaciones que les hacía sufrir, por los crecidos tributos que les arrancaba casi á la fuerza, por haberse entregado ciegamente á su favorito Vernula, uno de sus domésticos in-

feriores, que abusaba con torpeza de su favoritismo, y por otras causas semejantes.

Al presentarse en las fronteras de Galicia el ejército leonés y castellano, los gallegos abandonaron la causa de su rey D. García, y éste, aunque pidió auxilio á los mahometanos portugueses, que se lo negaron desdeñosamente, salió de Santiago al frente de pequeña hueste, no para combatir, sino para huir del poderoso ejército que acaudillaba su hermano Sancho; pero fué en vano: avistáronse las dos falanges enemigas en los campos de Santarem, ó Santa-Hirinea, como dice el arzobispo toledano don Rodrigo, y habiendo sido destrozados los gallegos, el rey García quedó prisionero, y fué encerrado más tarde en el castillo de Luna, en Astúrias, una de las fortalezas que habia fundado Alfonso III.

Faltábale aún á Sancho, dueño ya de los reinos de Castilla, Leon y Galicia, apoderarse de los pequeños estados de sus dos hermanas Urraca y Elvira, para obtener el colmo de sus deseos; y procurólo en el año siguiente de 1072.

De Toro, la ciudad de Doña Elvira, su hermana menor, se apoderó con facilidad y sin resistencia; pero Urraca, la hija predilecta de Fernando I, que habia heredado el espíritu varonil de su noble padre, se dispuso á combatir contra el temerario monarca, y á defender con heroica altivez su querida ciudad de Zamora; dando el mando de sus leales soldados al insigne Arias Gonzalez, aquel prudente y valeroso leonés que se atrevió á predecir á Fernando I,

hallándose ya éste en los postreros días de su vida, las turbulencias y guerras que habria de ocasionar la funesta reparticion de los reinos entre los príncipes herederos, y que, despues de vencido en la batalla de Golpéjar su rey don Alfonso, huyó de Leon y ofreció sus servicios y los de sus tres hijos á la infanta doña Urraca.

¿Cómo habia de atemorizarse el rey D. Sancho por la bizarra decision de su hermana? Puso sitio á Zamora, y estrechóle con repetidos ataques y asaltos, que eran siempre rechazados con fortuna, aunque á costa de las vidas de muchos caballeros, por los esforzados sitiados.

Acaeció entónces la horrenda traicion de Bellido Dolfos.

Este, que aparentaba ser un caballero zamorano, profundamente irritado contra el ilustre Arias Gonzalez, por ofensas recibidas, presentóse en la tienda de D. Sancho, y ofreció indicarle, sólo á él, los sitios más débiles de las murallas de Zamora; y el monarca, que anhelaba con verdadera ansiedad rendir la plaza, para apoderarse por completo del reino de su padre, aceptó con excesiva confianza las indicaciones y promesas del personaje desconocido, el cual, por el contrario, debió parecerle sospechoso, y aún merecedor de castigo, por el sólo hecho de manifestarse, sin repugnancia alguna, como traidor á su natural señora, la infanta Doña Urraca.

Era el 6 de Octubre de 1072, un poco ántes del anochecer, cuando el rey D. Sancho, acompañado de Bellido Dolfos, y seguido á regular

distancia de algunos caballeros castellanos, salió de su campamento para reconocer los muros; y hallándose cerca de éstos, el fingido caballero zamorano aprovechó ocasión oportuna para arrojarse de súbito contra el confiado monarca, y atravesóle á traicion con su lanza, ó con afilado venablo, como dicen varios historiadores antiguos, dándole muerte repentina.

En vano quisieron amparar á su desgraciado rey y caudillo los caballeros castellanos que habian observado desde léjos la villana accion de Dolfos: bramando de ira, y con la espada desenvainada, corrió presuroso en seguimiento del traidor el más principal de aquellos, el famoso Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid Campeador, amigo leal del malogrado príncipe, «y abrióse á tiempo—dicen varios cronistas—una de las puertas de la plaza, para dar entrada al asesino, cuando ya faltaba poco para alcanzarle la lanza de aquel insigne guerrero.»

Así pereció miserablemente, herido por lá espalda, el hijo primogénito del primer rey de Castilla, cuando estaba ya á punto de añadir á su corona el último floron de la misma que habia ceñido tan gloriosamente D. Fernando I, *el Magno*; y así concluyó el famoso *cercó de Zamora*: los leoneses y gallegos abandonaron inmediatamente el campo, regresando á su patria, y los castellanos, despues de depositar en modesto ataúd los inanimados restos mortales de su rey, levantaron tambien el sitio y emprendieron el camino de Castilla.

En el monasterio de Oña, primer panteon de

los reyes castellanos, hoy abandonado y casi destruido, más por la incuria de los hombres que por el estrago de los siglos, yacen las cenizas de aquel audaz soberano á quien la historia distingue con el sobrenombre de *Fuerte*, y á quien se compara en su encomiástico epitafio, que aún existe y nosotros hemos copiado, á París en la hermosura y Hector en la fiereza: *Sanctius..... forma Paris, ac ferox Hector in armis.*

Lo cual, por cierto, no ha sido obstáculo para que el P. Mariana llamase incosideradamente «bestia, fiera y salvaje,» al rey D. Sancho II de Castilla y de Leon.

II.

Hemos citado en el párrafo anterior el nombre de Rodrigo ó Ruy Diaz de Vivar, el *Cid Campeador*, y justo es que digamos algo acerca de este insigne caballero castellano que tanta gloria conquistó con sus preclaras hazañas en la grandiosa empresa de la Reconquista.

Al visitar la ciudad de Búrgos, la antigua *Caput Castellae*, cuna de héroes y de reyes, y magnífico museo de las bellezas artísticas que nos legaron los pasados siglos, ningun viajero ilustrado se olvida de que existe en aquella histórica ciudad, á pocos metros de la puerta de San Madrid, ejemplar bellissimo de estilo Mudejar, como la de San Estéban, un sencillo monumento blasonado que miran con el mayor respeto los leales burgaleses.

Solar del Cid se llama, y aquellas pobres y solitarias piedras señalan el lugar que ocupó la solariega casa del esclarecido Ruy Diaz, *el Cid*.

¡El Cid!—Esto es: el tipo del hidalgo castellano, bravo entre los bravos, noble y caballero; el héroe de las trovas populares, la desesperación de la historia, el sarcasmo de la crítica.

A fines del siglo pasado, el Rdo. P. Mro. Fray Manuel Risco, heredero de las glorias de Florez y continuador de la *España Sagrada*—esa obra portentosa de erudición y laboriosidad, que no tiene rival, en su género, en nación alguna del mundo—exclamó regocijado:

«Tengo la mayor complacencia y satisfacción en ofrecer á mis amados compatriotas y á toda la República de los Literatos las más apreciables memorias y el más insigne monumento, desconocido á los escritores que florecieron desde el siglo XIII hasta nuestros días.»

Este monumento era sencillamente una historia fiel—así lo creyó el P. Risco—del Cid Campeador, *el Mio Cid*—como le llaman la *Crónica general de España* y el vetusto *Poema del Cid*, descubierta por el infatigable bibliófilo en los empolvados archivos de San Isidro de Leon, y publicada luégo por él mismo con este epígrafe: *La Castilla y el más famoso Castellano*.

Pero el cáustico Masdeu, jesuita, un tanto volteriano y excéptico, que se complace en desmenuzar uno por uno con acerada péñola y finísima sonrisa los fundamentos más solidos de las glorias patrias y las tradiciones más arrai-

gadas, emplea la miseria de doscientas veinte y cuatro páginas, (*Historia crítica de España*, tomo XX, ilustracion II, págs. 147 á 371) en refutar con verdadero deleite la novísima *Historia leonesa*, como él la llama, exhumada por el diligente Risco; llama á este «bobalicon» y «buen fraile agustiniano;» le dice sin empacho que da muestras de tener «muy anchas creederas,» y concluye, en resúmen, con los párrafos que al pié de la letra copiamos:

«No tenemos del famoso Cid ni una sola noticia que sea segura ó fundada, ó merezca lugar en las memorias de nuestra nacion. .. habiendo examinado la materia tan prolijamente, juzgo deber.... confesar que de Rodrigo Diaz, el Campeador.....; nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni áun su mismo sér ó existencia.»

Murió el sabio Risco sin llegar á conocer estas afirmaciones: súpolo Masdeu, hallándose en Roma; ratificóse en lo que habia dicho, y lanzó este reto al continuador de la *España Sagrada*:

«Ninguna cosa deseaba yo tanto como que llegase á sus manos (á las de Risco) esta mi censura.... para que leyéndola el P. Mro. ó se desengañase con ella.... ó bien notificase al público los nuevos motivos que tuviese para creer antiguo y legítimo el manuscrito de Leon. Espero que tomará el lugar del difunto el nuevo continuador de sus obras.»

¿Cómo no habia de tomarle?—El P. La Canal aceptó con valentía el reto, y se propuso refu-

tar al atrevido jesuita y volver por la honra literaria de su digno antecesor y compañero; mas habiendo fallecido Masdeu, de allí á poco, la obra del P. La Canal, inapreciable como todas las suyas, duerme aún *inédita* en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

Y dicho sea con esto que aún permanece en toda su fuerza la descarada negativa de Masdeu, sin que nadie en el presente siglo haya tenido alientos para desvanecer las espesas sombras que envuelven la figura del prototipo de los hidalgos castellanos; y decimos que nadie, porque no bastan para refutar á Masdeu, en nuestro sentir, los estudios históricos acerca del Cid, que han publicado sucesivamente los historiadores extranjeros Juan Müller, el doctor Dozy y M. Hübnér, y los incompletos de los literatos españoles Quintana, Gayangos y Lafuente.

Lo necesario es, para disipar completamente esta niebla de la historia patria, dar á la luz pública el manuscrito del P. La Canal: en él, refutando á Masdeu, que tenía por apócrifa la célebre *historia leonesa*, presentará el docto académico razones concluyentes en pro de la afirmación del P. Risco, y probada la autenticidad de la historia *La Castilla y el más famoso castellano*, quedará también con prueba plena, no sólo la existencia del Cid, de la cual no debió dudar ni por un momento el crítico catalán, sino también la misma historia del célebre personaje.

Porque la existencia del Cid se halla tan perfectamente comprobada, que no sabemos á qué atribuir la descarada negativa de Masdeu, como

no sea á discordias apasionadas de escuela entre el ilustrado agustiniano y el no ménos ilustrado jesuita.

En efecto: la firma de Rodrigo Diaz aparece estampada en várias escrituras de donaciones reales, de los años 1062 á 1074, algunas de las cuales han sido publicadas; en la famosa *Carta de Arras* que dió á la luz el diligente obispo D. Prudencio de Sandoval, en sus *Cinco Reyes*; en el fuero de Sepúlveda, otorgado en 1076, y en otros documentos de autenticidad innegable.

Los escritos más antiguos hablan también del Cid: un manuscrito árabe de Ibu-Hassan, de 1109, que copia el doctor Dozy en sus *Investigaciones*; las crónicas de Búrgos, de Lucas de Tuy, del arzobispo D. Rodrigo y otras; el *Poema del Cid*, hecho, según la opinión más admitida, hácia mediados del siglo XII; los *Anales Toledanos* y los *Complutenses*, etc.

Repítanse á los burgaleses las palabras de Masdeu: ellos, señalando con una mano el *Solar del Cid*, y con otra la urna que contiene las venerandas cenizas del héroe y su esposa Jimena, responderán al incrédulo con estas entusiastas frases del Sr. Lafuente:

«Gloria de España—y gloria principal de Búrgos, añadimos nosotros—será siempre haber producido al Campeador famoso, al paladín ilustre, al hombre hazañoso en las lides, al guerrero heróico, al capitán invencible, al súbdito leal á su rey, cuyo nombre y fama se ha difundido por todo el orbe, y se transmitirá á todas las edades.»

CAPÍTULO VIII.

Reinado de Alfonso VI —Jura de Santa Gadea —Campaña de Alfonso contra el rey moro de Sevilla.—Pacto de amistad y alianza con el mismo.—La princesa Zaida.—Conquista de Toledo.

I.

Hemos dicho en el capítulo precedente que el rey de Leon D. Alfonso VI, vencedor en la batalla de Golpéjar y vencido al día siguiente por su hermano Sancho II de Castilla, y hecho prisionero en la iglesia de Santa María de Carrión, y conducido al castillo de Búrgos, tomó el hábito de monje en el célebre monasterio de Sahagun; mas al poco tiempo, y «por arte y maña de los mismos que habian negociado su entrada en el claustro,» salió de allí disfrazado y se refugió en la córte de Yahía-Al-Mamum, rey moro de Toledo, quien le recibió y trató por espacio de año y medio como á hijo querido, más que como á hijo del vencedor de los moros, Fernando I.

Omitimos por innecesarias las romancescas aventuras que los antiguos cronistas han dejado escritas acerca de este príncipe, mientras residió en Toledo y Brihuega, ó Brivea, en cuyo castillo moró largas temporadas, acompañado de sus fieles servidores los tres hijos del conde Pedro Anzures. No debemos omitir, sin embargo, la anécdota siguiente, contada por el arzo-

bispo toledano D. Rodrigo, y repetida despues por todos los historiadores, incluso el Sr. Lafuente:

«Habiendo bajado un dia Al-Mamum al jardin del castillo de Brihuega á solazarse un rato, y habiéndose puesto á conferenciar con los árabes de su córte, sentados en círculo, sobre el medio de cómo se podria tomar una plaza tan fuerte como Toledo, Alfonso se habia recostado al pié de un árbol y aparecia profundamente dormido; creyéndolo así los árabes, continuaron departiendo entre sí en alta voz y con toda confianza. Preguntóles Al-Mamum si creian posible que una ciudad como aquella pudie^r nunca ser conquistada por los cristianos. «Sólo habria un medio, contestó uno de los interlocutores, que sería talar por espacio de siete años sus campiñas, de suerte que llegáran á faltar absolutamente los víveres.» No fué perdida para Alfonso, añade el arzobispo-cronista, la respuesta del musulman, y guardada la tuvo en su memoria.»

Añade ademas la crónica, que Al-Mamum, para cerciorarse de que Alfonso dormia, mandó echarle plomo derretido en una mano, por lo cual se le llamó *el de la mano horadada*, y que el jóven príncipe sufrió sin pestañear aquel horrible martirio, «hasta el punto de habersele enrespado el cabello de manera que ya no se le pudo allanar.»

Con tales inverosímiles cuentos engalanaban sus historias los cronistas antiguos: el medio que propuso el musulman para conseguir la toma



de Toledo, no era por cierto tan extraordinario y misterioso que Alfonso hubiera de ignorarlo; ni le puso en práctica, andando el tiempo, el conquistador de la ilustre ciudad de los concilios.

Allí, en Toledo, residia aún el jóven príncipe emigrado, cuando presentáronse á él legados castellanos ofreciéndole la corona, y secretos emisarios de su hermana Doña Urraca, que le dieron noticia de la desgraciada muerte de Sancho II, y le invitaron á regresar cuanto ántes á su patria; y Alfonso, que no queria ocultar esta buena nueva á quien tan noble y generosamente le habia tratado, comunicósele á Al-Mamum, y le pidió su permiso para marchar inmediatamente á Leon y Castilla.

Cuéntase que el generoso mahometano prorumpió entónces en estas sentidas razones, no ignorando lo que ocurría:

«Si hubieras intentado fugarte sin mi conocimiento y voluntad, no habria podido salvarte de la prision ó la muerte, porque ya habia hecho vigilar todas las salidas, con órden á mis guardias de que aseguráran personas. Marcha, y si te convienen recursos ó armas, de todo te podrás servir, pues todo te será facilitado.»

Tan cierto es que ejecutando una buena accion, se recibe siempre la condigna recompensa.

Así refieren estos hechos el arzobispo Don Rodrigo y el obispo Lucas de Tuy en sus respectivas crónicas.

A los pocos dias, en Noviembre del mismo

año 1072, Alfonso VI salió para Zamora, donde fué proclamado por su misma hermana Doña Urraca, y en seguida marchó á Búrgos para hacerse coronar rey de Castilla; mas ántes de dejar á Toledo prometió al generoso Al-Mamum, bajo juramento, respetar su reino mientras él y su hijo mayor Hixem viviesen, y áun prestarles ayuda si fuese necesario contra los turbulentos reyezuelos moros sus vecinos.

No fué comprendido en este pacto amistoso el menor de los hijos de Al-Mamum, llamado Yahía Al-Kadir Billah, y en sus tiempos emprendió y realizó, como luégo veremos, el animoso soberano de Castilla la conquista de Toledo.

II.

Habiendo muerto sin sucesion el rey D. Sancho II de Castilla, los nobles castellanos, reunidos en Búrgos, acordaron unánimemente ofrecer la corona al príncipe Alfonso, si éste juraba sobre los Santos Evangelios no haber sido cómplice, ni siquiera con su consejo, en el alevoso asesinato de aquel desventurado monarca.

Aún existe en la histórica y monumental *Caput Castellae* la románica iglesia de Santa Gadea, hoy Santa Agueda, situada no léjos del sitio donde se alzaba el célebre alcázar de los reyes castellanos, que fué minado y volado por las tropas fugitivas del intruso José Napoleón Bonaparte, en la madrugada del 13 de Junio de 1813.

Allí, al decir de tradicion constante, se verificó el juramento de Alfonso VI, ántes de la proclamacion.

«En un tablado alto,—dice el obispo Sandoval en sus *Cinco Reyes*, interpretando las crónicas del Tudense y del arzobispo D. Rodrigo,—para que todo el pueblo lo viese, se puso el rey, y llegó Rodrigo Diaz á tomarle el juramento, abrió un misal puesto sobre el altar, y el rey puso sobre él las manos, y Rodrigo dijo así: «*Rey D. Alfonso, ¿vos venis á jurar por la muerte del rey D. Sancho vuestro hermano, que si lo matastes ó fuistes en aconsejarlo decid que sí, y si no murais de tal muerte cual murió el rey vuestro hermano, y villanos os maten que no sean hidalgos, y venga de otra tierra, que no sea castellana?*» El rey y los caballeros respondian: «*Amen.....*»

Algunos cronistas, y tambien la tradicion burgalesa, afirman que el juramento se repitió tres veces, una sobre el cerrojo de la iglesia y otra sobre la cruz de una espada ó de una ballesta; y el mismo Sandoval consigna que Rodrigo Diaz tomó juramento al rey tres veces seguidas, y añade que «mucho le pesó al rey de esta libertad que Rodrigo Diaz le dijo, y jamás desde este dia estuvo de véras en su gracia; porque los reyes, ni superiores, no quieren súbditos tan libres.»

Segun tradicion constante, el cerrojo de hierro fué conservado en la parte alta de la puerta de Santa Águeda hasta el siglo XVII, en que un arzobispo de Búrgos le hizo quitar y mandó

que fuese destruido, para desvanecer alguna superstición ridícula que en él fundaba la gente del pueblo; y el que hoy existe, colocado en el mismo sitio donde aquel se hallaba, recuerda aún el famoso juramento.

Excusado será decir que el *Romancero* no podía ménos de recordar también que

»hizo hacer al rey Alfonso
el Cid en solemne juro
delante de muchos grandes
en Santa Gadea de Burgos;»

y aún á riesgo de pecar de difusos, permítase-nos copiar aquí algunos versos de un bello romance del siglo XV, romance inestimable por muchos conceptos, y que expresan la respuesta que dió Rodrigo Díaz al rey después del juramento de éste:

»Villanos mátente, Alfonso,
villanos, que non fidalgos;
mátente con agujadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que non zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas,
non de contray ni frisado;
con camisones de estopa,
non de holada ni labrados;
y sáquente el corazón
por el siniestro costado

si non dijeres verdad
de lo que te es preguntado:
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu hermano.»

Y luégo el románcero pone en boca de Alfonso estas palabras:

»Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has conjurado,
porque hoy le tomas la jura
á quien has de besar mano.»

O como dice una vieja crónica del Cid:
*«Varon Ruy Diaz, ¿por qué me afincades tanto,
ca oy me juramentastes, e cras besaredes la mi
mano?»*

Terminada la extraña ceremonia, los nobles burgaleses victorearon al nuevo rey, y alzando las banderas, gritaron los heraldos: *¡Castilla por Alfonso VI!*

Era á principios del año 1073.

III.

Al poco tiempo, el rey Alfonso VI tuvo necesidad de practicar un acto de severa justicia, el cual ha sido objeto de censurá para algunos historiadores.

El hijo menor de Fernando I, aquel revoltoso y arbitrario García de Galicia que fué derrotado por su hermano Sancho II de Castilla en las inmediaciones de Santarem, y encerrado luégo en el castillo de Luna, habia conseguido fu-

garse, sobornando á los soldados que le custodiaban, y marchar á Sevilla para acogerse al amparo del emir Mohammed Ebu-Abed Al-Motamid; y apénas supo el desgraciado acontecimiento del cerco de Zamora, regresó á Leon y se presentó al nuevo monarca.

No dice la historia cuáles fuéron las pretensiones del veleidoso príncipe: lo que sí dicen varios cronistas, entre otros el obispo Pelayo de Oviedo, es que el rey D. Alfonso le hizo prender á los pocos dias de su llegada á Leon, y encerrarlo nuevamente en el castillo de Luna, donde pereció miserablemente, *quia voluit minuire se sanguinem, et postquam sanguinem minuit..... mortuus est*, dice sencillamente el citado cronista, en el año 1090, y no en 1081, como supone sin fundamento el P. Mariana.

Dedicóse en seguida el rey Alfonso VI á los asuntos importantes de su reino, y en especial á las cosas de la guerra; porque no es muy aventurado suponer, juzgando por los sucesos que despues acontecieron, que el animoso monarca de Castilla y de Leon, aunque obligado con una promesa sagrada al rey Al-Mamum y su hijo mayor, acariciaba en su mente el atrevido proyecto de reconquistar la insigne ciudad de Wamba.

Ocurrió á la sazón que el emir de Sevilla, el ya citado Mohammed Ebu Abed Al Motamid, el más poderoso rey de todos los pequeños estados que los walies árabes habian erigido sobre las ruinas del califato de los Omniadas, puesto que sus dominios se extendian desde las tierras

de Toledo hasta cerca de Granada, suscitó querrela al ya anciano Al-Mamum, y le declaró la guerra; más Alfonso VI, al saberlo, acudió con buen golpe de gente de armas en auxilio de su antiguo y cariñoso protector, y unidas las tropas toledanas y castellanas, apoderáronse de Córdoba, no obstante la bizarra defensa de Ebu Abed, que murió en reñido combate, y apoderáronse también de Sevilla, la capital del emirato, que no pudo defender con éxito el mismo Mohammed Al Motamid.

Alfonso VI dió en esta ocasion una prueba solemne de su gran poder é influencia sobre los reyezuelos moros del Mediodía de la península: acude en auxilio de Al-Mamum, pagando la deuda de generosidad y afecto que con él habia contraído, y no sólo consigue derrotar al enemigo, sino apoderarse de las dos principales ciudades de su reino.

Las consecuencias, sin embargo, fuéron tristes para España, y aún para los mismos reyes moros: éstos aconsejados por Mohammed Ebu Abed Al Motamid, quien no cedió ante las prudentes reflexiones de su hijo y heredero Raschid, llamaron á los almoravides africanos, y fuéron, como luégo veremos, los primeros víctimas de estos feroces invasores.

Al-Mamum falleció en Sevilla, año 1076, cuando Ebu Abed, despues de la partida de Alfonso á sus Estados, se propuso recobrar la perdida capital de su reino, lo cual consiguió fácilmente, y sucedióle en Toledo su hijo Hixem Al Kadir Billah, quien reinó poco tiempo sobre

unos súbditos inquietos y rebeldes, que le acusaban de favorecer á los cristianos, y que con cluyeron por desposeerlo del trono para colocar en su lugar al príncipe Yahia Al Kadir Billah, hijo menor de Al-Mamum, al decir de varios historiadores, ó nieto del mismo, segun otros.

Entónces fué cuando resolvió el rey de Castilla dar principio á su proyectada empresa de conquistar á Toledo, ante cuyos muros se habian detenido respetuosamente las vencedoras huestes de Alfonso III y Fernando I.

Comenzó por negociar un tratado secreto de paz y alianza con Ebu Abed Al Motamid, tratado que luégo se estrechó más todavía, cuando el emir sevillano, «por medio de su astuto negociador Aben Omar, ofreció á D. Alfonso su misma hija Zaida, con cierto número de ciudades por vía de dote, si la aceptaba en matrimonio;» y aceptóla en efecto el monarca cristiano, segun el obispo Lúcas de Tuy, *quasi pro uxore*, con las plazas de Alarcos, Mora, Huete y otras, que el emir de Sevilla habia tomado á los toledanos.

Seguro ya, por entónces, de la amistad de Al Motamid, D. Alfonso juntó poderoso ejército, franqueó la cordillera carpetana, invadió el territorio toledano, destruyó ciudades, taló campos, incendió mieses, y procuró, en fin, por todos los medios posibles, privar á la plaza que se proponia tomar de toda clase de recursos.

Por espacio de varios años consecutivos llevó á cabo iguales correrías, siendo la más notable

de todas la del verano de 1083, en la cual sus tropas dominaron por completo hasta más allá de Talavera, y pusieron sitio á la capital de Yahia Al Kadir Billah.

Este insensato monarca, aborrecido de sus mismos súbditos, pidió auxilio á algunos reyes moros, sus vecinos: negósela Ebu Abed Al Motamid, el de Sevilla, que tenía pactos de amistad con Alfonso; negósele también el de Zaragoza, Yussud Ebn Ahmed Al Motamir, cuyo padre, que habia fallecido dos años ántes, ofreció acudir al socorro del de Toledo; negáronsele ademas otros emires de los pequeños reinos musulmanes de España.

Y aunque el walí de Badajoz, que lo era á la sazón Al Motawakil, le envió un ejército á las órdenes del valiente capitán Alfadal Ben Omar, el rey Alfonso tuvo la buena suerte de destrozarlo en campal batalla, y hacerlo huir hasta la antigua *Eméríta Augusta*.

El cerco se estrechaba cada vez más: las salidas eran rechazadas impetuosamente, las máquinas de guerra desmoronaban las murallas de la plaza, el hambre hacía estragos entre los defensores, el descontento, en fin, reinaba en el ánimo de los acobardados súbditos de Yahia Al Kadir Billah.

Sucedió entónces lo que era de esperar en situación tan angustiosa: ni éste débil rey tenía valor y autoridad para arriesgar el todo por el todo, como se suele decir, en una jornada decisiva, ni los sitiados tenían confianza alguna en sus propias fuerzas; al contrario, ante los horro-

res del hambre y el estrago de la pelea, sin esperanza ya de socorro, los mismos toledanos obligaron á Yahia Al Kadir á que pidiera capitulacion honrosa. Mas Alfonso VI, que estaba decidido á apoderarse de la plaza, despidió varias veces á los comisionados de paz, rechazando sus proposiciones, y sólo accedió, despues de muchas entrevistas y largas conferencias, con las condiciones siguientes, que se hallan bien expresadas en las crónicas del Tudense y del arzobispo D. Rodrigo:

«Que serian entregadas al rey de Castilla y de Leon las puertas, las murallas, el alcázar, los puentes y la huerta de la ciudad; que el rey Yahia Al Kadir Billah quedaria libre para ir á Valencia, y con él los súbditos suyos que quisieran acompañarle; que serian respetadas las propiedades de los que permaneciesen en Toledo; que la mezquita mayor quedaria en poder de los musulmanes, para que en ella continuáran celebrando su culto; que no se impondria á los vencidos sino los mismos tributos que pagaban á sus reyes, y que se conservarían los jueces propios ó *cadíes* para la administracion de justicia, con arreglo á las leyes de su nacion.»

Aceptadas estas bases por ambas partes, el ejército cristiano, al mando del vencedor D. Alfonso VI, hizo su entrada solemne en la capital del antiguo imperio de los godos en la mañana del 25 de Mayo de 1085, despues de cumplidos 364 años desde que el conquistador Tarik ben Zeyad, el vencedor en Guadalete,

mejor dicho, en los campos de Veger, inmediatos al lago de la Janda, como demuestran cumplidamente los Sres. Oliver y Hurtado (*Revista de España*, tomo XI, págs. 5 á 20), se habia apoderado de la misma ciudad, abandonada ya por sus defensores.

Acompañaron al rey en su entrada triunfal su esposa Doña Constanza de Borgoña, sus hermanas Doña Urraca y Doña Elvira, muchos caballeros franceses y aragoneses que habian tomado parte en los trabajos del largo sitio, y toda la nobleza de Castilla y de Leon.

Y pocos dias despues, el monarca de Castilla, abandonando ya su tienda de campaña, se alojó en el morisco alcázar, que estaba construido donde hoy se levanta el magnífico que mandó edificar el emperador Carlos V, y convocó un concilio nacional, á semejanza de aquellas famosas asambleas de prelados y próceres godos que tantas veces se reunieron en la basílica de Santa Leocadia; hizo restaurar la sede metropolitana que ilustraron con sus virtudes y saber los Ildefonsos y Eugenios, y fué elegido para ocuparla, por voto unánime de los padres del concilio, el ilustre Bernardo, francés de nacion, abad del monasterio de Sahagun y varon de excelente doctrina y ejemplares costumbres.

III.

Bien pronto, empero, fué roto uno de los principales artículos de la capitulacion de To-

ledo: aquel que concedía á los musulmanes el dominio de la mezquita principal, para que continuasen ejerciendo su propio culto.

A los pocos meses de la rendición de la ciudad, en Enero de 1086, hallándose el rey en Leon y la reina Doña Constanza en Toledo, el metropolitano Bernardo, contando con el apoyo de esta señora, y tal vez de acuerdo con ella misma, como indica el Sr. Lafuente, entró una noche en la mezquita mayor de los moros al frente de algunos soldados, destruyó todo lo que pertenecía al culto mahometano, arrojó á los infelices que la custodiaban, y la consagró al culto católico.

En poco estuvo que este suceso no produjera un conflicto de consecuencias muy dolorosas: indignáronse los fieles musulmanes é irritóse extraordinariamente el rey de Castilla, quien regresó á la ciudad conquistada apenas tuvo noticia de aquel acontecimiento, debido al celo religioso de la reina y del prelado; mas cediendo ante los ruegos de los cristianos y áun de los mismos musulmanes, otorgó el perdón que se le demandaba, y la mezquita mayor de los moros toledanos quedó convertida desde entónces en basílica cristiana, «para no dejar de serlo jamás,» como dice el autor de la *Historia general de España*.

Tal fué la conquista de Toledo por el rey D. Alfonso VI, hijo segundo del valeroso Fernando I, el *Magno*, y sucesor de su hermano Sancho II de Castilla y de Leon.

CAPITULO IX.

Irrupcion de los Almoravides.—Desgraciada batalla de Zalaca.—Trágico fin de los emires de Sevilla, Granada, Badajoz y Valencia.—Victorias del Cid Campeador.—Conquista de Valencia.—Muerte del ilustre caballero castellano.

I.

Hemos llegado á uno de los períodos principales de la Reconquista de España.

Si nuestros lectores han seguido atentamente el breve bosquejo que dejamos trazado, observarán ahora la inmensa diferencia que existe entre el naciente reino cuya investidura otorgaron los próceres asturianos, por muerte del infortunado Favila, al valeroso y pio Alfonso I *el Católico*, y el ya poderoso, formado con las cuatro regiones de Asturias y Galicia, Leon y Castilla, y aumentado con las conquistas de Toledo y Talavera, que regía el insigne Alfonso VI.

Y observarán tambien la inmensa diferencia que existe entre aquel prepotente imperio mahometano, cuyos emires llevaban las armas victoriosas hasta los riscos del Auseba y las llanuras de Aquitania, y los pequeños reinos que se habian constituido con las hermosas provincias del califato de Córdoba, al desmoronarse la magnífica obra de los Abderrahman y Al-Hakem.

Sólo en un período corto, pero fatal para los conturbados cristianos, estuvo expuesta á quedar otra vez destruida la grandiosa empresa de la Reconquista: en el reinado del imbécil Hixem II, por el acero formidable del célebre Mohamméd ben Abdallah ben Abi, llamado por los árabes El Mansur (*el Victorioso*), y por los cristianos Almanzor; entónces cubrióse de ruinas y desolacion la España de la Reconquista, desde la antigua Barcino, cuyo conde Ramon Borrell III huyó á Francia, hasta Pamploña, la córte de los soberanos de Navarra; desde Leon, cuyo rey Bermudo II, *el Gotoso*, huyó tambien á refugiarse en las montañas de Astúrias, hasta Compostela, la Jerusalem española, y Zamora, la ciudad querida de Alfonso III *el Magno*.

Pero aquél temerario guerrero y á la vez discretísimo hombre de Estado, que fué el verdadero califa de Córdoba, con la sultana Sobehya, miéntras Hixem II, ó imbécil ó degradado, se adormia en los placeres y en la indolencia; aquel hombre extraordinario, decimos, cuyo nombre es aún en nuestros dias objeto de pavor en algunas comarcas de Castilla, preparóse al mismo tiempo la derrota de Calatañazor, dando lugar á que los reyes cristianos se aliasen estrechamente contra el comun enemigo, y dejándoles medios, por su especial sistema de guerrear, para reparar en un año los perjuicios que en el anterior les habia ocasionado.

Muerto Almanzor, el califato de Córdoba no tuvo otra mano poderosa que pudiese contener

la disgregacion de las provincias de aquel imperio; él era, Almanzor á juzgar por lo que se lee en los cronistas moros y cristianos, como un hercúleo Atlante, que sostenia sobre su cabeza y defendia con sus brazos poderosos el ya vacilante reino de Hixem II; despues de él, los califas cordobeses, de debilidad en debilidad, de miseria en miseria, llegaron á profundizar ellos mismos la honda sima en que las ambiciones, las discordias, las turbulencias, las envidias, las indignidades de todo género arrojaron el manto de púrpura del califato.

Antes, hasta Alfonso III, prescindiendo del período que hemos citado, los emires de Córdoba imponian respeto, aún cuando eran vencidos, á los reyes cristianos de la Península; entónces, y mucho ántes de la conquista de Toledo, la memorable capital de los reyes godos, los reyes cristianos dictaban condiciones á los reyezuelos moros, y les ayudaban en sus luchas intestinas, segun mejor les parecia: así, Fernando I sólo se retiró de los muros de Toledo, aunque no pretendia conquistar aquella inexpugnable plaza, cuando se le pagaban enormes tributos; así, Alfonso VI consentia en formar alianza, primero, con Al-Mamun de Toledo, y despues con Ebu Abed de Sevilla, y ambos la solicitaban con empeño.

II.

La misma debilidad en que se hallaron los reyes moros del Mediodía de España, despues

de la conquista de Toledo por Alfonso VI, fué causa de otra nueva desgracia para la península, como ya hemos indicado anteriormente; el de Sevilla, Al Motamid, envidioso del engrandecimiento del rey castellano, nególe el tributo que le pagaba desde que pactaron la alianza, y le dirigió un cartel de desafío amenazándole de la manera siguiente, según dice un cronista árabe traducido por Conde:

«En verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro..... pero como estas no acaban con la vida, confío en Dios que con su ayuda me amparará contra tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras.»

¿Cómo el rey de Sevilla, que tenía motivos para temer al castellano, y más después de la capitulación de Toledo, le retaba ahora y le amenazaba con invadir sus Estados?

Porque Ebu Abed Al Motamid, á quien los años no habían dado la experiencia debida, realizó inmediatamente su antiguo deseo de llamar á los almoravides de Africa.

Al efecto, después de decidido á llevar á cabo este proyecto, aún contra la opinión de su hijo Raschid, quien suponía, más previsora que su padre, «que aquellos bárbaros acabarían por arrojarlos de su patria,» convocó en Sevilla una asamblea de notables del reino, para exponerles su pensamiento respecto á los almoravides.

A los pocos días, con el asentimiento casi unánime de aquella asamblea, Ebu Abed diri-

gió un mensaje al jefe de los almoravides, que era á la sazón Yusud ben Tachfin, pidiéndole que viniese en socorro de los reinos musulmanes de España.

Eran los almoravides descendientes de las primeras razas de islamitas, y habian sido conducidos al Africa, á través del desierto, por su caudillo Abdalláh, para conquistar y fundar el imperio de Marruecos; sucedió á aquel caudillo el citado Yussuf, quien se apoderó de las principales provincias comprendidas entre Fez y Agmad; arrojaron á los antiguos *zenetas*, sometieron á los berberiscos y fundaron el deseado imperio del Madgreb.

Al recibir el mensaje de Ebu Abed, indicó ya, como Tarik en otro tiempo, su vehemente deseo de apoderarse de España: acogió benévolo la súplica del emir sevillano, y al mismo tiempo le pidió el territorio que los árabes llamaban Algecirah, ó sea *Isla Verde*, para poder entrar y salir fácilmente en España; y aceptadas todas las condiciones, Yussuf dispuso en el mar de Ceuta poderosísima flota y pasó el Estrecho al frente de su ejército, desembarcando en la costa española el 30 de Junio de 1086.

Para comprender lo que significaba esta nueva irrupcion agarena, léase lo que dice la crónica que relata estos sucesos: pasó tanta gente, que sólo el Criador podría contarla; ó como escribe un cronista agareno: eran más los fieles que las estrellas del cielo y las hierbas de los campos.

Alfonso VI, que habia dirigido su hueste há-

cia Zaragoza, tal vez con ánimo de auxiliar á los reyes de Afranc, como decian los árabes, al tener noticia de esta inmensa invasion de sarracenos, pidió auxilio al rey de Aragon y al conde de Barcelona, y juntos los tres príncipes se dirigieron en busca del temible adversario.

Halláronse los dos ejércitos en los campos de Zalaca, no léjos de Badajoz; cubrian ambos, al decir de los cronistas, la tierra, como si sobre ella hubiese caido espesa nube de langostas; aprestáronse al combate unos y otros con bélico entusiasmo, y se dió por fin la temida batalla el 23 de Octubre del mismo año, á los cuatro meses de haber desembarcado los almoravides en Algeciras.

«Arrancaron moros al rey D. Alfonso en Zalaca,» dice lacónicamente una crónica antigua, para expresar la dolorosa derrota que allí sufrió el ejército del vencedor de Toledo y los de Sancho de Aragon y Berenguer de Barcelona...

Pero el autor de la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, nos da traducido el parte que dirigió Yussuf al lugar-teniente que habia dejado en Marruecos:

«Sopló el torbellino impetuoso del combate, y la sangre que las espadas sacaban de las profundas heridas que abrian, formaba copiosos rios.... y cada uno de nuestros valientes campeadores ofrecia al de Afranc y al maldito Alfonso raudales que les podian servir para hartarse y nadar en ella los quinientos caballeros que, de 80.000 y 100.000 peones, les quedaron.... »

Otros cronistas árabes, Abu-Meruan, y Abdel Halin, citados tambien por Conde, dicen que Yussuf envió á Sevilla 10.000 cabezas de cristianos, 10.000 á Córdoba, 10.000 á Valencia y otras tantas á Zaragoza y Murcia, quedando además 40.000 para repartir por las ciudades de Africa.

«Aun rebajada la parte hiperbólica de las relaciones de los árabes—dice el Sr. Lafuente—no hay duda de que el triunfo de los almoravides en Zalaca fué grande y solemne, y tal vez el combate que costó más sangre española y cristiana desde que los soldados de Mahoma habian pisado nuestro suelo. Habia reunido Alfonso el mayor y más noble ejército que se hubo visto en España, y todo pereció en un sólo día en Zalaca, como en Guadalete.»

Alfonso con algunos jinetes, que no llegarían á ciento, segun el parte de Yussuf, logró huir á favor de las sombras de la noche, y llegar á Toledo.

El caudillo africano tuvo que volver á Marruecos á los pocos dias de la batalla, y esta fué la causa de que los almoravides no se extendieran por toda la península, como en los fatales dias de Tarik y Muza; mas en breve recibió otro mensaje del mismo Ebu Abed para que regresara, porque los cristianos, repuestos algun tanto de su derrota, trataban de ganar lo que habian perdido.

Volvió en efecto en 1088; organizóse una expedicion en la cual tomaron parte casi todos los emires del Mediodía de la España musulmana; pusieron sitio y atacaron por espacio de cuatro

meses la famosa fortaleza de Aledo, que estaba defendida por un puñado de castellanos al mando del Cid, y por último, al tener noticia de que el rey Alfonso se movía con fuerte ejército para auxiliar á aquel valeroso caballero castellano, el caudillo Yussuf, enojado por las desavenencias que habían surgido en el campo agareno, volvióse repentinamente al Africa.

Otra vez volvió á España el jefe de los almoravides, y ésta fué para apoderarse de los pequeños reinos musulmanes: invadió á Granada y Málaga, y envió al Africa prisioneros al rey Abdalláh y su hermano; el émir de Sevilla, el mismo que desoyendo los consejos de su hijo había sido causa principal de la venida de los almoravides, fué atacado por las tropas africanas en Jaen, en Ronda, en Córdoba, en casi todas las plazas de su reino, y aunque le auxilió generosamente Alfonso VI con un lucido ejército, perdió, en fin, la capital y el trono, siendo conducido cual miserable esclavo á los arenales del desierto, con sus mujeres y sus hijos; el emir de Almería abandonó voluntariamente el trono, huyendo al Africa; el emir de Badajoz, que sólo se rindió cuando la capital de su reino fué tomada al asalto, pereció degollado; Valencia, donde reinaba el antiguo emir de Toledo, sucumbió también á las armas de Yussuf, y el reino de las Baleares, tal vez el más independiente y mejor organizado de todos los que se habían formado con las ruinas del califato de Córdoba, cayó igualmente en poder de los afortunados conquistadores.

España entera, la España musulímica, quedaba sometida á los almoravides africanos.

III.

Dicho queda en el capítulo anterior que acompañaron al rey Alfonso VI en su entrada solemne en Toledo, además de la reina Constanza y las infantas Urraca y Elvira, numerosos magnates y caballeros castellanos y leoneses, y algunos principales de Francia, entre ellos Ramon y Enrique de Borgoña, primos hermanos, parientes de la esposa del monarca y futuros yernos de éste.

El primero de todos, el que marchaba á la cabeza de la hueste vencedora, llevando en una mano su espada y en otra el estandarte de Castilla, fué el *miles strenuus*, como le llaman las crónicas de aquellos días, el insigne Rodrigo Diaz de Vivar, el *Mío Cid*, según el *Poema* y la *Crónica general*.

Hay quien afirma que Rodrigo Diaz fué el primer gobernador cristiano de la ínclita ciudad recuperada: nosotros creemos, hasta que documentos fidedignos no prueben lo contrario, que habia dejado de serlo, si efectivamente lo habia sido, cuando el arzobispo D. Bernardo, de acuerdo ó con el apoyo de la reina Constanza, se atrevió á infringir uno de los más importantes artículos de la capitulación, arrojando á los mahometanos de la mezquita mayor, y consagrando este templo al culto católico.

Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto

que el rey Alfonso, despues del juramento en Santa Gadea, y resentido profundamente por la conducta atrevida de aquel magnate, acabó por desterrarlo del reino,

«maguer que no soy culpado,»

exclama en el romance el Cid, quien dirige ademas al monarca estas generosas palabras:

„Membradvos, rey don Alfonso,
de lo que agora vos fablo.....
que yo fago pleitesía
á San Pedro y á San Pablo
de mezclar, Dios en ayuso,
mi hueste con los paganos;
y si fuese vencedor
poner á vueso mandado
los castillos y fronteras,
pueblos, haberes, vasallos.....”

Salió, pues, de Búrgos el hidalgo castellano, á quien la fama pregonaba ya por uno de los más bizarros capitanes: él habia asistido con Fernando I á la toma de Coimbra, y algunos cronistas aseguran que en aquella plaza fué armado caballero por el mismo rey; él habia asistido con Sancho II á las batallas de Llantada y Golpéjar, contra los leoneses, y áun se dice que fué el que dispuso y llevó á cabo la sorpresa del campamento de D. Alfonso; él habia asistido tambien con el mismo Sancho II á la campaña de Galicia, y á la acción de Santarem, y posteriormente al desgraciado cerco de Zamora.

Desterrado por Alfonso VI, ofreció sus servicios al rey mahometano de Zaragoza, Ahmed Abu Giafar Al-Moctadir, y despues del fallecimiento de éste, ocurrido en 1081, continuó al servicio de su hijo Yussud ben Ahmed Al Moctadir, derrotó al hermano de este monarca, Al Mondhir, que habia hecho alianza con el rey Sancho Ramirez, de Aragon, y con el conde Ramon Berenguer II (*Cap. d' estopa*), de Barcelona; apoderóse de los castillos de Monzon y de Almenara, haciendo prisionero al conde Berenguer Ramon II, *el Fatricida*, sucesor de Ramon; auxilió al mismo rey D. Alfonso VI, que sufrió un descalabro en la plaza de Roda, á donde habia acudido para defender los derechos de Al Mutamin contra uno de sus wálies sublevados.

Entónces fué cuando el rey de Castilla, rendido y desarmado por el noble proceder de Rodrigo Diaz, pidió á éste que le acompañara al sitio de Toledo.

Mas despues de conquistada esta insigne ciudad, el caballero castellano se persuadió de que el resentimiento, los celos y la envidia no se habian extinguido por completo en el ánimo rencoroso de su monarca, y regresó con su hueste á Zaragoza, al servicio del mismo Al Mutamin.

Esta segunda época de su destierro es la más gloriosa para el Cid Campeador.

Despues de algunas correrías atrevidas, «rápidas como relámpagos y abrasadoras como el rayo,» dice un escritor arábigo, por los campos

inmediatos á Valencia, y de haber derrotado otra vez, en las márgenes del Ebro (las crónicas no señalan el sitio) al príncipe Al Mondhir y á su aliado Sancho Ramirez, ya rey de Aragón y de Navarra, haciéndoles gran número de prisioneros y tomándoles botín riquísimo, formó el atrevido proyecto de apoderarse de Valencia, donde reinaba el destronado monarca de Toledo, Yahia Al Kadir Billah.

¿Cómo describir en breve espacio la numerosa serie de combates que sostuvo desde entónces el héroe castellano con las tropas de Al-Mondhir y del conde Berenguer, que pretendían conquistar aquella plaza, y aún con el mismo hijo de Al Mutamin, que ocupaba ya el trono de Zaragoza por muerte de su padre, y á quien aquellos obligaron mañosamente á entrar en la alianza que de antiguo tenían pactada para defenderse mutuamente?

Rodrigo Diaz, aunque mal pagado por Alfonso VI, que mandó confiscarle sus bienes y encerrar en una prision á su esposa é hijos, hacía devastadoras incursiones por tierras de moros, y sembraba el espanto en las comarcas cercanas á la hermosa ciudad del Turia.

Omitimos, porque la brevedad así lo exige, otros muchos sucesos importantes que acaecieron, hasta que un traidor valenciano, Ben Gehaf, tal vez de acuerdo con los almoravides, asesinó villanamente al desventurado rey Yahia Al Kadir Billah, el de Toledo; entónces el Cid, que se hallaba en Zaragoza, corrió presuroso con su invencible hueste, y apoderóse de todas las pla-

zas inmediatas á Valencia; ganó la batalla de la Alcudia despues de gran mortandad de moros españoles y almoravides africanos, posesionándose de la plaza; hizo, en fin, un pacto con los valencianos, que le pidieron humildemente la paz, en virtud del cual los almoravides salieron de la ciudad, y aquellos se obligaron á pagar al Cid un enorme tributo.

Poco duró este convenio: el mismo Ben Gehaf, traidor tambien á Rodrigo como lo habia sido al desgraciado Al Kadir y á los almoravides, declaróle la guerra, contando con el auxilio de estos últimos; mas el Cid consiguió derrotar la hueste que venía en socorro de los valencianos, en las cercanías de Játiva, y puso cerco formal á la ciudad.

La *Crónica general* de España y el *Romanero del Cid* expresan en sentidas frases, traducidas de los cantos elegíacos de los mahometanos, la angustia que se apoderó del ánimo de los sitiados:

“¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,
digna siempre de reinar!
Si Dios de tí no se apiada,
tu honra se va á apocar.
¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
Dios te quiera remediar,
que muchas veces predije
lo que agora veo llorar...”

Al fin, despues de muchas dilaciones, fijáronse las bases de la capitulacion, y el Cid Ruy Diaz de Vivar hizo su entrada solemne en la

codiciada plaza el jueves 15 de Junio de 1094.

Un año más tarde, hácia el mes de Mayo de 1095, el traidor Ben Gehaf, que habia sido preso por los mismos musulmanes y entregado al Cid, sufrió en la plaza mayor de Valencia el horrible castigo de ser quemado vivo, en pena de sus deslealtades, violencias y exacciones crueles.

IV.

Pero no habia llegado aún la época de la definitiva conquista de Valencia.

Derrotó el Cid en el año 1096 á los almoravides, mandados por su emperador Yussud, que se habia propuesto apoderarse de Valencia, y segunda vez les derrotó á principios de 1097; tomó los castillos de Almenara y Murviedro, donde mandaba el señor independiente de Albaracin; llevó á cabo otras muchas proezas para conservar cuidadosamente sus admirables conquistas, que eran envidiadas lo mismo por los soberanos cristianos, como el conde de Barcelona, que por los reyezuelos musulmanes.

Y sonó, por fin, en el reloj de los tiempos la hora postrera de aquel glorioso caudillo: habiendo sabido que los almoravides, al mando de Ben Aixá, habian derrotado á sus tropas, que mandaba el conde Alvar Fañez, en las cercanías de Cuenca, él, Rodrigo Diaz de Vivar, el *Cid Campeador*, nunca vencido en los campos de batalla, murió de pesar á principios de Julio de 1099.

Dos años todavía permaneció el ejército cristiano en Valencia, que fué defendida heroicamente por Jimena Lainez, digna esposa del héroe de la Alcuía, contra los incesantes y récios ataques de los almoravides, al mando de Mazdali, el cual habia sucedido á Yussud Ben Tachfin; mas el rey D. Alfonso VI, que acudió en socorro de aquella noble heroína con formidable hueste, determinó abandonar una plaza que estaba tan distante de los Estados de Castilla, y que por lo mismo no hubiera podido guardar mucho tiempo, aún á costa de inmensos sacrificios: todos los cristianos, pues, salieron de Valencia, con direccion á Búrgos, en uno de los últimos días de Abril de 1102, llevando consigo el venerado cadáver del ilustre Cid Campeador, Rodrigo Diaz de Vivar.

En el célebre monasterio de San Pedro Cardena, situado á tres kilómetros de la capital de Castilla, fué depositado el cuerpo del Cid, en modesto sepulcro, y años adelante, allí tambien fué sepultada la insigne Doña Jimena.

Alfonso X, *el Sabio*, mandó labrar, en 1272, un mausoleo para las cenizas de los dignos esposos, y hoy, merced á las tormentas revolucionarias que se han desatado sobre nuestra desventurada patria, apenas quedan en pié algunas tristes ruinas del insigne monasterio.

Pero los restos mortales del conquistador de Valencia, trasladados á Búrgos y depositados en la capilla de las Casas Consistoriales en 1842, se guardan como tesoro de incomparable valía por los habitantes de la ilustre *Caput Castellæ*.

CAPÍTULO X.

Batalla de Uclés, y muerte del príncipe D. Sancho.—Fallecimiento de Alfonso VI.—Deplorable reinado de Doña Urraca de Castilla.—Sitio de Toledo por los almoravides.—Proclamacion de Alfonso VII como emperador de España.

I.

El reinado de Alfonso VI de Castilla y Leon es acaso el más importante de aquella época, no sólo por los grandes sucesos políticos que en él se realizaron, sino por las consecuencias que estos mismos produjeron.

Como sabemos, el rey castellano habia contraído segundo matrimonio, declarado nulo el primero, con la princesa Doña Constanza de Borgoña, hija del duque Roberto y viuda del conde de Chalons, Ramon ó Raymundo; y como sabemos tambien algunos caballeros franceses habian acudido al campamento de Alfonso sobre Toledo, y continuaron prestándole sus servicios en la infausta batalla de Zalaca y en las correrías que despues se habian efectuado por tierras de Lusitania y de Levante: dos de estos caballeros, Ramon y Enrique, parientes de la reina Constanza, contrajeron matrimonio, en 1092, con las dos hijas del rey, Urraca y Teresa, aportando en dote la primera el condado de Galicia y la segunda el de Lusitania.

Mas al poco tiempo de este doble matrimo-



nio, falleció la reina doña Constanza, y aunque D. Alfonso contrajo nuevas nupcias con la princesa Berta, que habia sido repudiada por Enrique IV de Alemania, á los dos años quedó vacante otra vez el tálamo real, por muerte prematura de aquella infortunada señora. Entónces fué cuando la hermosa Zaida, aquella hija de Ebu Abed Al Motamid, emir de Sevilla, convertida al cristianismo y bautizada con el nombre de María Isabel, llegó á ser la cuarta esposa del rey D. Alfonso, en el año 1095.

Pasaron los años sin ningun acontecimiento notable para la reconquista española, dedicándose, casi exclusivamente, el monarca castellano á la organizacion interior de sus Estados, y á remediar los desastres que habian producido las anteriores guerras.

Entre tanto habia muerto aquel Yussuf, que vino á España como jefe de los almoravides, y le sucedió en el trono de Marruecos su hijo Alí-Abu-Hasam, no ménos valiente que su padre; y habiendo desembarcado en Algeciras al frente de un nuevo ejército africano, deseoso de inaugurar su reinado con algun hecho notable, determinó apoderarse de la importante plaza de Uclés, que estaba defendida por fuerte guarnicion castellana.

Corria el año 1108, y el rey Alfonso, abatido por sus achaques y tal vez imposibilitado por una herida que habia recibido en un brazo, no pudiendo acudir al socorro de los sitiados, mandó juntar un lucido ejército, al mando de los condes ó señores principales de su córte, y

entregándoles su propio hijo Sancho, jóven de pocos, años «pero que ya sabía manejar un caballo, y una espada,» les envió al auxilio de los sitiados de Uclés.

Desastrosa fué aquella campaña para las armas y la nobleza de Castilla: en los campos inmediatos á la plaza halláronse las huestes enemigas, y aunque los castellanos y leoneses pelearon con encarnizamiento, las impetuosas tropas de Alí les derrotaron por completo.

Al decir del arzobispo D. Rodrigo, en lo más récio de la pelea el jóven príncipe D. Sancho, sintiendo que su caballo habia sido herido gravemente, volvióse á su ayo, el conde García de Cabra, y le dijo: «*Padre, padre, mi caballo está herido,*» y cuando el ayo acudió presuroso, el jóven vástago de Alfonso VI, el heredero de la corona de Castilla, el príncipe que era la esperanza de la patria por las dotes personales que le adornaban, caia tambien para no levantarse jamás. Allí cayó enseguida, sobre el cuerpo del infortunado jóven, como si hubiera querido protegerle á manera de escudo, el leal y caballeroso García de Cabra.

Tal fué la famosa batalla de Uclés, llamada en las crónicas antiguas «batalla de los siete condes», porque siete fuéron los magnates de la córte de Castilla que en ella sucumbieron, además de muchos individuos de la nobleza.

No fué la pérdida de su hijo en el campo de batalla la única pena que por entónces lastimó el corazon del ya achacoso monarca: la reina María Isabel, aquella hermosa Zaida de Sevilla

que habia dado el sér al infortunado príncipe, murió tambien de dolor á los pocos meses; y aún el anciano monarca, que tal vez preveia una época de desastres para la patria despues de su muerte, porque no tenía más heredero que su nieto Alfonso, hijo de Urraca y Ramon, se propuso contraer nuevas nupcias por si acaso lograba sucesion directa, aunque fué en vano.

Al fin, despues de un reinado de 43 años, y á los setenta y nueve de su edad, falleció en Toledo, segun dicen unos cronistas, ó en Leon, como afirman otros, en 30 de Junio de 1109, el rey Alfonso VI, el ilustre monarca que habia conseguido victorias tan preclaras, como la de Toledo, y sufrido con resignacion cristiana y ánimo valeroso desastres tan inmensos como los de Zalaca y Uclés.

El cadáver del bizarro monarca, que estuvo expuesto durante muchos dias en la cámara mortuoria, fué trasladado con gran acompañamiento de prelados, clérigos, nobles y soldados, al famoso monasterio de Sahagun, en cuyas bóvedas sepulcrales yacían las cenizas de sus esposas.

Castilla toda, y en especial los toledanos, sintieron vivamente la muerte de este glorioso monarca. «¿Cómo así, oh pastor,—dice el obispo cronista Pelayo de Oviedo, que exclamaban los habitantes de la insigne ciudad de Wamba—«¿Cómo así, oh pastor, abandonas tus ovejas? Ahora los sarracenos y malhechores acometerán el rebaño que estaba encomendado á tu guarda.»

Permítasenos copiar aquí algun párrafo del

entusiasta elogio que hace de este monarca, digno hijo de Fernando I, el arzobispo toledano D. Rodrigo:

«Fué de gran bondad—dice la *Crónica general*, traduciendo las palabras de la crónica latina de aquel prelado—é muy noble, alto en virtud é de gran gloria, y en sus dias nunca menguó justicia, y el duro servicio ovo cabo é fin, y las lágrimas lo ovieron, y la fe ovo crecimiento, y la tierra y el reino ovo ensalzamiento, y el pueblo ovo atrevimiento, y el enemigo ovo confondimiento. Amansó el cuchillo, quedó el alárabe, ovo miedo el de Africa. El lloro y el llanto de España nunca ovo consolador fasta que este reinó..... La grandía del de su corazon, virtud de los fijos dalgos, no se tuvo por entero de vivir entre las angosturas de las Astúrias, y escogió el afan y el trabajo por compañero en su vida. El deleite y el vicio tovo mezquindad, é probar las dubdosas lides le fué placer é alegría..... Rey crecido, recio, fuerte el su corazon, fiando en ruestro Señor, falló gracia ante los ojos de nuestro Señor del cielo é de la tierra.»

No se puede hacer elogio más cumplido del ínclito soberano.

La historia no tendria de qué acusar á Alfonso VI, y le pondria acaso en primer lugar entre los reyes castellanos de la Reconquista, si este monarca hubiese sacrificado sus personales resentimientos con el Cid, desde el juramento de Santa Gadea, en aras de la felicidad de la patria: unidos siempre, Alfonso como rey y señor, y Rodrigo como el primer caballero y el

primer paladin de Castilla, es seguro que las victorias de los cristianos, á pesar de la irrupcion de los almoravides, no se habrian detenido en las riberas del Tajo y en los campos de Lusitania.

II.

¿Quién es capaz de bosquejar siquiera el reinado de Doña Urraca hasta que Alfonso VII, hijo de esta señora y nieto de Alfonso VI, fué proclamado rey de Castilla y de Leon? ¿Quién puede penetrar, falto de luz para guiarse, en el intrincado laberinto de turbulencias, sediciones, deslealtades, perfidias y bajezas de todo género, que sólo halla el historiador en aquel desdichado período? ¿Quién se atreve á seguir paso á paso las funestas alteraciones y disturbios que ocurrieron en Castilla, en Leon, en Galicia y en Lusitania, y en las cuatro regiones á la vez, y á narrar con acierto las guerras y calamidades sin cuento que se desataron á un tiempo sobre los extensos dominios que habia dejado al morir el rey Alfonso VI?

No ha habido hasta ahora historiador alguno que haya acometido tan atrevida empresa, la cual requiere por sí sola profundísimo estudio, examen concienzudo de importantes y numerosos materiales, recto criterio y perfecto desapasionamiento, y que no cabria, por cierto, dentro de angostos límites: sin mencionar para nada los historiadores antiguos, Romey, al llegar á este período, pasó por él como por hierro can

dente, «dejando casi en blanco el reinado de Doña Urraca;» Herculano, el sabio historiador, de quien ha dicho un escritor moderno, el señor Fernandez de los Rios, que en las páginas de su *Historia de Portugal* hay que aprender la verdadera historia de España, confiesa que desiste de intentarlo «porque no se puede atinar con la verdad, ni señalar el orden y enlace de los acontecimientos;» Lafuente, en fin, que dedica un largo capítulo al reinado de Doña Urraca, guiándose por la *Historia Compostelana* y por los trabajos de Florez y Risco, solo consigue apuntar ligeramente los sucesos, omitiendo muchos principales, y tal vez con poca exactitud cronológica.

Obra meritoria haria el que consiguiera fijar exactamente los acontecimientos de aquella época.

Por otra parte: nosotros no escribimos la historia de los reyes de Leon y de Castilla, sino en cuanto ella se relaciona con la historia de la Reconquista de España, y doloroso es confesar que durante el período de diez y siete años que mediaron entre el fallecimiento de Alfonso VI y la proclamacion de Alfonso VII, en 1126, las armas castellanas perdieron no pocas importantes plazas, en la Lusitania y en la frontera meridional de Toledo, que habian sido ganadas en lid sangrienta por aquel preclaro monarca.

Era Doña Urraca,² viuda del conde Ramon de Borgoña, quien habia fallecido dos años ántes que el rey de Castilla, la legítima heredera y sucesora en el trono de su padre, desde que

éste, sin hijo varon, por muerte del malogrado infante D. Sancho en la desgraciada batalla de Uclés, lo dejó declarado en su testamento, poco ántes de morir otorgado.

Dos hijos tenía, Alfonso y Sancho Raimundez, ambos de tierna edad, y en Octubre de 1109, pocos meses despues del fallecimiento de su padre, pasó á segundas nupcias, si no por su voluntad, como parece demostrado, por consejo de los nobles castellanos y leoneses, con el rey de Aragon y de Navarra D. Alfonso I, hijo de Sancho Ramirez, y el que más tarde ganó el dictado de Alfonso *el Batallador*.

Segun unos historiadores, Doña Urraca era mujer liviana y áun deshonestá, que «andaba más suelta de lo que sufría el estado de su persona;» que mantenía relaciones ilícitas con un conde llamado D. Gomez de Candespina y que luégo las contrajo con otro distinto, D. Pedro Gonzalez de Lara, de quien tuvo un hijo (y esto lo declara el P. Florez en sus *Reinas Católicas*), á quien se puso por nombre Fernando Perez *Hurtado*; que llegó á merecer el asqueroso epíteto de *meretriz pública y engañadora*, segun consigna el anónimo autor de la crónica de Sahagun.

Segun otros historiadores, áun contemporáneos, como los canónigos que escribieron la *Historia Compostelana*, el rey D. Alfonso de Aragon fué la verdadera causa de las desavenencias que entónces ocurrieron, porque era de intenciones perversas, maltrataba de palabra y de obra á su esposa («con sus manos groseras

—dice la misma reina—*profanó muchas veces mi rostro, y con sus piés innobles me hirió también el mal caballero*), perseguía á los obispos y al clero, robaba los templos y, lo que es más grave, quiso atentar contra la vida del jóven Alfonso, heredero de la corona de Castilla.

Las turbulencias á que dió origen este miserable estado del régio matrimonio, no son para contadas: pactos y transacciones hoy formados, y al dia siguiente rotos; rebeliones y guerras civiles en Galicia y en Castilla; concordia y alianzas entre la reina y su cuñado Enrique de Borgoña, el veleidoso conde que se habia casado con la otra hija de Alfonso VI, y que tan pronto tomaba partido por aquélla como se pasaba al rey de Aragon; dos batallas campales en las inmediaciones de Sepúlveda, entre aragoneses y castellanos, fatales ambas para estos últimos; sublevaciones de los compostelanos, en una de las cuales se dió el caso de que los *agermanados* (por primera vez aparece en la historia patria esta palabra: *germania* ó *hermandad*) tomaron al asalto la catedral del apóstol Santiago, donde la reina y el obispo Diego Gelmirez se habian hecho fuertes, y cuando esta señora se determinó á salir, «la ciega y frenética muchedumbre—dicen los autores de la *Historia Compostelana*—perdido todo pudor y respeto, lanzóse sobre ella y entre improperios y baldones maltratóla brutalmente hasta rasgar sus vestiduras, mesar sus cabellos y dejarla deshonestamente tendida en tierra.

¡Corramos un velo sobre tan desgraciado período, el cual (abundando en los sentimientos que expresa el obispo Fray Prudencio de Sandoval, en sus *Cinco Reyes*) desearíamos descartar de la serie de los que constituyen nuestra historia nacional!

Por milagro debe tenerse el hecho de que los musulmanes, á causa de tales discordias entre los príncipes cristianos, no hubieran reducido la Península al misérrimo estado en que la dejaron en otros días el conquistador Tarik y el victorioso Almanzor!

Sin embargo, no perdieron el tiempo.

El nuevo Emperador de Marruecos, el joven Alí-ben-Yusud, desembarcó en Algeciras, hácia Setiembre de 1109, al frente de un ejército que algunos cronistas fijan en 100.000 jinetes é igual número de peones, y dirigiéndose rápidamente, como tromba asoladora, por tierra de Córdoba, llegó á poner sitio á la insigne Toledo, que estaba defendida por valerosa guarnición de castellanos, al mando de Alvar Fañez, primo del Cid, aquel mismo caudillo que habia sido derrotado por los almoravides en las cercanías de Cuenca y despues en Alcira, y cuya derrota causó tanto dolor al nunca vencido Rodrigo Diaz, que le ocasionó la muerte; mas aunque los soldados de Alí combatieron réciamente la ciudad é intentaron várias veces el asalto, Alvar Fañez dirigia salidas impetuosas que concluian por ser reñidos combates y nuevas victorias para sus tropas, y obligó al africano á levantar el cerco, y á retirarse á Cór-

doba, y desde allí, diezmado su ejército por la peste, á Africa.

Otro sitio sufrió Toledo en 1114, cuando una nueva hueste de almoravides, mandada por el ya nombrado caudillo Mazdali, se presentó delante de los muros de la plaza, despues de haber devastado las cercanías y acuchillado á los defensores de la fortaleza de Oreja; pero tambien esta vez el insigne Alvar Fañez triunfó de sus enemigos, y les obligó á retirarse á Córdoba.

¡Desgraciado fué este insigne guerrero castellano, digno émulo del Cid!

Pocos dias despues de estos sucesos, hácia el mes de Abril del mismo año 1114 («en la octava de la Pascua,» dicen los *Anales Toledanos*), hallándose en Segovia, donde parece que se habia mostrado, como en Toledo, algo partidario del rey D. Alfonso I de Aragon, fué asesinado villanamente por los parciales de la reina Doña Urraca. ¡Tales son los amargos frutos de las discordias civiles!

En el mencionado monasterio de San Pedro Cardeña se conserva todavía el sepulcro de este ilustre campeón de Castilla.

Hasta el año 1126 no terminó la situacion extraña y difícil en que se hallaban los Estados de Leon y de Castilla, á consecuencia de las parcialidades, de la confusion de poderes, de las anomalías repugnantes, y de las consiguientes discordias y tumultos que en ellos reinaban.

Y para terminar tal situacion fue necesario que la reina Doña Urraca, causa principal de

ella, dejase de existir en la villa de Saldafia, cerca de Palencia, hácia mediados de Marzo.

Algun cronista ha dejado escrito que aquella señora «quedó muerta de repente á la puerta de la iglesia de San Isidoro de Leon, cuando salia de despojar al templo de las alhajas sagradas:» en dicho templo está sepultado su cadáver, y aún hoy dia puede leerse el epitafio, el cual ha sido copiado por Florez en sus *Reinas Católicas*.

III.

Inauguróse entónces un período de prosperidad y grandeza para la patria, y las armas de Castilla y de Leon, sosegadas ya las revueltas intestinas, volvieron á ganar nuevos y esplendorosos lauros en la interminable guerra de la Reconquista de España.

Dos dias despues del fallecimiento de doña Urraca, el jóven Alfonso Raimundez, hijo primogénito de esta señora y del conde Ramon de Borgoña, fué aclamado y reconocido por los nobles castellanos y leoneses, en Zamora, como rey legítimo de Leon y de Castilla; y todas las parcialidades políticas que existian, todas las diferencias y todos los odios, se desvanecieron y acallaron ante la esperanza de mejores dias, bajo el reinado de Alfonso VII.

Rindiéronse los Gonzalez de Lara, que favorecian al rey de Aragon, y uno de ellos, el amante de doña Urraca, fué muerto en desafío du-

rante el sitio que aquel monarca puso á Bayona; sometiése tambien la infanta Doña Teresa de Portugal, tia del jóven rey, y no ménos liviana y deshonesta, al decir de los historiadores, que su hermana Doña Urraca, primero aparentemente y luégo por la fuerza, cuando ella, su hijo Alfonso Enriquez y sus parciales fuéron sitiados por el ejército castellano en Guimaranes; sosegáronse, en fin, todos los nobles discolos que habian tomado parte en los disturbios del anterior reinado, incluso el ya metropolitano Diego Gelmirez, prelado de Santiago, el cual, dicho sea en honor de la verdad, si bien fué uno de los magnates que más habian contribuido á fomentar la discordia, siempre respetó y amó al jóven nieto de Alfonso VI; y áun en cierta ocasion, cuando los aragoneses derrotaron á los gallegos en Villadangos, y querian apoderarse del tierno niño, el obispo Gelmirez cogió á éste en lo más recio de la pelea, huyó con él y no descansó hasta dejarlo en brazos de su madre, la reina Doña Urraca, que á la sazón se hallaba en la fortaleza de Orcillon.

Tranquilo ya el reino, allanadas las dificultades, y aunados al parecer los deseos de todos, Alfonso VII tocó al arma, y comenzó sus campañas contra los infieles.

Invadió las comarcas de Andalucía, en 1131, derrotando al hijo del emperador de Marruecos, Tachfin ben Alí, quien fué gravemente herido, y á duras penas logró salvarse; y en el año siguiente, juntando poderoso ejército en las márgenes del Tajo, volvió á invadir el territorio de

los árabes andaluces, puso las tiendas de sus soldados á la vista de Sevilla, destruyó á Jerez, acercóse á la antigua Gádes, y difundió la consternacion en aquellos sitios, lo mismo entre los almoravides que entre los musulmanes españoles; y regresando en seguida á sus Estados, llegó á tiempo de dominar la sublevacion de los condes D. Gonzalo Pelaez y D. Rodrigo Gomez, que habian levantado enseña rebelde en Asturias, posesionándose del castillo de Gozon y otras importantes fortalezas.

La suerte favorecia al noble monarca castellano.

Muerto en 1124 el rey de Aragon D. Alfonso I *el Batallador*, sin dejar sucesion, y legando el reino á las órdenes militares del Temple, del Santo Sepulcro y de San Juan de Jerusalem, las córtes de Monzon habian resuelto colocar la corona en las sienes de D. Ramiro, hermano del monarca difunto, y monje hacía cuarenta años en el monasterio de San Pedro, en Huésca; y el rey de Castilla, que se creia con mejor derecho á heredar el trono, alegando que él era descendiente directo del rey Sancho *el Mayor*, de Navarra, marchó con su ejército á Zaragoza, se hizo reconocer como rey de esta ciudad, y de toda la region de la márgen derecha del Ebro, y á la vez el rey D. Ramiro, llamado por menosprecio *Rey Cogulla*, se declaró feudatario de D. Alfonso.

Este, ántes de regresar á Leon, dejando en Zaragoza guarnicion castellana, hizo tratos de amistad y alianza con el conde de Barcelona,

Ramon Berenguer IV, y con otros poderosos condes y señores de Cerdaña, Gascuña y Francia; y más tarde, el rey de Navarra, que era á la sazón García Ramirez (nieto del *Cid Campeador*), se hizo también tributario del afortunado monarca castellano.

Entonces fué, en 1135, cuando las córtes de Leon proclamaron á Alfonso VII emperador de España, verificándose solemnemente la ceremonia de la coronacion en la iglesia de Santa María.

«¡Qué trasformacion tan grande—exclama un historiador al llegar á este punto—ha sufrido la monarquía castellana-leonesa! Lo que hace pocos años apenas podia titularse reino, sino campo de discordias y de ambiciones, es ya un imperio cuya dominacion moral se extiende hasta más allá del Pirineo. El hijo ha indemnizado superabundantemente al reino de los quebrantos que sufrió con la madre.»

Y obsérvese también lo que son los misteriosos decretos de la Providencia: aquel pobre niño, entonado de Alfonso I de Aragon, á quien este rudo monarca buscaba con furor insano en la batalla de Villadangos, porque los nobles gallegos le habian proclamado rey en Compostella; aquel niño, ya soberano de Leon y de Castilla, es el que hereda la ciudad de Zaragoza, la mejor conquista del mismo Alfonso I de Aragon, por muerte prematura de éste.

CAPÍTULO XI.

Independencia de Portugal.—Campaña de Alfonso VII contra los agarenos.—Toma de Almería.—Muerte del Emperador.—Sancho III de Castilla y Fernando II de Leon.—Milicias sagradas.—Alfonso VIII de Castilla.—Agitada memoria del rey.—Desastre de Alarcos.

I.

Aquel Alfonso Enriquez, joven hijo de Enrique de Borgoña y Teresa de Leon y de Castilla, que se habia comprometido en Guimarañes, cuando cercaron esta plaza las tropas de Alfonso VII, á reconocer á éste como rey y señor, hallándose apoyado por gran número de magnates lusitanos y gallegos, llevó adelante con enérgica perseverancia su antiguo proyecto de declararse independiente.

Corria el año 1137, y mientras el rey de Castilla andaba ocupado en los asuntos de Navarra, porque el rey García Ramirez se habia cansado ya de prestarle homenaje, Alfonso Enriquez se apoderó del distrito de Tuy y de otras poblaciones de Galicia, merced á la traicion de algunos condes gallegos, entre otros Gomez Nuñez y Rodrigo Perez de Velloso; y aunque á principios de Julio del mismo año se celebró un pacto en la citada ciudad de Tuy entre el emperador Alfonso y el infante de Portugal, quedando éste obligado á reconocer á aquél como amigo leal y como vasallo, no pasó mucho tiempo sin

que la tregua se rompiese y estallára la guerra entre los dos primos.

No es nuestro ánimo describir minuciosamente el origen del reino de Portugal y la separacion de esta antigua provincia castellana, ni las breves páginas de este libro podrian admitirlo: por una parte Doña Teresa de Leon y su hijo Alfonso Enríquez trabajaron durante largo tiempo con habilidad y constancia en preparar la independenciam lusitana, y por otra el emperador Alfonso VII, creyendo sin duda que aquellas rebeliones periódicas de su primo, que aquellos rompimientos de pactos solemnes, que aquellas peleas sostenidas contra el ejército castellano, eran en suma parecidas á las turbulencias ocurridas durante el reinado de su madre Doña Urraca, no se cuidó ciertamente de apagar la hoguera cuando la llama no se habia propagado con la intensidad necesaria para hacer inextinguible el incendio.

Ocurrió entónces un suceso decisivo para la independenciam portuguesa: Alfonso Enriquez, que era valiente y perito en las cosas de la guerra, invadió el territorio musulman á mediados de Julio de 1139, aprovechándose de las discordias que existian entre los almoravides y los moros andaluces; y aunque unos y otros, unidos ante el peligro, presentáronle batalla en los campos de Ourique, el ejército lusitano destrozó por completo á los musulmanes en la tarde del 25 de Julio, y los soldados vencedores, entusiasmados con el valor y la fortuna de su jefe, el príncipe Alfonso Enriquez, aclamá-

ronle por rey y le victorearon como al primer soberano de la monarquía portuguesa.

En vano fué que el soberano de Castilla, desengañado ya, acudiese á Portugal con grueso ejército para reducir á la obediencia al lusitano: cuando ambas huestes enemigas se disponian al combate en las llanuras de Valdebed, ó sea en la *vega de la Matanza*, como despues llamaron á aquel sitio los exagerados historiadores portugueses, celebróse un tratado de paz entre los dos primos, cuyo resultado fué en definitiva, andando el tiempo, la separacion de Portugal del reino de Castilla, ya porque el monarca leonés no volviera á dirigir reclamaciones sobre aquella porcion de los antiguos estados castellanos, ya porque Alfonso Enriquez era considerado por los portugueses como rey propio, y obraba con entera independendia del de Castilla.

Pasáronse muchos años desde el tratado de Valdebed hasta la definitiva constitucion del reino de Portugal, sin que se pueda fijar con exactitud el punto y hora en que comenzó la verdadera independendia del reino, el cual no fué reconocido por la Santa Sede hasta el Pontificado de Alejandro III (1159-1181), áun cuando se habia solicitado para tal reconocimiento á los papas Inocencio II, Lucio II y Eugenio III. Tal es, á breves líneas reducido, el origen del reino de Portugal: sucedió allí lo que habia sucedido en Castilla en tiempo del Conde Fernan-Gonzalez, uno y otro se consideraron bastante fuertes para librarse del vasallaje de los monar-

cas leoneses, y formaron en efecto reinos independientes.

Y así como hay historiadores que defienden á la reina Doña Urraca, y hasta la consideran como ilustre y varonil heroína, colocándola al lado de Berenguela de Castilla y de Isabel la Católica, porque ella sola, pobre, perseguida, abandonada aún de sus parciales más íntimos, supo librar al reino de caer en manos de su ambicioso marido D Alfonso I de Aragon, así tambien hay otros escritores españoles que defienden con calor á Teresa de Leon y á su hijo Alfonso Enriquez, y no se lamentan, ántes por el contrario, de que la antigua Lusitania, ese pedazo de la península ibérica, se desprendiese de los estados de Leon y de Castilla.

II.

Alfonso VII continuaba entre tanto sus campañas afortunadas contra los moros andaluces.

En el año 1142 conquistó la ciudad de Coria, mientras el valiente caudillo Nuño Alfonso realizaba una feliz expedicion contra los eternos enemigos de Castilla, venciendo á los célebres Aben-Ceta y Aben-Azuel, y en los años sucesivos verificó otras afortunadas correrías que le proporcionaron botin riquísimo y que difundian el espanto entre los moros de las comarcas invadidas; y aprovechándose de las discordias intestinas y de las luchas sangrientas que habian estallado entre los agarenos, porque á la sazón luchaban los antiguos árabes españoles, los al-

moravides y los almohades, otros musulmanes africanos que habian desembarcado como aquellos en las costas españolas, determinó la conquista de Almería, una de las ciudades más opulentas, en aquella época, del territorio de Al-Andalus, puerto seguro en la costa del Mediterráneo, que servía de refugio á los piratas sarracenos que infestaban aquellos mares y causaban gravísimo daño á las naves mercantes que se dirigian á los puertos del Mediterráneo, y á las galeras de los cruzados que por entónces intentaban la conquista de Tierra Santa.

Alfonso VII excitó á sus aliados el rey de Navarra y los condes de Barcelona y Urgel para que uniesen su ejército al de Castilla y de Leon, con el fin de llevar á cabo aquella difícil empresa, y se dirigió tambien á las repúblicas de Génova y de Pisa, para que concurriesen con sus buques á cerrar por completo el puerto de Almería, con el objeto de que los sitiados no recibiesen socorros de Africa: organizóse la hueste en breve tiempo, sitió la plaza por tierra, atacóla repetidas veces con encarnizamiento y los sitiados se defendian con heroismo; pero despues de tres meses de cerco, sin que los árabes españoles ni los africanos hubiesen acudido en auxilio de la plaza, capituló ésta honrosamente, y el ejército aliado, al mando del emperador Alfonso, entró en Almería en la mañana del 17 de Octubre de 1147.

Pero diez años despues se perdió de nuevo esta importante conquista del emperador Alfonso.

Los Almohades africanos que habian desembarcado, como hemos dicho, en imponente número, al mando de Cid-Abu-Said, valiente caudillo, hijo del emperador de Marruecos, con el único propósito de rescatar á Almería, circundáronla estrechamente de tal manera que, al decir de cronistas contemporáneos, «ni las águilas podian entrar en ella, ni las fuentes y los rios daban bastante agua, ni los campos bastante mantenimiento para tanta gente.»

Allá fué Alfonso con su hijo D. Sancho y fuerte ejército; salió al encuentro de otra gruesa falange de almohades que conducia Abulmenen en auxilio de Cid-Abu-Said y empeñóse reñida pelea, que terminó con la derrota más completa de los africanos. Mas por desgracia el ejército sitiador tuvo tiempo bastante para reducir la plaza al último extremo, y aquel glorioso triunfo de Alfonso VII no pudo impedir la entrada del caudillo africano en Almería.

Este fué un golpe fatal para el valeroso emperador D. Alfonso: sintióse enfermo de gravedad á los pocos dias, y aunque se apresuró á regresar á Leon, conociendo que era llegada su última hora, hubo necesidad de detenerse en un sitio llamado la Fresneda, donde exhaló su postrer aliento en la madrugada del 21 de Agosto de 1157, á los cincuenta y un años de su edad y 30 de reinado.

Estuvo casado este príncipe con Doña Berenguela, hija del conde de Barcelona Ramon Berenguer III, *el Grande*, y señora de gran discrecion y muchas virtudes, que no poco ayudó

con sus consejos oportunos al cumplimiento de varios de los grandes sucesos que se realizaron en este reinado; y habia fallecido ya dos años despues de la conquista de Almería, en Febrero de 1149, al poco tiempo de haber sido convocado el concilio de Palencia, á instancias de dicha señora, para resolver sobre algunos asuntos eclesiásticos.

Desgracia para España fué tambien el testamento de este monarca, semejante al que habian otorgado Sancho *el Mayor* y Fernando I: en él dispuso, como ya lo habia declarado mucho ántes solemnemente, que su hijo primogénito D. Sancho heredase la corona de Castilla y su hijo D. Fernando la de Astúrias y Leon.

Otra vez, pues, volvió á romperse la unidad de la patria.

III

Pasó como un relámpago el reinado de Sancho III de Castilla, conocido en la historia con el sobrenombre de *el Deseado*.

Tenia él jóven príncipe las altas prendas de su padre, y propúsose desde el primer dia contener la invasion de los almohades, que arrojando á los musulmanes españoles y á los almoravides, pretendian enseñorearse de la península é inundaban con gruesas fuerzas los Estados de Castilla, para ganar las plazas que habia quitado á los sarracenos la vencedora espada de Alfonso VII.

Entónces ocurrió la fundacion de la Orden

militar de Calatrava, por el abad del monasterio de Fitero, Raimundo, y otro monje llamado Diego Velazquez, que habia sido valeroso capitán de las tropas del emperador ántes de vestir la cogulla: estaba Calatrava defendida por los caballeros Templarios, y habiéndola éstos abandonado, convencidos de que no podrian resistir al empuje de los almohades, aquellos dos monjes pidieron al rey D. Sancho permiso para defenderla; y concedido que fué, predicando una pequeña cruzada entre los caballeros castellanos, halláronse al poco tiempo á la cabeza de 20.000 soldados dispuestos á sostener la plaza contra los ataques de los moros.

Raimundo y Diego Velazquez, para mantener unidos los deseos y las aspiraciones de aquella milicia, diéronle la regla de la Orden de San Bernardo, quedando instituida la militar de Calatrava, al terminar el mismo año de 1157, á semejanza de la de Alcántara, ó de San Julian del Pereiro, que habia sido fundada el año anterior por el caballero D. Suero de Salamanca.

Este es el hecho más importante que registran los fastos de Castilla, durante el efímero reinado de Sancho III: á causa, segun dicen algunos cronistas, del dolor que le habia ocasionado la muerte de su bella esposa Doña Blanca de Navarra, «Blanca en el nombre, blanca y hermosa en el cuerpo, pura y cándida en el espíritu, y honra y espejo de las mujeres,» como dice el epitafio que se lee sobre su sepulcro en Santa María de Nájera, atacó al monarca grave enfermedad, y falleció en 31 de Agosto de 1158,

un año despues de haber heredado la corona de Castilla.

Miénttras tanto el rey D. Fernando II de Leon, que aspiraba á la tutoría del príncipe D. Alfonso, hijo de Sancho III y niño de tres años de edad, movió no pocas turbulencias en Castilla, por haber dispuesto en su testamento este último monarca que fuese ayo y tutor del rey niño el conde D. Gutierrez Fernández de Castro: así comenzaron aquellas largas y sangrientas revueltas que nos refiere la historia, y que no tenemos necesidad de consignar en este libro, entre las poderosas familias rivales de los Castros y los Laras, protegidos los primeros por el soberano de Leon.

Fortuna fué que en época tan agitada, cuando tantas ambiciones luchaban por el triunfo y cuando tantas deslealtades recibian el premio que sólo se debe conceder á la abnegacion por la patria; fortuna fué, decimos, que el jóven Alfonso VIII llegára á alcanzar su mayor edad: despues de once años de disgustos, contiendas y turbaciones: reunidas en Búrgos las Córtes de Castilla en 1170, no sólo concedieron al jóven monarca el regimiento del reino, sino que acordaron concertar el matrimonio del mismo príncipe con la princesa Doña Leonor de Lancaster, hija del rey Enrique II de Inglaterra, y el cual régio consorcio, que se celebró en Tarazona en Setiembre del mismo año, puso término á la agitada menoría del hijo de Sancho III.

Lo primero que hizo Alfonso VIII, despues que hubo empuñado las riendas del gobierno,

fué apresurarse á recobrar las plazas que en la Rioja y en la frontera del Ebro habia tomado el rey de Navarra algunos años ántes, aprovechándose de las turbaciones que reinaban en Castilla; y en seguida emprendió campaña contra los moros: Cuenca, aquella plaza que habia sido ganada por Alvar Fañez miéntras era gobernador de Toledo por la reina Doña Urraca, y la cualse vió forzado á abandonar á los pocos días, fué sitiada por el rey castellano á mediados de Diciembre de 1176, y ganada despues de nueve meses de estrecho cerco, aunque los fieros almohades acudieron en auxilio de los sitiados; otras plazas de las cercanías, Iniesta, Alarcon y várias fortalezas importantes, serindieron tambien á Alfonso VIII. Y miéntras tanto el rey de Leon, Fernando II, y el de Portugal, Alfonso Enriquez, ganaban tambien á los musulmanes nuevos territorios hácia Extremadura y en la region meridional de Lusitania, aunque el emperador de Marruecos Yussuf Abu-Jacob, desembarcando en Algecira, al frente de numeroso ejército de africanos, invadió la Andalucía, se dirigió á Santarem, púsola sitio y la atacó con insano ímpetu; mas acometido briosamente por las huestes leonesas, que alli habian acudido en defensa de las tropas de Portugal, el ejército africano sufrió espantosa derrota y el mismo Yussuf quedó tendido en el campo de batalla.

Corria el año 1185, y pocos meses despues falleció el fundador de la monarquía portuguesa, sucediéndole su hijo Sancho I.

Tres años más tarde, en 21 de Enero de 1188,

sucumbió tambien en la villa de Benavente el rey de Leon D. Fernando II.

Este monarca habia estado casado con la infanta Doña Urraca, hija de Alfonso Enriquez I de Portugal, y de ella tuvo un hijo en 1171, llamado Alfonso, que le sucedió en la corona; y ocurrió el caso de que siendo ambos esposos biznietos de Alfonso VI, viéronse obligados á separarse, aunque se amaban tiernamente, por el parentesco de tercer grado que entre ellos existia, pasando entónces D. Alfonso á contraer segundas nupcias con Doña Teresa de Lara, hija del famoso Conde D. Nuño.

IV.

Hácia el año 1194, el rey Alfonso VIII, despues del atrevido reto que dirigió al emperador de los almohades, y el cual puede leerse traducido en la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, desembarcó en Algeciras infinita muchedumbre de africanos al mando de Jacud-ben-Yussuf, que habia hecho sacar la espada grande y el pendon rojo del imperio, y proclamar la guerra Santa, y se dirigió contra el rey castellano que se hallaba en Toledo; este monarca pidió auxilio á los príncipes cristianos de Leon, Aragon y Navarra, y avanzando en tanto al frente de su hueste, por la tardanza de aquéllos, contra la inmensa morisma que devastaba los campos de Castilla, llegó hasta Alarcos, donde estaba acampado el ejército de Jacud.

Un cronista árabe, Ebu-Abdel-Halim nos ha

dejado la relacion de aquella batalla, que coincide casi perfectamente con la del arzobispo Ximenez de Rada y las de las crónicas de Coimbra y Compostela, todas contemporáneas.

Era el 19 de Julio de 1195, y un sol ardiente abrasaba los campos; los musulmanes se habian situado en la llanura en número tan grande como las arenas del mar, segun el prelado toledano, ó en número de 100.000 jinetes y 300.000 peones, al decir de otro historiador; el ejército cristiano, muy inferior al de los alarbes africanos, se habia fortificado en las colinas inmediatas á Alarcos, apoyándose en el castillo de esta plaza. Empeñose la batalla y los jinetes castellanos se lanzaron contra los musulmanes con tal ímpetu, que «las lanzas de los muslines apenas pudieron resistir, segun el cronista citado, el esfuerzo poderoso de los ferrados caballos;» segunda vez arremetieron los cristianos, y los hijos de Agar retrocedian; otra vez aún volvieron los jinetes de Alfonso VIII á embestir réciamente á la morisma, y la rompieron, y la desbarataron, y allí cayó muerto el jefe que los mandaba, llamado Yahia, en medio de mortandad horrorosa; cargaron entónces con furor irsano las feroces trébus que mandaba el emir, y á la vez los musulmanes españoles que conducia el capitán Ben-Senanid, y envolvieron por todas partes al ejército cristiano, que fué acuchillado horriblemente: huyeron entónces á la desbandada, aunque despues de valerosa resistencia, las tropas castellanas, y el rey Alfonso, que entró en la fortaleza de Alarcos, apenas tuvo tiempo

de salir inmediatamente, ántes que «los vencedores penetrasen en ella con los alfanges desnudos (dice otro cronista), matando infinito número de enemigos, cautivando mujeres y niños, y apoderándose de las armas, caballos, mantenimientos y riquezas que allí habia.»

Todas las historias contemporáneas están conformes en asegurar que la derrota de Alarcos fué una de las más dolorosas que hasta entonces habian ocurrido, sin exceptuar la de Zalaca: segun ellas, perecieron en aquella fatal jornada más de 20.000 castellanos, quedando tendidos en el campo los principales caballeros del reino y de las Ordenes militares.

Las consecuencias fuéron tambien muy tristes: enemistado el Rey Alfonso con los monarcas de Leon y de Navarra, porque no habian acudido á tiempo al combate, se dió motivo para que el emir de los almohades invadiese la comarca de Toledo en dos ocasiones, talando y devastando los campos hasta cerca de Madrid y Alcalá de Henares.

¿Para que referir las fatales luchas que sostuvieron, por consecuencia de estos lamentables sucesos, los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, y las cuales llegaron hasta el punto de que el rey D. Sancho VI, llamado *el Fuerte*, tomase la extraordinaria resolucion de pasar al Africa para suplicar á Yacub-Ben-Yusud que le prestase auxilio contra el rey de Castilla, y despues contra el de Aragon? Sucesos de esta clase, por desgracia muy frecuentes en aquellos calamitosos dias, no pertenecen por cierto á la

historia de la Reconquista que nosotros bosquejamos: ellos fuéron, sin embargo, lo mismo en esta época que en las anteriores y en la siguiente, los que retardaron el triunfo definitivo de la gloriosa enseña de Pelayo sobre el pendon mahometano en las vegas de Granada.

V.

Habíase casado el rey D. Alfonso IX de Leon con la infanta doña Teresa, hija mayor del rey D. Sancho I de Portugal, en Noviembre de 1190, y este matrimonio, concertado entre parientes, puesto que ambos cónyuges descendían en línea recta de Alfonso VI, fué disuelto por bula pontificia al poco tiempo: entónces la discreta reina de Castilla Doña Leonor, segun refieren varios historiadores, pensando en el medio de afirmar por el pronto una paz duradera entre Leon y Castilla, y de realizar más tarde una nueva fusion de estos dos reinos, negoció el matrimonio de Alfonso IX con la princesa Berenguela, hija del rey castellano, la cual, aunque desposada en 1188 con el príncipe Conrado de Suabia, hijo del emperador de Alemania Federico Barbaroja, se habia negado á consumar el matrimonio por la aversion que manifestaba á su novio.

Hízose, pues, el régio consorcio en Valladolid, en Diciembre de 1197, y cuando el Papa Inocencio III, fundado en la consanguinidad que entre ambos cónyuges mediaba, anuló este matrimonio, sin que bastáran á hacerle desistir de tal

propósito la consideracion de que de él dependia la paz de dos Estados cristianos y las súplicas humildes de los dos esposos que se amaban con entrañable cariño, y que solicitaron la dispensa necesaria del Pontífice; cuando el Papa, decimos, anuló este matrimonio, la reina Doña Berenguela era ya madre de cinco hijos.

El primogénito de éstos, Fernando, era el destinado por la Providencia para unir otra vez indisolublemente los reinos de Castilla y de Leon, para dar gloria imperecedera á la España cristiana y lustre sin par á la iglesia católica.

CAPITULO XII.

Las Navas de Tolosa.—Legion extranjera y su indigna conducta.—Derrota de los musulmanes.—Alfonso IX de Leon y Enrique I de Castilla.—Fernando III y Doña Berenguela.—Conquista de Córdoba.

I.

¡La batalla de las Navas de Tolosal

¿Qué español no siente orgullo en su ánimo al recordar este hecho gloriosísimo de la historia patria?

Hallábase Alfonso VIII como dominado de profunda pena desde el infausto dia de Alarcos, y sólo pensaba incesantemente en vengar aquella desgracia que él creia afrentosa para su nombre y para las armas de Castilla; y cuando el legado del pontífice Inocencio III vino á Es-

paña para obligar al rey D. Sancho VI de Navarra á que rompiese el pacto de amistad que tenía hecho con el emperador de Marruecos, y á anular el matrimonio de Alfonso IX de Leon y Doña Berenguela de Castilla, envió el rey castellano sus legados al supremo pontífice, para que concediese á los soldados cristianos que concurrieran á la campaña contra los almohades de España, los mismos privilegios é indulgencias que entónces se concedian á los cruzados que marchaban á la conquista de la Tierra Santa.

Concedióseles de buen grado el pontífice; predicóse la Santa Cruzada en Roma y en las principales ciudades de la cristiandad; acudieron á Castilla innumerables hidalgos é infanzones extranjeros, de Alemania, de Francia y de Italia; concurrió el rey de Aragon y conde de Barcelona D. Pedro II *el Católico* con lucido ejército de aragoneses y catalanes, y acompañado de los condes de Rosellon, de Ampurias y otros; alistáronse tambien para la guerra santa muchos señores de Portugal, de Leon y de Cantabria.

Toledo, la insigne capital del imperio godo, fué el punto designado para la reunion de las huestes, y todos los combatientes juntos, ejército castellano con las banderas de los concejos y de las familias más ilustres, ejército aragonés, legiones extranjeras, prelados, magnates, caballeros, soldados y monjes con la cruz en el vestido y espada en mano, hallábanse dispuestos para emprender la marcha á traves de los campos de Andalucía en la mañana de 21 de Junio de 1212.

La crónica del arzobispo toledano D. Rodri-

go Ximenez de Rada, que asistió á la batalla, consigna minuciosamente hasta los detalles más pequeños de aquella heroica empresa.

Tomaron los cruzados el castillo de Malagon despues de tres dias de asedio, y acuchillaron á sus defensores; siguieron á Calatrava, y la poblacion fué tomada al asalto, miéntras la guarnicion de la fortaleza capitulaba honrosamente.

Y aquí empezó ya la defeccion de los auxiliares extranjeros: quisieron acuchillar á los musulmanes calatraveños, que se habian rendido al castellano con el seguro de sus vidas, y como el justo y piadoso monarca se opusiera enérgicamente á aquel acto infame y sanguinario, «los omes de ultra-puertos,» pretestando que no podian sufrir los rigores del clima, regresaron desde allí á su país; mas no quedó impune esta defeccion vergonzosa, porque fuéron insultados por los toledanos cuando intentaron penetrar en esta ciudad, cuyas puertas permanecieron cerradas, miéntras los habitantes desde los muros los denostaban, llamándoles cobardes, desleales y excomulgados.

El ejército siguió hasta Alarcos, lugar de triste recordacion para el rey Alfonso VIII, y allí se le unió el rey de Navarra D. Sancho VI, *el Fuerte*, que mandaba brillante legion de caballeros y soldados.

Era emperador Miramamolín de los almohades Mohammed-Ben-Yussuf, y se hallaba en las cercanías de Baeza, al frente de su ejército, cuando supo que los cruzados se proponian atravesar los desfiladeros de Sierra-Morena y descen-

der sobre los campos de Andalucía; mas él avanzó con fuerte cohorte de jinetes dispuesto á cerrarles el paso, y con la esperanza de destruirlos en las fragosidades de aquellas abruptas montañas.

Copiemos ahora al Sr. Lafuente, por lo mismo que vamos á referir un episodio que ha sido negado por varios críticos, y que está, sin embargo, debidamente comprobado:

«Era ya el 12 de Julio. Una fuerte avanzada de caballería enemiga salió á impedir el paso á los cristianos.... al anochechar llegaron los tres reyes al pié de la montaña con su grueso ejército. Quedaba, no obstante, el formidable paso de la Losa defendido por la muchedumbre mahometana. Colocados los moros entre riscos que les servian de parapetos casi inexpugnables, encajonados los cristianos entre desfiladeros y angosturas que impedian desplegar su caballería, su posicion era crítica y apurada. Túvose consejo para deliberar lo que convendria hacer. Opinaban algunos por desalojar á los enemigos á todo trance; otros, más conocedores de la imposibilidad que para esto ofrecian aquellas asperezas, estaban por la retirada. Opusieronse á este último dictámen los reyes de Castilla y Aragon..... Grande era de todos modos el conflicto de los cristianos.

Entan congojosa perplejidad presentóse en los reales de Alfonso un pastor, manifestando que con motivo de haber apacentado mucho tiempo sus ganados por aquellas sierras, conocia muy bien todas las sendas, y sabía de un camino ó

vereda por donde podría subir el ejército sin ser visto del enemigo hasta la cumbre misma de la Sierra, donde hallaría sitio á propósito para la batalla.... Encomendóse, pues, la peligrosa empresa á D. Diego Lopez de Haro y á D. García Romeu, caballero aragonés, y estos dos intrépidos jefes acompañados del pastor, fuéron caminando por uno de los costados de la montaña, y despues de algun rodeo halláronse en efecto en una extensa y vasta planicie como de diez millas, capaz por consiguiente de contener todo el ejército..... Estas llanuras eran las Navas de Tolosa.»

Hemos copiado la breve relacion que antecede, relativa al famoso paso del ejército cristiano por la fragosa Sierra-Morena, por creer que es la que más se adapta al texto latino de la crónica del arzobispo D. Rodrigo. Sabido es que aquel suceso, considerado como maravilloso por muchos cronistas coetáneos, ha sido envuelto en una nube de ficciones novelescas, y aún hay quien le niega. Añadiremos que el desconocido pastor, llamado Martin Halaja, segun unos, ó Gontran, como quieren otros, no volvió á presentarse en el campo cristiano, ni se tuvo de él más noticia.

Opinamos como el Sr. Lafuente, que un hecho tan singularísimo, atendidas todas las circunstancias, «parece tener algo de providencial, ya que no de milagroso.»

Pasó todo el ejército el sábado 14 de Julio, y los almohades quedaron sorprendidos al ver que los cristianos ponian las tiendas en la ancha meseta de la montaña.

Al día siguiente, desplegaron los almohades en línea de batalla, mientras los cristianos disponían lo necesario para la reñida pelea: los prelados y los clérigos pasaron aquella noche exhortando á los soldados á confesar y comulgar devotamente, y á fortalecerse por medio de la oración; animábanse los combatientes unos á otros; recibían con júbilo, y con la esperanza que da la fé, la promesa que se les hacía de vencer en la batalla; y al romper el día 16 todos se hallaban dispuestos á luchar como héroes y á triunfar ó morir en el combate.

El ejército castellano se formó en cuatro legiones, mandadas por los reyes de Aragón y de Navarra y por los valerosos caballeros D. Diego Lopez de Haro, D. Pedro Arias de Toledo, y otros, y el rey D. Alfonso de Castilla mandaba la retaguardia y en general el grueso del ejército; los musulmanes, formados enfrente á manera de anfiteatro, entre las colinas que flanqueaban la llanura, estaban divididos en cinco grandes cuerpos, compuestos de almohades africanos, de tribus del desierto y de agarenos andaluces, y en el centro de aquel inmenso semicírculo se alzaba la tienda de campaña del emir Mohammed-Ben-Yussuf, rodeada de 10.000 guerreros nubios y de gruesas cadenas de hierro, además de unos 3.000 camellos puestos en línea.

Dióse la señal del combate, y «era tal, dice un autor árabe citado por Conde, la presunción y confianza del emir en la muchedumbre infinita de sus tropas, que creía no había poder entre los hombres para vencerle.»

Horrorosa fué la primera acometida, y los cristianos apenas pudieron resistir el choque.

«Envalentonados los moros con el éxito, (cuenta el cronista D. Rodrigo, testigo presencial), volvieron á acometer con nuevo brio, y rompieron las filas de los navarros; y aunque acudió con toda oportunidad el rey D. Pedro con sus aragoneses, lograron todavía algunos audaces moros penetrar hasta cerca de donde estaba el rey de Castilla, el cual, á vista de aquello, aunque sin inmutarse, *nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente*, dice la crónica, se dirigió al arzobispo D. Rodrigo y le dijo en alta voz: *Arzobispo, vos é yo aquí muramos*; á lo cual el arzobispo contestó: *Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos*. Entónces dijo el rey: *Pues vayamos á prisa á acorrer á los de la primera haz que están en grande afincamiento*.»

Parece como que desde aquel instante varió por completo el aspecto de la batalla: el rey, seguido de sus tropas y mandando desplegar el estandarte de la cruz que llevaba el canónigo de Toledo D. Domingo Pascual, se abrió paso por entre las masas de los combatientes agarenos, que retrocedieron en gran número; los jinetes castellanos llegaron hasta la muralla de carne humana que formaban los negros alrededor de la tienda de Mohammed, y varias veces intentaron desbaratarla; un caballero de Castilla, el intrépido D. Alvaro Nuñez de Lara, hace saltar á su caballo por encima de aquel

acerado parapeto, y otros le siguen, y avanzan todos hácia la tienda del emir; el rey de Navarra rompe al mismo tiempo la cadena y tambien penetra en el interior de aquel espacio reservado, seguido de sus escuadrones, de los aragoneses, de castellanos y de casi todo el ejército. La mortandad fué horrible y el destrozo inmenso.

En lo más récio de aquella horrorosa pelea, el emir Mohammed montó á caballo, «porque el juicio de Dios está conocido, dice un cronista árabe, y hoy es el fin de los musulimes,» y huyó á todo escape hácia Jaen, envuelto y confundido con la numerosa morisma que tambien huia de aquel campo de matanza y de sangre.

Cuenta el arzobispo D. Rodrigo, que lograda la victoria acercóse al rey D. Alfonso y le dijo estas palabras: «*Acordaos* de que el favor de Dios ha suplido á vuestra flaqueza, y de que hoy os ha relevado del oprobio que pesaba sobre vos. No olvideis tampoco que al auxilio de vuestros soldados debéis la alta gloria á que habeis llegado en este dia.»

Y acto continuo de la batalla, ántes del anochecer de aquel memorable dia, el mismo arzobispo D. Rodrigo que nos refiere estos gloriosos hechos, allí, sobre el campo cubierto de cadáveres y de despojos de los vencidos, entonó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias al Dios Omnipotente.

Los muertos que tuvieron los mahometanos llegaron, segun el testimonio de cronistas cristianos y árabes, á 200.000 y á 25.000 los cris-

tianos, y el botin que se recogió en la batalla y en la persecucion de los fugitivos fué verdaderamente inmenso y de riqueza incalculable. La tienda de seda y oro del miramamolin Mohammed, fué enviada por el rey de Castilla al pontífice Inocencio III; en la Basílica de Toledo se conservan varios pendones tomados á la morisma; en la iglesia catedral de Búrgos se guarda con religioso respeto la bandera que llevó á la pelea al rey de Castilla, y que está pendiente de la alta ojiva en la nave principal del grandioso templo; y en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, fundado por el mismo rey Alfonso VIII, existe aún el precioso estandarte de los almohades, que es una riquísima alhaja de inestimable precio, por muchos conceptos, y existia en el tesoro de aquel célebre monasterio el Coran que llevaba el emir Mohammed y laafiligranada caja de oro que le contenía, hasta que los franceses invasores lo arrebataron en 1809.

Tal fué la gloriosa victoria de las Navas de Tolosa.

Como consecuencia de ella, los cristianos se apoderaron de muchas plazas fuertes hasta Baeza y Ubeda, y poco después emprendieron la retirada á Castilla.

No omitirémos la breve relacion de un hecho que cita el arcipreste Diego Rodriguez de Almela en su *Valerio de las historias eclesiásticas*, y que la copia, dice, de antiguos cronistas: el Conde de Haro mandaba la gente de las Comunidades y concejos de Castilla, y vióse

huir el pendon de una villa célebre, creyéndose al pronto que era el del Conde de Cabra; y lamentando el rey D. Alfonso aquella fuga con estas palabras: *¡Ya los nobles fuyen!*, hubo de replicarle un caballero castellano: *¡Cierto, los villanos fuyen, que los nobles non!*

Y se lanzó animoso en lo más recio de la pelca.

El arcipreste Almela calla el nombre de la villa, y nosotros no hemos de decirle: diremos únicamente que tal vez á causa de aquella fuga, el rey Fernando III, en privilegio que concedió á la ciudad de Cuenca, en 1250, expresa que el juez de la villa debe tener la seña (la bandera,) «y tengo que si afuerta viniese á el lugar de peligro, y ome vivo rafez tuviese la seña, que pudiese caer en grande onta y en grand vergüenza.»

Dos años más tarde, el rey Alfonso VIII, que llevó otra vez sus armas victoriosas contra los moros de Andalucía, y cuando se hallaba en camino para celebrar una entrevista en Plasencia con el rey D. Alfonso II de Portugal, su yerno, sintióse acometido por fiebre maligna en una aldea inmediata á Arévalo, y falleció en brazos del arzobispo D. Rodrigo, en 6 de Octubre de 1214, á los cincuenta y siete años de su edad y más de cincuenta de reinado.

En el precioso coro bajo del citado monasterio de las Huelgas existe el sepulcro de este glorioso monarca, y allí reposan tambien las cenizas de Doña Leonor de Castilla, quien no sobrevivió á su esposo sino veinticinco dias.

Dos veces, que se sepa, ha sido abierto el sepulcro del insigne vencedor en las Navas de Tolosa: hállase el cadáver incorrupto, cubierto aún de vestiduras reales, sentado en ancho sillón de cedro y con la cabeza reclinada en almohadones de tisú de oro.

En el año 1581 hizo abrir aquella tumba sagrada cierto prelado curioso, y quitó á la régia mómia un anillo de gruesos diamantes que tenía ésta en la mano izquierda, para presentársele al rey D. Felipe II; mas cuéntase que el severo monarca, al ver la joya, exclamó indignado:—¿Cómo os habeis atrevido á profanar el cadáver del rey más glorioso que ha ceñido la corona de Castilla? Id al punto y devolved ese anillo á su dueño!

Devolvióle, en efecto, el contrariado obispo, y en los infaustos días de la guerra de la Independencia, un general francés (creemos que fué Dupont), profanando bárbaramente el monasterio, arrancó al cadáver aquel anillo, la corona de oquer ceñia sus sienes, la espada y otros ricos objetos.

III.

Sólo para hacer constar el orden cronológico en la sucesion de los reyes de Castilla, debemos tratar del reinado de Enrique I, hijo primogénito y sucesor de Alfonso VIII.

Niño aún cuando falleció su padre, el período de su memoria fué tan agitado y tan lleno de turbaciones como el del monarca anterior: los

Nuñez de Lara, ambiciosos ahora como sus antecesores, muerta ya la reina Doña Leonor, que era la tutora del joven monarca, y que habia encomendado la regencia á la princesa Berenguela, hermana mayor de Enrique (aquella señora que estuvo casada con el rey Alfonso IX de Leon y que era madre del príncipe Fernando), disputaron con osadía y teson á esta señora la tutela del rey niño; y de tal manera influyeron en su ánimo, que despues de largas vacilaciones, y cediendo acaso ante las amenazas de turbar la paz del reino, Doña Berenguela consintió en pasar alguno de sus derechos de tutora á la persona del mayor de aquéllos, D. Alvaro Nuñez de Lara, aunque exigiéndole prudentemente y bajo juramento ciertas condiciones.

Pero ¿qué hemos de decir de la triste situacion de Castilla en aquella desdichada época, y en la que siguió inmediatamente hasta la proclamacion de Fernando III? Ni la relacion de tales sucesos ofreceria nobles ejemplos que imitar, ni tampoco importa gran cosa para continuar desenvolviendo, aunque brevemente, la crónica de la Reconquista española.

Sólo una figura brillante, luminosa, rodeada de purísima aureola de gloria, se destaca en aquel sombrío cuadro de desdichas de la patria: Doña Berenguela de Castilla.

Corta fué la vida del rey D. Enrique: once años tenía cuando subió al trono, y tres despues, cuando aún no habia cumplido los catorce, hallándose un dia en la plaza de armas del palacio de Palencia, entretenido en jugar á la pelota

con otros jóvenes, hijos de los principales señores de la corte, cayó sobre su cabeza una teja que se habia desprendido súbitamente de una torre del alcázar, y sucumbió á consecuencia de la herida que el golpe le produjo, en 6 de Junio de 1217.

Doña Berenguela, aquella señora á quien se debe en primer lugar la venturosa y definitiva fusion de los dos reinos de Leon y de Castilla, convocó en seguida las Cortes para Valladolid, y dos meses despues del fallecimiento de D. Enrique, los prelados, los grandes del reino y los procuradores y *omes buenos* de las ciudades y villas, proclamaron solemnemente á Fernando III de Castilla, en la mañana del 31 de Agosto; y aunque el nuevo monarca sufrió gran número de contrariedades, siendo acaso la principal el sentimiento de ver que su mismo padre Alfonso IX de Leon le movia dura guerra, tal vez impulsado por los ambiciosos Nuñez de Lara, que querian intervenir directamente en los asuntos del reino, ahora como cuando el jóven D. Enrique, dispúsose, una vez sosegado el país, á inaugurar sus campañas contra los moros.

En la primavera de 1224, al frente de su valeroso ejército, atravesó las montañas de Sierra-Morena y se apoderó de los castillos de Quesada y otros que estaban situados en las vertientes meridionales de la cordillera; año tras año fué apoderándose de ciudades tan importantes como Andújar, Martos, Priego, Alcaudete, Salvatierra y otras; el dia 30 de Noviembre de 1227 rindió tambien á sus armas la plaza de Baeza, ca-

pital de un emirato importante; Jaen, por último, cuyo emir ó reyezuelo moro temblaba por su suerte, se hizo feudatario del rey de Castilla y dió libertad á todos los cristianos que tenía cautivos.

Ocurrió por entónces el fallecimiento de Alfonso IX de Leon, al poco tiempo de haber regresado de la conquista de Mérida, en la cual le ayudaron como buenos auxiliares algunos tercios castellanos que le habia enviado su hijo: era el mes de Setiembre del año 1230, y al dirigirse el monarca leonés á Compostela para dar gracias á Dios y al Santo Apóstol Santiago por el magnífico triunfo que habia conseguido contra los musulmanes, tomándoles la capital de la antigua Lusitania, la histórica Emérita Augusta, le acometió tan grave enfermedad cuando se hallaba en Villanueva de Sarriá, que al poco tiempo, en la mañana del dia 24, le privó de la vida.

Entónces fué cuando la noble y discreta Berenguela, madre del rey Fernando y esposa que habia sido del monarca difunto, dió señaladas pruebas de su gran talento, de profunda sagacidad política, de ingenio maravilloso para ganar voluntades y conquistarse afectos: mientras esperaba á su hijo, que habia emprendido una segunda campaña contra Jaen, y á quien avisó inmediatamente, prometiendo á unos, amenazando á otros, y domeñando á todos con varonil entereza y á la vez con la afabilidad y dulzura de su corazón bondadoso, logró por fin que el rey Fernando III de Castilla, su hijo, fuese tambien

proclamado rey de Leon y sucesor de Alfonso IX.

Dos años despues, sosegadas alguñas alteraciones que habian ocurrido, prosiguió D. Fernando la guerra contra los moros con igual fortuna que en sus campañas anteriores: tomada la ciudad de Ubeda el 29 de Setiembre de 1234, como élsupiera que algunos cristianos se habian apoderado secretamente del arrabal de Córdoba, y que el valeroso castellano Alvaro Perez de Castro habia acudido á socorrerlos con buen golpe de gente de armas, hallándose en Benavente cuando recibió la noticia, á punto de sentarse á la mesa, dijo al mensajero que se la comunicaba: *¡Aguardad una hora!* y apenas pasado este tiempo caminaba ya al frente de cien caballeros, y habiendo dado órden de que se le reuniesen los soldados de villas y lugares, en direccion á los muros de Córdoba.

Formalizóse inmediatamente el cerco de la ciudad, acudió allí ejército grande de casi todas las ciudades de Castilla y de Leon, rechazábanse las salidas y se impedia severamente la llegada de mantenimientos y de socorros á los sitiados; y éstos, obligados por el hambre y convencidos de que ninguno de los emires mahometanos acudiria á auxiliarlos, acordaron rendirse al soberano de Castilla, y confiarse á su generosidad y grandeza de alma. El 29 de Junio de 1236 entró en la ciudad cordobesa, en la antigua capital del califato de las Omniadas, en la córte de los Abderrahmam y Al-Hakem, el rey D. Fernando III, acompañado de prelados, grandes

del reino y señores de la nobleza, y á la cabeza de su valeroso ejército.

Cuéntase que entónces se llevó á cabo un acto solemne de justicia: aquellas campanas de la basilica de Compostela que servian de lámparas en la gran mezquita cordobesa, y que habian sido conducidas hasta allí en hombros de cautivos cristianos por órden de Almanzor, fuéron trasportadas á la iglesia compostelana en hombros de musulmanes, por órden del rey conquistador.

A la toma de Córdoba siguió la rendicion de otras importantes plazas de Andalucía, y los emires de Écija, Carmona, Estepa y otras ciudades, rindieron pleito homenaje al soberano de Castilla y pagáronle tributos crecidos.

IV.

Habia contraído matrimonio el rey D. Fernando con la princesa Beatriz, hija de Felipe de Suabia y parienta cercana del emperador de Alemania Federico II, en el real monasterio de las Huelgas, cerca de Búrgos, el 30 de Noviembre de 1219; y de este régio consorcio, que fué calificado de feliz por los cronistas contemporáneos, fué el primer fruto de sucesion el príncipe D. Alfonso, que nació en Búrgos en 23 de Noviembre de 1221.

Este príncipe Alfonso, que luégo sucedió á su padre y á quien la historia conoce con el dictado de *el Sabio*, queriendo ayudar al rey castellano en la conquista de Andalucía y de las tier-

ras de Levante, al frente de buen ejército entró por el país de Murcia, y rindiósele la ciudad pacíficamente, ántes que consentir en la capitulación que la proponía el monarca aragonés Don Jaime I, ó en rendirse al feroz Alhamar, emir de Arjona. El que lo era de Murcia, Mohammed-Ben-Alí, capituló en Alcaráz con el infante D. Alfonso, quien entró solemnemente en la plaza el año 1241.

Así escribió el mismo D. Alfonso, hablando de las conquistas de su padre:

«Por su linaje ganó el regno de Murcia, et sennaladamente por su fijo el mayor.»

Después de otras campañas importantes que llevó á cabo el rey D. Fernando, puso cerco á la ciudad de Jaen en el otoño de 1245, y presentándose al rey castellano el fundador del reino de Granada, Muhammad-Alhamar, á cuyos dominios pertenecía aquella plaza, celebróse un pacto entre los dos monarcas, en virtud del cual Alhamar cedia aquella ciudad al de Castilla y se reconocía como tributario de éste, comprometiéndose á ayudarle en caso necesario con cierto número de jinetes y á presentarse en las Córtes del reino como uno de los ricos-hombres castellanos.

En Abril de 1246 (segun Sabau, anotador de Mariana, de 1245) entró el rey de Castilla en Jaen, hizo purificar la mezquita, reedificar los muros y fortalecerlos con nuevos adarves, y allí permaneció por espacio de ocho meses, segun dice la *Crónica general*, dictando medidas de sabio gobierno.

Al poco tiempo resolvió el rey la conquista de Sevilla, en la cual reinaban los descendientes de los Almohades, mandados por su caudillo Cid-Abu Abdallah.

Después, como dice bien el P. Mariana, pasó á Búrgos y trasladó la Universidad de Palencia, fundada por su abuelo Alfonso VIII, á Salamanca; y «convidóle á hacer este truco (añade el discreto jesuita) la comodidad del lugar... otrosí, ganar las voluntades del reino de Leon, en que está Salamanca.»

CAPITULO XIII.

Conquista de Sevilla.—Muerte ejemplar de Fernando III *el Santo*.—Reinado de Alfonso X, *el Sabio*.—Desventuras de este monarca.—Su muerte.

I.

La conquista de Sevilla, siquiera para ser bosquejada ligeramente, exige por cierto mayor espacio del que nosotros disponemos, dentro de los breves límites que se nos han trazado.

No comentamos, no hacemos consideraciones de ningun género acerca de los sucesos extraordinarios que vamos describiendo, ni emitimos siquiera nuestra humilde opinion sobre ciertos hechos que caen, sin embargo, bajo el dominio de la crítica: meros narradores de la historia patria, nos contentamos con referir aquéllos, procurando depurarlos cuando se

presentan de diverso modo referidos por los cronistas, con el objeto de hallar la verdad histórica.

Tal es el deber que se nos ha impuesto, y que hemos aceptado con gusto; porque esta BIBLIOTECA no está destinada á los hombres eruditos, sino á las clases populares que necesitan de la instruccion y de conocimientos generales en los diversos ramos del saber humano.

Hecha esta declaracion, que consideramos oportuna, continuamos narrando.

Dispuso sus fuerzas el rey de Castilla, con aquella prevision y sagacidad que en él reconocian hasta los mismos musulmanes: empezó por apoderarse de todas las plazas y castillos inmediatos á la capital de Andalucía; encargó al insigne burgalés D. Ramon de Bolifaz, que con una flota de trece naves y algunas galeras, se preparase á combatir la ciudad por el lado del rio, subiendo por el Guadalquivir desde la embocadura; completó su ya numeroso ejército con nuevas fuerzas que habia pedido á las villas y ciudades de Castilla, y formalizó el sitio de la antigua Esbilia el dia 20 de Agosto de 1247.

Antes, y en virtud del pacto que habia celebrado en Jaen con el rey de Granada, pidió á éste el concurso de los jinetes ofrecidos, y el fiel Alhamar, manteniendo su palabra, tal vez porque odiaba, como descendiente de los árabes españoles, á los almohades de Sevilla, se presentó en el campo del rey castellano al frente de quinientos caballeros escogidos, despues de haber falado los campos de Carmona y contri-

buido á la rendición de Alcalá de Guadaira.

¿Quién puede referir en breves líneas los episodios de este sitio de Sevilla, que ahora, despues de más de seis siglos, se tendrían por novelescos y ficticios, si no estuviesen confirmados por la autorizada fe y palabra escrita de testigos presenciales?

Las salidas impetuosas de los sitiados eran diarias, y los combates parciales se repetían á cada momento; las pequeñas galeras sevillanas atacaban á la flota del almirante Bonifaz é intentaban quemarla por medio de fuegos arrojadizos, «con fuego de alquitran (dicé el P. Mariana), que arde en la misma agua,» aunque siempre retrocedían escarmentadas; los caballeros castellanos y leoneses, los maestros de las Ordenes militares, los capitanes de las huestes de las ciudades, hacían proezas; hasta el príncipe heredero D. Alfonso y el jóven infante D. Enrique acudieron á aquel sitio de honor y de gloria, de caballerescas aventuras y de episodios heróicos.

El almirante Bonifaz logró el primer señalado triunfo, rompiendo con sus naves (3 de Mayo de 1248), las gruesas cadenas del puente de barcas que establecía comunicacion directa entre Sevilla y el barrio de Triana, ó Atrayana, como le designaban los árabes, y al dia siguiente el infante D. Alfonso y sus hermanos D. Fadrique y D. Enrique, al frente de buena legion de soldados, atacaron el castillo de Triana por tierra miéntras las naves de Bonifaz le atacaban desde el rio.

No se logró por entonces el éxito, pero los sitiados comprendieron que el rey de Castilla no cejaba ante las dificultades de la empresa: quince meses duraron las fatigas, los trabajos, los combates y las penalidades del asedio, y en dos ocasiones se vió amenazada la vida del rey y de su hijo el príncipe heredero por el puñal asesino, porque los sitiados, apelando á la traicion y á la villanía, anhelaban sacrificar á aquellos esforzados campeones de España. El hambre, en fin, y las discordias estallaron en la ciudad «primero en secreto (dice un cronista antiguo) y después en los corrillos y plazas,» y reinaba además en el ánimo de los almohades la profunda, la íntima convicción de que el ilustre guerrero de Castilla, el bizarro campeón de la independencia, el vencedor de Jaen y de Córdoba, confiando en el auxilio del cielo y en el valor y constancia de sus soldados, se había propuesto firmemente conquistar la hermosa capital de la antigua Bética, la patria de los Isidoros y Leandros, ó perecer gloriosamente en la demanda.

¡Qué día de gloria para Castilla y su valeroso monarca, aquel en que el ejército sitiador, rendidos á discrecion los almohades y llorando Abul Hassam (el rey Axatad) sus desventuras, entró triunfante en aquella hermosa ciudad, «la de las delicias de los creyentes de Alah,» la «de admirabares (*sic*) y santuarios de mármol,» la «de alcázares dorados y jardines más olorosos que los oasis del Yemen,» la del rio de puras, abundantes y deleitosas aguas!»

Era el 23 de Noviembre de 1248, cuando los moros sevillanos depusieron las armas y firmaron la capitulacion; y pasado un mes, plazo que concedió el generoso y noble soberano de Castilla para que los rendidos evacuasen la plaza, es decir, los que no quisieran permanecer en ella, bajo el dominio del rey cristiano, se verificó solemnemente la triunfal entrada del ejército cristiano.

La *Crónica del Sancto rey D. Fernando*, contemporánea, escrita por testigo presencial, nos ha dejado una larga relacion de aquel memorable acontecimiento, que no se puede leer sin que el ánimo se sienta conmovido: marchaban al frente del triunfador ejército los caballeros de las Ordenes militares, como formando la vanguardia en aquel dia de gloria, ya que tambien la formaban en los dias de combate; seguian los prelados y el clero, y entre aquéllos los nuevos obispos de Jaen, Cuenca, Cartagena y Córdoba, y ademas los de otras diócesis de Castilla; iba despues un magnífico carro de triunfo, sobre el cual resplandecia una hermosa imágen de la Virgen María, quizás la imágen de la Virgen de las Batallas, aquel histórico simulacro que llevó siempre á los combates con los agarenos el insigne Alfonso II *el Casto*, y que aún hoy se venera en la catedral ovetense; caminaban á los lados y detras del carro, montados en briosos corceles de batalla, el rey D. Fernando III y su esposa Doña Juana, sus hijos D. Alfonso, don Fadrique, D. Enrique, D. Sancho y D. Manuel, y su noble hermano D. Alfonso de Molina;

continuaban en pos algunos príncipes extranjeros que habian concurrido al sitio, como el infante D. Pedro de Portugal, el hijo y sucesor de D. Jáime I de Aragon, *el Conquistador*, el legado del papa Inocencio IV, el rey moro de Granada Mohammed ben Alhamar y un hijo del de Baeza, el señor de Vizcaya y otros; seguia una brillante cohorte de rico-hombres, caballeros, nobles é hijos-dalgo de Castilla, Leon, Astúrias y Galicia, y no pocos infanzones de Aragon y Navarra; cerraban la marcha, en fin, las tropas vencedoras, los bizarros soldados castellanos y leoneses, y los de los concejos ó municipios de ciudades y villas libres, enarbolando sus banderas, pendones y estandartes.

La misma *Crónica*, y tambien la *Crónica general de España*, escrita por D. Alfonso X, *el Sabio*, quien presenci6 la rendicion de Sevilla, consignan los nombres de los ínclitos guerreros que acaudillaban las tropas, á las órdenes del rey Fernando: allí estuvieron, en primer lugar, los grandes maestros de las Ordenes militares que ent6nces existian en Castilla: D. Pelayo Perez Correa, de Santiago; D. Gomez Ramirez, de los Templarios; D. Pedro Yañez, de Alcántara, y D. Fernando Ruiz, de San Juan de Jerusalem; allí estuvieron los Bonifaz y los Avilés, los Ponce de Leon y los Tellez, los Garcí-Perez de Vargas Machuca y los Arias Gonzalez, y otros representantes de las más ilustres familias de Castilla y de Leon.

Al entrar la régia y ostentosa comitiva, el wali de los almohades, Abul Hassam (porque

la historia no vuelve á hablar del verdadero emir sevillano, Abu Abdalláh), anciano guerrero, presentóse humildemente al monarca vencedor y le entregó las llaves de la ciudad vencida, y no queriendo permanecer en ella, emigró al Africa, donde acabó sus dias; ya dentro de la plaza, y purificada la mezquita mayor y encargada al culto cristiano por el arzobispo electo de Toledo D. Gutierre (pues el insigne Ximenez de Rada, «lustre de la Iglesia, de las letras y de las armas españolas,» habia fallecido el año anterior en Francia, al regresar del Concilio Lugdunense), celebróse la primera misa en el mismo carro triunfal de la Virgen de las Batallas, y fué restablecida en el acto la Sede metropolitana, con la autorizacion del legado pontificio, Uberto, siendo nombrado procurador y administrador de la iglesia el infante D. Felipe, y arzobispo más tarde, el primero despues de la Reconquista, D. Ramon de Losana, obispo de Segovia; enarbolóse, en fin, la bandera de Castilla y de Leon en la famosa Torre del Oro, «que es de muy gentil arte, labrada y muy fuerte,» como dicen las *Crónicas* citadas, y en la Torre de Santa María, ó sea en la famosa *Giralda*, la cual, «dándola el Sol de Poniente, (añaden las mismas *Crónicas*), resplandece tanto, que se ve de más léjos que una jornada,» y entónces el ejército entusiasmado prorumpió en vítores y aclamaciones, diciendo: ¡*Sevilla por el rey!* ¡*Castilla y Leon!*

Tal fué la rendicion de la esclarecida capital de la Bética, la *Hispalis* de los romanos y la

Esbilla de los árabes, á los quince meses y tres dias de asedio y despues de 535 años de haber estado bajo la dominacion de los agarenos.

¿Para qué hemos de añadir que se rindieron tambien en seguida numerosos castillos y poblaciones que de aquella dependian? Cádiz, Jerez, Rota, Medina-Sidonia, Sanlúcar, Arcos de la Frontera, Lebrija, Aznalfarache y otras muchas plazas, abrieron sus puertas al ejército castellano; y despues de ganado en aquella comarca «todo lo que es faz de la mar acá,» como dicen cronistas contemporáneos, todavía el denodado rey D. Fernando, incansable cuando se trataba de combatir á los enemigos de su fe y de su patria, dispuso tropas de mar y tierra y mandó aparejar la flota que habia destruido el puente de barcas de Triana, al mando del preclaro burgalés don Ramon de Bonifaz, para llevar á las playas africanas el glorioso estandarte de Castilla.

¡El cielo quiso entónces premiar con la muerte de los justos á aquél que habia consagrado toda su vida á Dios y á la patria!

Sintióse el castellano acometido de violenta enfermedad, cuando eran mayores sus deseos y sus esperanzas de conquistar el reino de Fez, cuyo emir, combatido ya reciamente por sus mismos súbditos, envió mensaje de paz y amistad al conquistador de Sevilla; y éste, resignándose con la voluntad de Dios, al conocer que era llegado el fin de su vida, mostróse héroe cristiano y hombre creyente: como Fernando I, cubrióse de ceniza la cabeza y ciñóse el cuello

con humilde sogá, en señal de esclavitud ante el Rey de los reyes, ante la hostia consagrada que le presentaba el arzobispo electo de Sevilla, y que él mismo, tomándola en sus manos, se administró devotamente, con piadosa unción apostólica, y espiró con la muerte de los santos, mientras los prelados allí presentes entonaban, por orden del moribundo, y entre sollozos y lágrimas, el *Te, Deum, laudamus*, en la mañana de 30 de Mayo de 1252, á los 54 años de su edad.

Habia reinado en el trono de Castilla cerca de 36 años, y 22 cumplidos en el de Leon.

Este monarca esclarecido, acaso el que verdaderamente mereció el renombre de *Magnano*, y á quien la Iglesia concedió más tarde (en 1671, siendo pontífice Clemente X) el título glorioso de *Santo*, estuvo casado en primeras nupcias con la princesa Doña Beatriz de Suabia, hija de Felipe, y parienta cercana del emperador Federico II de Alemania, y en segundas nupcias, con la ilustre señora Doña Juana de Poitiers, hija del conde Simon, y biznieta del rey de Francia Luis VII: de la primera, que falleció en Toro, en 1257, tuvo á D. Alfonso, heredero de la corona, D. Fadrique, D. Enrique, D. Felipe y D. Manuel; de la segunda, «mujer muy hermosa y guisada de buenas costumbres,» tuvo tres hijos más, D. Fernando, Doña Leonor y D. Luis.

Su heroica, discreta y santa madre, la egregia Berenguela de Castilla, hija del vencedor en las Navas de Tolosa, mujer de Alfonso IX de

Leon y hermana mayor (aunque digan lo contrario algunos historiadores franceses) de Blanca de Castilla, la madre de San Luis, habia fallecido en Búrgos el 8 de Noviembre de 1247, segun afirman Zúñiga y Mondejar, no en 1846, como opina el Sr. Lafuente.

En el suntuoso coro bajo de las Huelgas, al lado del enterramiento de Alfonso VIII y Leonor de Lancaster, hállase el sepulcro que guarda los restos mortales de aquella excelsa matrona castellana.

III.

Antes de terminar esta breve narracion histórica del reinado de Fernando III, debemos referir un brillante hecho de armas contra los agarenos.

Hallábase defendida la villa de Martos por el valeroso conde Alvaro de Castro con muy escasos soldados castellanos, y aún la mayoría de éstos, habiendo tenido que ir á Toledo aquel caballero, acompañáronle hasta la ciudad.

La condesa quedó encargada de la defensa de Martos durante la ausencia de su esposo, con unos cuarenta caballeros al mando del sobrino de aquella señora, el jóven D. Alonso de Meneses, y aún éste, queriendo hacer alarde de valor temerario, salió de la villa con sus soldados y verificó una larga y atrevida excursion por tierra de moros.

Mas presentóse entre tanto el rey Alhamar, cercó la plaza, combatióla reciamente, y dispo-

níase á mandar el asalto: entónces la animosa condesa, haciendo que las mujeres cubriesen su cabeza con yelmos y capacetes guerreros, y empuñasen lanzas y rodela, mandólas subir á las murallas y á los adarves, y mostrarse desde allí al ejército sitiador, para que éste creyese que en la plaza sobaban esforzados defensores.

Este mismo ardid de guerra habia sido empleado 500 años ántes por el valeroso Tadmir-Ben-Gothos, segun dijimos en *Cuadalete y Covadonga*, en la plaza de Auriola (Orihuela), cuando se presentó á combatirla el ejército de Abdelaziz.

La condesa logró intimidar á la morisma, y dió tiempo para que llegase en auxilio de Martos la pequeña hueste de caballería que hubo salido con D. Alonso, y éstos bravos campeones, que no se intimidaron ante la innumerable falange que asediaba la plaza, abriéronse paso por en medio de la turba mahometana, y casi todos lograron llegar á la fortaleza.

Escusado es decir que Alhamar y sus tropas, asombradas de aquel acto de valor heroico, levantaron el sitio y se dirigieron á Granada. Esto ocurrió en Agosto de 1238.

CAPITULO XIV.

Una observacion.—Reinado de Don Alfonso X, *el Sábio*.—Conquistas en el Algarbe, y cesion de esta comarca á Portugal.—Pretension de Alfonso á la corona de Alemania.—Expediciones contra los infieles.—Los Beni-Merines.—Desgraciado sitio de Algeciras.—Rebelion del infante D. Sancho.—Muerte del rey.

I.

No fuéron por cierto tan importantes y decisivos para la grandiosa empresa de la Reconquista los reinados de Alfonso X, *el Sábio*, y de Sancho IV, *el Bravo*, hijo y nieto respectivamente del santo conquistador de Córdoba, Jaen y Sevilla.

Si aquellos dos monarcas se hubiesen decidido á llevar adelante la guerra contra los moros con el mismo brio y la misma constancia que su ilustre antecesor, la Reconquista de España se habria adelantado acaso más de dos siglos.

Porque hay que tener en cuenta la situacion á que se hallaban reducidos los mahometanos españoles, á pesar de la infinita muchedumbre de almoravides y almohades que en el espacio de dos siglos, desde los dias del conquistador de Toledo, habian desembarcado en Algeciras y en Málaga para dominar de nuevo, como en los tiempos de Tarik y Muza, la Península Ibérica: habian desaparecido sucesivamente los reinos de Toledo, Córdoba y Sevilla, y ademas los ménos importantes de Almería, Jaen y Murcia,

conquistados por los monarcas castellanos; habian desaparecido los reinos de Zaragoza, Baleares y Valencia, conquistados por los reyes aragoneses; habian desaparecido tambien los emires almoravides, desde Yussuf ben Tachfin, hasta Ibrahim-Abu Ishak, y los emires almohades, desde Abdelmumem-ben-Ali, hasta Abu-Ali-Almanum.

Quedaba únicamente el reino de Granada, fundado en 1238 por Muhammad-Abu-Abdallah, ó sea Alhamar (*el Bermejo*), que era tributario de los reyes de Castilla desde la rendicion de Jaen, y que concurreó al cerco de Sevilla, como ya hemos dicho, con 500 caballeros escogidos.

Si Alfonso X y Sancho IV hubiesen continuado la política guerrera de su padre y abuelo, en vez de la débil política que siguió el autor de las *Querellas* y de los disturbios y rebeliones que promovió el infante D. Sancho, alzando pendon de guerra contra su mismo padre, ni el rey de Granada habria podido disponer sus fuerzas y rehacer el sentimiento moral de sus súbditos para el caso de un rompimiento con el de Castilla, ni habrian desembarcado en las playas meridionales de España nuevos sostenedores del poder mahometano que se derrumbaba por momentos.

Al contrario sucedió por desgracia, y á punto se estuvo de perder las numerosas conquistas del rey D. Fernando III.

II

Al día siguiente de la muerte de este egregio soberano, el 2 de Junio de 1252, fué aclamado en Sevilla su hijo primogénito D. Alfonso X, quien á la sazón tenía ya 31 años de edad.

Tanto se ha escrito acerca de este monarca y tanto se ha discutido sobre si su reinado fué ó no provechoso para Castilla, que nos veríamos perplejos si tuviésemos intencion de indicar siquiera los argumenios que alegan los que le defienden y los que le censuran severamente: éstos se lamentan de su debilidad, de sus desafortadas medidas y hasta de su mala fortuna, y aquéllos elogian su desinterés, su abnegacion, su gran talento é instruccion vastísima, sus grandes cualidades de legislador y sus preciosas obras científicas y literarias.

«El sobrenombre de *Sabio* (dice el mismo P. Mariana) que ganó por las letras ó por la injuria de sus enemigos, ó él por la floxedad de su ingenio, parece le amancilló; pues con el crédito que tenía de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse.»

Para nosotros, que reseñamos los sucesos más importantes de la Reconquista de España, sin pretender describir los demas acontecimientos políticos que ocurriendo en cada reinado, porque los estrechos límites de esta obra no lo consienten, carece en verdad de interés el reinado de Alfonso X *el Sábio*.

Bien empezó este monarca: renovó sincera-

mente el pacto de amistad y alianza que habia hecho el rey Fernando III con el fundador del reino de Granada, el cual por cierto, valiéndose de la debilidad del nuevo soberano de Castilla, logró bien pronto romper el vasallaje; y pocos años despues verificó una afortunada expedicion por el Algarbe, poniendo sitio á la plaza de Niebla, que se rindió á las armas castellanas en 1257, y apoderándose de otras poblaciones de aquella comarca.

Pero á esta conquista siguió un acto de debilidad y de imprevision política: reinaba en Portugal Sancho II, que estaba casado con la princesa Beatriz, hija bastarda de Alfonso X (habida en una señora castellana llamada doña Mayor Guillen de Guzman), y como el interesado rey lusitano aconsejase á su esposa que pidiera á su padre la cesion del Algarbe, aunque en clase de feudo, el rey de Castilla, espontáneamente, sin autorizacion de las Córtes del reino, y hasta sin el consejo de los ricos-hombres y prelados, hizo merced y donacion pertétua á su nieto D. Dionis, primer hijo de Sancho II y Doña Beatriz, de aquel vasto territorio que habia sido conquistado por las armas castellanas.

Años más tarde, en 1269, logró el monarca portugués lo que realmente deseaba: presentóse en Sevilla, córte de D. Alfonso, el jóven don Dionis, para rogar á su abuelo que redimiese el feudo que el reino lusitano reconocia al de Castilla, y aunque Alfonso X aparentó pedir consejo á los magnates del reino, y aunque al

guno de éstos, D. Nuño de Lara, no era de opinion que el rey de Castilla «tirase de la corona el tributo que el rey de Portugal y su reino *son temidos de vos facer*,» los demas, cortesanos aduladores, opinaron como el rey deseaba, y el feudo fué redimido.

Y mientras D. Alfonso gastaba los recursos del Erario y abusaba de la obediencia y lealtad de sus súbditos, pretendiendo la corona de Alemania, ya porque la república de Pisa sin tener derecho electivo le hubiese aclamado emperador y rey de romanos en 1256, ya porque algunos electores reunidos el año siguiente en Francfort le hubiesen elegido como descendiente de la casa de Suabia (pues ya hemos dicho que la princesa Beatriz, primera esposa de Fernando III y madre de Alfonso X, era hija del Duque reinante en Suabia); mientras esto sucedia, repetimos, que fué causa de grandes disturbios en el reino y de grandes desengaños para el mismo pretendiente, el rey de Granada, aquel Muhammad-ben-Alhamar que era tributario de Castilla, se disponia á romper el vasallaje.

Corria el año 1261: habíanse presentado al rey granadino comisionados de los moros de Andalucía, y en especial de casi todas las plazas que fueron conquistadas por Fernando III, como Jerez, Arcos, Medinasidonia, Rota y otras, y tambien de las del antiguo reino de Murcia, como Lorca y Mula, invitándole á aprovecharse del desconcierto general que en Castilla reinaba, no sólo para quedar libre él mismo del tributo que pagaba, sino tambien

para ayudarles á recobrar sus perdidas ciudades y su perdida independencia.

Estalló al poco tiempo una insurreccion general de los moros en las comarcas y poblaciones citadas, que se hallaban débilmente guarnecidas, y los cristianos «sufrieron el martirio de la espada,» como dicen los cronistas árabes; y áun los moros sevillanos entraron tambien en aquella conspiracion tan hábilmente preparada, é intentaron apoderarse de la misma esposa de Alfonso X, que moraba á la sazón en el alcázar de la reina del Bétis, aunque no pudieron conseguirlo; y áun «sobornaron otrosí á los moros de Sevilla — dice el P. Mariana — que con engaño ó dentro del palacio real matasen al rey.»

Afortunadamente los mismos walíes de esas plazas, que al fin recobraron su independencia, ofrecieron someterse al monarca castellano algunos meses más tarde, porque Alhamar, que no habia escarmentado con la triste suerte que cupo al rey sevillano Ebu-Abed-Al Motamid, el que llamó á los almoravides, habia llamado á los zenetas africanos, y les daba señalada preferencia sobre sus antiguos súbditos: recobráronse así las poblaciones que se habian sublevado; declaráronse amigos y aliados de Castilla los walíes de Málaga, Guadix y Comares; ganóse, en fin, de nuevo la fuerte plaza de Cádiz (fué tomada definitivamente en 14 de Setiembre de 1262, no en 1270, como dice el P. Mariana), con el auxilio de la flota castellana que mandaba el almirante García de Villamayor, quien sucedió al ilustre burgalés Bonifaz.

Aún consiguió D. Alfonso otro mejor triunfo: el mismo rey de Granada, al ver frustrados sus proyectos y desvanecida su esperanza de conquistar la Andalucía, y al ver que los walíes de las principales ciudades de su reino hacían tratos de amistad y alianza con el soberano de Castilla, presentóse á este humildemente para declarar que renunciaba á toda pretension sobre las plazas de Murcia, de la Bética y del Algarbe, y que se reconocía su tributario por una cantidad anual de 250.000 marcos de plata (50,000 ducados, dice el P. Mariana), con obligacion de asistir, como en tiempos del rey D. Fernando III, á las Córtes del reino.

Sin embargo, á principios del año 1273, contando Alhamar con el auxilio de algunos caballeros castellanos que se habían *desnaturado* de su patria, con arreglo al fuero, y pasado al servicio de aquél, entre ellos el infante D. Felipe, hermano de D. Alfonso, (aquél mismo que había sido nombrado administrador de la nueva diócesis de Sevilla), á causa de los disturbios que ya ocurrían en el reino, intentó reducir á la obediencia á los emires de Málaga, Guadix y Comares; mas estos, protegidos del de Castilla, pidieronle auxilio al saber que el granadino había llamado á los Beni-Merines africanos, y que se disponía á marchar con numerosa hueste contra el arraez de Guadix: movió Alfonso sus tropas, moviólas también Alhamar, y dióse batalla á corta distancia de Granada; mas ántes de concluida la jornada primera, el fundador de la postrera monarquía musulmana en España

fué atacado de repentina y mortal enfermedad, y espiró á los pocos dias.

Su hijo y sucesor Muhammad II presentóse poco despues en Sevilla para entablar tratos de paz, y fué restablecido el concierto que anteriormente se hubo celebrado entre el rey, su padre, y el rey castellano, obligándose aquel á pagar anualmente, en señal de tributo, 300.000 maravedises de oro.

Mas esto duró bien poco.

El rey Muhammad II que anhelaba reducir á la obediencia á los walfes rebeldes, aunque estuviesen protegidos por el rey de Castilla, terminada la breve trégua de un año que se habia añadido al concierto anterior, á propuesta de la esposa de D. Alfonso, la reina Doña Violante, llevó la guerra á Guadix y Málaga, y llamó en su auxilio á los fieros Beni-Merines africanos, cediéndoles desde luégo, por vía de prenda de amistad y sincera alianza, los fuertes de Algeciras y Tarifa.

No tardó mucho en arribar á la costa meridional de España otra infinita muchedumbre de africanos, como en los tiempos de los almorauides y almohades: era á la sazón rey de Fez y de Marruecos el célebre Yacub-Aben-Yussuf, y él mismo se puso al frente del ejército invasor, en la apariencia con el objeto de proteger al rey de Granada, y en realidad para hacerse dueño, si era posible, de la antigua España musulímica.

Tres ejércitos formó en las playas de Tarifa para llevar á cabo sus osados propósitos: marchó el primero hácia Sevilla, el segundo á Jaen

y el tercero á Córdoba; y éste último, al hallarse no léjos de la frontera, cerca de Ecija, con la pequeña hueste del conde D. Nuño de Lara, (*frontero* de Andalucía, ó sea *adelantado*, dice la *Crónica*) aquél que se habia opuesto á que el rey D. Alfonso redimiese el féudo del Algarbe, y que despues, alzando bandera de rebelion, se pasó al servicio de Alhamar, acometióla con salvaje encarnizamiento y la arrolló hasta los muros de Córdoba.

Allí murió peleando bizarramente el conde de Lara, y el emir africano, tal vez para ofrecer ejemplo digno de recordacion al rey de Granada, envió á éste, como trofeo sangriento de su victoria, la mutilada cabeza de aquel desgraciado caballero castellano.

Acaeció tan infausta derrota, en la cual perecieron, segun los cronistas árabes, 8.000 castellanos, en 1275.

¡Y esto sucedia cuando el rey D. Alfonso, ausente de España, gastaba los recursos de la nacion en sus desdeñadas pretensiones al imperio de Alemania! ¡Esto sucedia cuando el primogénito del monarca reinante, el príncipe don Fernando de la Cerda, que á la sazón gobernaba el reino en ausencia de su padre, exhalaba su último suspiro en Ciudad-Real, en Agosto del mismo año, y cuando se disponia al combate contra los victoriosos Beni-Merines! ¡Esto sucedia cuando las últimas palabras del moribundo infante fuéron sin disputa el gérmen seguro de turbulencias sangrientas en la nacion!

Empuñó las riendas del gobierno el infante

D. Sancho, hijo segundo del rey, y quiso en mala hora proseguir la campaña que su difunto hermano había iniciado; y mientras se hallaba en Sevilla dictando acertadas disposiciones para impedir los progresos que realizaban los africanos, el ejército de éstos, que había marchado contra Jaen, alcanzó otro sangriento triunfo en 21 de Octubre: el arzobispo de Toledo D. Sancho de Aragon, hermano de la reina Doña Violante, salió á pelear cerca de Martos, contra la hueste del caudillo Aben-Nasar, arraez de Málaga, y aunque la acometió con bizarría, mas con temeridad imprudente, fué arrollado y quedó muerto en el campo. Los feroces africanos mutilaron horriblemente el cadáver del desgraciado prelado.

«Prendieron al arzobispo D. Sancho (escribe el P. Mariana), y como quier que hobiese diferencia entre los bárbaros sobre de qual de los reyes sería aquella presa,... Atar, señor de Málaga, con la espada desnuda, le pasó de parte á parte, diciendo: *No es justo que sobre la cabeza deste perro haya contienda entre caballeros tan principales.* Muerto que fué, le cortaron la cabeza y la mano izquierda, en que tenía el anillo pontifical.»

Así encontró el reino D. Alfonso X cuando regresó á Castilla, hácia el mes de Setiembre, sin la ambicionada corona de Alemania.

Verdad es que el emperador de Marruecos, previsor y prudente, creyó oportuno aceptar una tregua que el infante D. Sancho le propuso, y se retiró á sus plazas fronterizas de Tarifa y Algeciras.

III.

Crítica era la situación del reino.

Mientras el infante D. Sancho pretendía el título de heredero de la corona, los hijos del difunto infante D. Fernando de la Cerda, Alfonso y Fernando, tenían en la corte un partido numeroso, á la cabeza del cual se hallaba la misma reina Doña Violante, y ésta, cuando las cortes de Segovia, en 1276, reconocieron y juraron á D. Sancho como heredero y sucesor de su padre, huyó con sus dos jóvenes nietos y con la madre de éstos, Blanca de Francia, á la corte de su hermano D. Pedro III de Aragón, *el Grande*; y cuando el infante D. Fadrique, hermano del rey, se preparaba á marchar á Zaragoza, acompañado de un noble riojano, D. Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, el enojado monarca de Castilla, olvidando su prudencia y hollando los fueros de la humanidad y de la justicia, mandó á su hijo Sancho que los prendiera y les diese horrible muerte: el Ruiz fué quemado vivo, en Treviño, y el desventurado infante don Fadrique murió estrangulado, según la *Crónica* de Alfonso X, en un calabozo del castillo de Burgos.

Entonces emprendió D. Alfonso su desgraciada expedición á Algeciras.

Juntó dos ejércitos de mar y tierra que cercaron por completo la plaza, aquella plaza por donde habían entrado en España los moros de Tarik y Muza, y atacáronla repetidas veces; mas

el rigor del verano, y la miseria y escasez que reinaban en el campo y en la armada cristiana, produjeron el desarrollo de enfermedades perniciosas, que ocasionaron la muerte de innumerables soldados castellanos.

Y como la plaza se resistiese heroicamente, aunque los sitiados sufrian privaciones sin cuento, Jacob Aben-Yussuf, el emperador de Marruecos, que habia regresado anteriormente á Africa, apareció de repente en las aguas del Estrecho con una pequeña flota de ligeras naves, sorprendió á la poderosa armada castellana (que constaba de 24 navíos y 80 galeras), incendióla y pasó á cuchillo á casi todos los tripulantes; y desembarcando luégo los vencedores con las teas incendiarias en la mano, atacaron el campamento del infante D. Pedro, hijo tercero del rey, que era el jefe de la expedicion, y le redujeron á cenizas.

A duras penas logró huir el ejército de tierra, dejando abandonada su numerosa impedimenta que cayó en poder de los audaces africanos.

«Dió la vuelta el ejército (dice severamente el P. Mariana), con mucha deshonra y pérdida de gente.....»

Dos expediciones más, nada provechosas para el reino de Castilla, dirigió el mismo infante D. Sancho contra los moros de Granada, en 1280 y 1281: en la primera, víctima el ejército castellano de la inexperiencia y el arrojo de su jefe, quedaron tendidos en el campo más de 3.000 soldados, y entre ellos los mejores caballeros

de la milicia de Santiago, y herido mortalmente su gran maestro; en la segunda, habiéndose atrevido el infante D. Sancho á llegar hasta la vega de Granada, aunque en esta ocasion iba al frente del ejército el mismo rey D. Alfonso X, fué abandonado aquel por la hueste que le seguia, cuando le acometieron briosamente las tropas de Mohammad II, y expuesto estuvo el heredero de la corona de Castilla á quedar en poder del enemigo.

No señala la historia ningun otro hecho importante en el reinado de este monarca, con relacion á la Reconquista: quiso aún volver á guerrear contra el rey de Granada, sin duda con la esperanza de obtener algun triunfo ruidoso que hiciese olvidar sus fracasadas expediciones anteriores y el infausto sitio de Algeciras; pero la nacion estaba empobrecida, y no le fué posible allegar los recursos necesarios.

¡A tal extremo habia llegado el reino de Castilla, por causa de las insensatas aspiraciones de D. Alfonso al imperio de Alemania, y á tal extremo le habian conducido las prodigalidades, por no decir dilapidaciones, del infante D. Sanchol

IV.

Por demás desgraciado fué el rey D. Alfonso X en los últimos años de su vida.

Empezó su reinado ocasionando grandísimos disgustos al pueblo, por haber alterado el precio de la moneda, que era escasa entónces á

causa de las dilatadas guerras habidas en el reinado precedente, y concluyó, digámoslo así, por donde habia comenzado; esto es, pidiendo á las Córtes de Sevilla, reunidas en 1281, que realizasen la alteracion de la moneda, y disponiendo que se acuñasen dineros de plata y cobre de ménos peso que los corrientes, pero con el mismo valor.

Intentó ademas romper la unidad de la patria, proponiendo á las Córtes citadas, y áun á su hijo D. Sancho, que creasen un reino independiente en Jaen para su nieto D. Alfonso, el primogénito del difunto D. Fernando de la Cerda.

Entónces estallaron sériamente las disidencias que ya de antiguo existian entre el monarca reinante y su heredero presuntivo: éste, dando pruebas de ingratitud insegura, justo es confesarlo, así como los otros infantes, se declaró en abierta rebelion contra su padre, y los tres formaron alianza con el rey de Granada Muhamed II, y despues con el de Aragon D. Pedro III y el rey D. Dionis de Portugal, cuñado y nieto, respectivamente, del rey *Sábio*; y escusado es decir que se les unieron los principales ricos-hombres y caballeros del reino.

¡La misma reina Doña Violante hizo causa comun con los principales rebeldes contra su abandonado esposo!

Las Córtes de Valladolid, convocadas por D. Sancho en 1282, dictaron sentencia: el rey D. Alfonso X fué privado de la autoridad real, y aquel infante fué proclamado rey legítimo de Castilla y de Leon.

El monarca depuesto pidió auxilio á los reyes de Inglaterra y Francia y al papa Martin IV, y luégo, ante el abandono en que le dejaron los monarcas cristianos, «ca non se dolian de las mis cuitas,» como él mismo nos dice, dirigióse al emperador de Marruecos, que era Yussuf-Aben-Jacob, por medio de humilde carta dirigida á D. Alonso de Guzman, quien residia en la capital del imperio marroquí, y «que era estimado mucho del rey moro, y que le hizo capitán de sus gentes.»

No le sirvió de mucho el auxilio de los Beni-Merines africanos, aunque Yussuf, que vino á España y conferenció con D. Alfonso de Zahara, le trajo un crecido socorro de 60.000 doblas de oro y un ejército auxiliar.

Por último: habian llegado los dias postreros del desventurado hijo primogénito de San Fernando.

Enfermó gravemente en Sevilla, á principios de Abril de 1284, y rindió su espíritu al Creador, con perfecta resignacion cristiana, despues de haber perdonado á todos los rebeldes, aún á su hijo D. Sancho.

Es de notar que en su segundo y último testamento (publicado por Cascales, en sus *Discursos*, y recientemente en el *Memorial histórico*, tomo II), otorgado en Sevilla á 22 de Enero de 1284, declaró heredero de la corona á D. Alfonso de *la Cerda*, su nieto, hijo primogénito del ya citado infante D. Fernando.

«Lo que le distingue de todos los monarcas de España, dice el Sr. Lafuente (que no se

muestra muy benévolo con dicho rey), es el renombre de *Sábio* que tan merecidamente alcanzó,..... ni á ninguno se dió tan justamente como á él..... Apénas se comprende, en verdad, áun teniendo la certidumbre que de ello tenemos, cómo en medio de la agitada vida de las campañas, al traves de tantas turbulencias, de tantas rebeliones, de tanto trabajo y moralidad, y de tantas negociaciones políticas, tuviera tiempo para ser legislador, filósofo, historiador, matemático, astrónomo y poeta. Como legislador establece la sociedad del derecho, con el *Fuero Real de España*..... y termina, y acaba, y deja á la nacion como un precioso regalo para el porvenir el libre código de las *Siete Partidas*, la obra más grande y colosal de la Edad Media, y el monumento que nos asombra todavía, al cabo del trascurso de seis siglos. Como historiador, enriquece la lengua y la literatura castellana, con una historia general que con el nombre de *Crónica general de España* constituye una de las glorias literarias de nuestra nacion. Como matemático y astrónomo, manda componer las famosas *Tablas Astronómicas*, que por la mayor parte que en su formacion tuvo el mismo monarca tomaron el nombre de *Alfonsinas*. Como poeta, hace la erudicion y ostenta las galas que admitia ya el habla castellana en sus *Cántigas* y en sus *Querellas*.»

Este es el mejor panegírico que se puede hacer del décimo de los Alfonsos.

Porque tampoco se puede hacer otro,.

CAPITULO XV.

Reinado de D. Sancho IV, *el Bravo*.—Invasión de los Beni-Merines.—Disturbios en Castilla.—Conquista de Tarifa.—Alonso Perez de G.azman, *el Bueno*.—Reinado de D. Fernando IV, *el Emplazado*.—Nuevos disturbios.—Conquista de Gibraltar.

I.

En Toledo, la antigua capital del imperio godo, que continuaba siendo la capital de la monarquía castellana desde el rey Alfonso VI, no obstante la conquista de Córdoba y de Sevilla por el glorioso D. Fernando III, y á pesar del célebre título de *Caput Castellæ* que ya ostentaba en su escudo de armas la insigne Búrgos; en Toledo, decimos, el 30 de Abril de 1284, fué proclamado solemnemente rey de Castilla y de Leon el turbulento infante D. Sancho, y reconocido y jurado por los prelados, ricos-hombres, nobles y pueblo, «si bien el derecho era dudoso,» como dice el P. Mariana.

Si la Providencia, en sus altos juicios, no hubiese limitado la vida de este monarca, como en castigo de la rebelion del hijo ingrato contra el padre bondadoso y digno, aunque débil, y si durante el breve reinado de D. Sancho no hubiesen estallado deplorables turbulencias en Castilla, promovidas por algunos ambiciosos magnates, y principalmente por el infante don Juan, nieto desnaturalizado é indigno del heróico

San Fernando, habríase llegado, lícito es sospecharlo, hasta las postreras etapas del largo camino de la Reconquista: tal era la resolución, el noble empeño del esforzado y animoso monarca.

Amenazaba á la Península una nueva invasión de ismaelitas africanos, los *Beni-Merines* ó merinitas, al mando del rey de Marruecos Aben Yussuf, que odiaba igualmente á los cristianos de Leon y de Castilla y á los musulmanes granadinos que obedecian á Muhammad II; y cuando el embajador de aquél se presentó en Sevilla para ofrecer al rey castellano ó la alianza y amistad que habia pactado con D. Alfonso X, ó la guerra, dióle el bravo D. Sancho esta célebre y conocida respuesta: «Decid á vuestro señor que en una mano tengo el pan y en la otra el palo: que escoja lo que quiera, porque me hallo dispuesto á todo.»

No pasaron muchos meses sin que el rey africano se decidiese por la guerra: á principios del año 1285 desembarcó en Algeciras un ejército de merinitas y zenetas al mando de Aben Yacub, hijo del rey de Marruecos, y talando los campos, apoderándose de poblaciones importantes y llevando el terror á las comarcas más florecientes de Andalucía, avanzó rápidamente hasta los mismos muros de Sevilla, aunque sin atreverse á poner sitio á la plaza.

Y el rey D. Sancho, que dió en esta ocasion honrosa prueba de sagaz político, de caudillo prudente y de guerrero animoso, cuando tuvo reunido un ejército imponente y las galeras

castellanas, al mando del almirante genovés Benito Zaccharia, cruzaban por las aguas del Estrecho para impedir la llegada de nuevos combatientes africanos, dirigióse en busca de los Beni-Merines, recobró las poblaciones que éstos habían tomado, levantó el abatido espíritu de los habitantes, y no paró hasta dar vista á las murallas de Algeciras, en cuya plaza se habían encerrado los poco ántes atrevidos invasores.

Si el bravo monarca, rechazando los interesados consejos de su hermano el del infante Juan y del señor de Vizcaya, D. Lope Diaz de Haro, funestos personajes que tantos disturbios promovieron en el reino desde aquella misma época, hubiese dado la batalla en los campos de Jerez á los amedrentados africanos, que se retiraron inmediatamente á Algeciras, « porque no quisieron pelear (dice un historiador árabe, citado por Conde) con gente tan osada, y con un rey jóven, belicoso, lleno de esperanzas y libre de todo temor, » bien se puede asegurar que habria caído en poder de los castellanos aquella misma plaza en cuyo puerto desembarcaron, 573 años ántes, las huestes de Tárik y Muza, y más tarde los feroces almoravides y los almohades.

Pero la conquista de Algeciras estaba reservada por la Providencia al valeroso Alfonso XI, el vencedor en la batalla del Salado.

Sin embargo, la historia debe añadir esta acusacion á los muchos cargos que pesan sobre la memoria del infante D. Juan y de D. Lope Diaz de Haro: estos magnates que tenian á sus

órdenes la brillante caballería castellana, sin la cual no se podía acometer á los Beni-Merines, que contaban con 12.000 jinetes escogidos, aunque «el rey D. Sancho les hizo muchas pletesías» (como dice la crónica), porque «era ome de gran corazon,» para «que fueran con él á aquella batalla,» nunca lo quisieron consentir, «mas antes dijeron que si se non viniese con ellos, que ellos se vernian á Sevilla.»

Malogróse por la deslealtad de aquellos infaustos personajes el éxito de esta primera expedición de D. Sancho, como rey de Castilla, contra los africanos invasores.

II.

«¡Cosa que pone grimal!» exclama el P. Mariana al reseñar minuciosamente los disturbios que desde entónces, y por espacio de cinco años, ocurrieron en Castilla.

Con el suceso que dejamos referido, aquellos dos revoltosos magnates dieron principio á lalarga serie de sus deslealtades y traiciones: el infante D. Juan, declarándose desde luégo en manifiesta hostilidad, y el conde D. Lope de Haro, apoderándose de todos cuantos castillos, honores y mercedes ambicionaba, porque llegó á adquirir una influencia incomprensible en el ánimo del rey, hasta que se declaró traidor al condescendiente monarca, excitada la envidia de muchos nobles y magnates, produjéronse turbulencias sangrientas en diversas partes del reino.

«Que no hay peor cosa para un príncipe (ob-

serva oportunamente otro cronista) que caer aprisionado en las redes de astutos favoritos; porque entónces el reino entero es poco y pequeño para saciar la ambicion de esos hombres.»

A tal punto llegó la audacia de D. Lope de Haro, que cuando el infante D. Juan paseaba su pendon rebelde por las comarcas de Leon, talando los campos y acometiendo insanamente las villas y lugares que pertecian á la Corona, aquel desleal caballero, al mismo tiempo que recibia del rey D. Sancho las más grandes mercedes, no vaciló en decirle con descaro inaudito: «Yo he mandado al infante que se alce en rebeldía, y os haga la guerra.»

Este hecho, que no se podria creer si no estuviere consignado textualmente en la *Crónica* contemporánea de D. Sancho IV; demuestra hasta qué punto habia dominado al monarca el arrogante favorito; y lo extraño es que el rey nada tenía de débil y ménos de clemente, «porque la manera rápida y brusca con que solia hacer justicia por su propia mano, (dice el señor Lafuente) correspondia bien al sobrenombre de *Bravo* con que le designa su historia,» y así es verdad: él sosegó las alteraciones de varios pueblos, «matando á los descontentos, desheredando á otros y tomándoles sus haciendas;» él se alegró en gran manera, *plügole ende mucho*, de la misteriosa muerte del presuntuoso y versátil abad de Valladolid, D. Gomez García, que estaba preso en Toledo por haberse ofrecido á secundar ciertas negociaciones que traia

entre manos el rey de Francia Felipe, *el Hermoso*, para conseguir que el de Castilla, separándose de su esposa Doña María de Molina, contrajese nuevo matrimonio con alguna de las hermanas de aquel soberano; él, en fin, para no aumentar ejemplos innecesarios, redujo á la obediencia á los que en Badajoz proclamaron rey al príncipe D. Alfonso de la Cerda, hijo primogénito de aquel infante D. Fernando, hermano mayor de D. Sancho, que murió prematuramente, mandando que «matasen á todos los bejaranos (tal se llamaban los partidarios de dicho príncipe), y mataron entre omes y mujeres bien cuatro mil ó más.»

Pero el mismo D. Lopez Diaz de Haro, con su soberbia y con su cinismo, dictó su propia sentencia de muerte: en las Córtes de Alfaro, celebradas en 1288, á las cuales asistían casi todos los magnates que «corrieron las tierras de Castilla» con bandera de rebeldes, halló el castigo de sus graves culpas.

El infante D. Juan, que arremetió espada en mano á los defensores leales del rey, fué preso y encerrado luégo en el castillo de Búrgos, y el hijo primogénito de D. Lope, que pretendió amparar á su padre, fué golpeado por el mismo rey tan duramente en la cabeza, que allí quedó tendido en la sala como muerto.

Tal fin tuvo la privanza del señor de Vizcaya: disimuló el rey, «porque tenía miedo (dice un cronista) á quien tanto habia engrandecido,» y cuando halló la ocasion oportuna, ni un sólo instante dilató la venganza.

¿Quién no sospecha que despues de estas escenas trágicas se consiguiera la pacificacion del reino, como resultado de saludable escarmiento?

Pues precisamente sucedió lo contrario: el rey de Aragon, que entónces era Alfonso III, dió libertad á los infantes de la Cerda, presos hacia largo tiempo en la fortaleza de Játiva; los vizcainos y no pocos castellanos proclamaron rey al mayor de aquéllos, al príncipe D. Alfonso; Badajoz y acaso Avila, Talavera y otras poblaciones importantes, alzaron tambien bandera de rebelion; encendióse casi todo el reino, digámoslo de una vez, en sangrienta guerra, suscitada y mantenida por traidores, por descontentos y por aventureros.

¡A tal extremo se hallaba reducida Castilla, por las funestas rebeliones del infante D. Juan y por la debilidad del monarca ante la ambicion insaciable del conde D. Lope de Harol

Y para que nada faltase, el mismo rey aragonés, haciendo causa comun con los rebeldes, proclamó en Jaen al príncipe de la Cerda como rey de Castilla, con el nombre de Alfonso XI.

Pero el monarca D. Sancho no se acobardaba, aunque habia caido en la privanza del revoltoso magnate D. Juan Nuñez de Lara, despues de la trágica muerte del de Haro: al frente de lucido ejército invadió los Estados del aragonés, si bien procurando no jugar la suerte de su corona á los azares de una batalla; envió contra los sublevados vizcainos al valeroso caballero Ruy Paez de Sotomayor, que murió heróica-

mente en reñida pelea, cerca de Cuenca; tomó plazas y fortalezas ocupadas por los rebeldes, y castigó severamente á los sediciosos y á los malhechores que perturbaban el país, y aún á las autoridades complacientes ó débiles, como en Toledo, que no habian sabido castigarlas.

La *Crónica* del Rey D. Sancho, debida á autor contemporáneo, da noticias, aunque no muy detalladas, de los castigos que aplicó el monarca á los revoltosos.

III.

Hemos llegado á la conquista de Tarifa.

¡Parece como que se siente gratísimo deseo de dejar correr la pluma en la reseña de algun hecho glorioso, despues de haber referido las anteriores escenas de innobles deslealtades y vergonzosas miserias!

Era el año 1292, y estalló la guerra entre Mohammah II, rey moro de Granada, sucesor de aquel Alhamar, fundador del reino, que asistió á la conquista de Sevilla y á la ruina del imperio de los almohades como vasallo de Fernando III, y el nuevo rey ó emir del Mabgred, Yussuf Ben Jacob, tan valiente é impetuoso como su padre.

El soberano de Castilla supo aprovecharse de las discordias que existian entre los musulmanes españoles y los africanos: ayudó al granadino y acometió con su flota, al mando del genovés Zaccharia, la flota de los marroquíes, y obligó á éstos, quemando sus naves á la vista

de Tánger, á huir hácia el interior del imperio.

El castellano intentó poner cerco á Algeciras, aún guarnecida por los Beni-Merines; mas se decidió luégo, por consejos de experimentados capitanes, apoderarse de Tarifa: á las pocas semanas de estrecho sitio, de djarios ataques por mar y tierra, de proezas y hechos heroicos cuyo relato no cabe en estas breves páginas, el ejército cristiano la tomó al asalto, y entró en ella como esforzado conquistador, siguiendo al victorioso monarca, el dia 21 de Diciembre del citado año 1292.

Después de cerca de seis centurias, los indomables iberos habian logrado recuperar aquella plaza fronteriza, por la cual entraron en la península ibérica las tropas invasoras de Tarik y de Muza ben Zeyad ó Ziyad, en el año 711 de Jesucristo, ó sea en el 92 de la Hegira.

¿Quién habia de decir que los muros de la misma plaza habian de ser testigos, dos años más tarde, de la acción más indigna y del hecho más heroico que registran los anales de nuestra patria, en aquella época?

El revoltoso infante D. Juan, libre de la cárcel en que yacía, por el mismo rey D. Sancho, alzó otra vez pendones contra su hermano y libertador, y ofreció al derrotado emir de Marruecos Yussuf Ben-Yacub, devolverle la fortaleza de Tarifa, defendida á la sazón por el insigne caballero Alonso Perez de Guzman: al frente de soberbio cuerpo de jinetes y peones merinitas, el traidor príncipe castellano combatió rudamente la codiciada plaza, y no pudo rendirla.

Echó mano entónces de un recurso villano, cobarde y cruel: apoderóse de un tierno niño hijo del defensor de la plaza, y dirigió al padre, por escrito, éstas ó parecidas palabras: «O se rinde Tarifa ó sacrificio á tu hijo;» y el heróico Perez de Guzman, ahogando la voz del corazón con la voz del deber y del patriotismo, contestóle en seguida: «Tarifa no se rinde, aunque sacrifiques á mi hijo; sacrificalo, cobarde y villano, y ahí va mi puñal para que le claves en su garganta, por si el tuyo está embotado con tus traiciones y rebeldías.»

Y arrojó su cuchillo al campo del desleal sitiador.

Hé aquí las frases de la *Crónica*:

«... Y el Infante D. Juan tenía un mozo peoño, hijo deste D. Alonso Perez, y envió á decir á este D. Alonso Perez que le diese la villa, si non que le mataria él su hijo... Y D. Alonso Perez le dijo, que la villa que la tenía por el rey y que non gela daria; que quanto por la muerte de su hijo, que él le daria el cuchillo con que le matase; y lanzóles de encima del adarve un cuchillo y dijo: que ántes queria que le matasen aquel hijo, y otros cinco si los toviese, que non darle la villa del rey su señor, de que le hiciere omenage. Y el infante D. Juan, con saña, mandó matar al hijo ante él.»

El infame príncipe cumplió su horrible amenaza: asesinó al tierno vástago de Alonso Perez de Guzman con el cuchillo del padre de la inocente víctima, y cortándole despues la cabeza, arrojóla por medio de una máquina á las mura-

llas de la plaza, desde donde el magnánimo Guzman y muchos caballeros castellanos presenciaban aquel inaudito acto de sanguinario despecho. ¿Qué español ignora este suceso, que ha sido cantado por los poetas y reproducido por los artistas?

Tarifa no se rindió, y el bárbaro verdugo del hijo de Guzman *el Bueno*, título que dieron desde entónces al defensor de la plaza el rey don Sancho y la reina Doña María de Molina, y que la posteridad ha confirmado, levantó el cerco y huyó vergonzosamente.

IV.

Contados estaban los dias de D. Sancho *el Bravo*.

Había contraído, mientras sitiaba á Tarifa, una insidiosa enfermedad, contra la cual luchó rudamente por espacio de dos años la robusta naturaleza del jóven monarca; mas venció aquella, y éste adoleció gravemente en Diciembre de 1294, hallándose en la histórica Complutum.

Por fin, despues de haber otorgado testamento (que puede leer el curioso en la *Crónica citada*), instituyendo por heredero de la doble corona de Leon y Castilla, á su hijo primogénito el infante D. Fernando, que á la sazón tenía nueve años (había nacido en 1286) bajo la tutela de la reina Doña María de Molina, á quien nombraba gobernadora de los reinos durante la memoria de aquel príncipe, hizose tras-

ladar á Madrid, y despues á Toledo, para exhalar su último aliento en la madrugada del 26 de Abril de 1295.

Tenía D. Sancho IV apenas treinta y seis años de edad.

Dejó siete hijos legítimos y tres ilegítimos, segun dice el P. Florez en su conocida obra *Reinas Católicas*.

CAPÍTULO XVI.

Don Fernando IV y Doña María de Molina.—Sitio de Algeciras y toma de Gibraltar.—Alfonso XI.—Nuevas revueltas.—Irrupción africana.—Desgraciado combate naval.—El Salado.—Conquista de Algeciras.—Sitio de Gibraltar.

I.

¿Cómo bosquejar siquiera en breves líneas, y aún desviándonos del principal objeto de este libro, las civiles contiendas y vergonzosas alteraciones que promovieron en Castilla ingratos y soberbios magnates, durante la menor edad del hijo de D. Sancho *el Bravo*?

Al repasar las crónicas de aquellos dias, el hombre más despreocupado, como ahora se dice, ó más excéptico, no puede ménos de experimentar sensacion de angustia, y aún de repugnancia: rebélase de nuevo aquel degenerado é indigno nieto de San Fernando, que habia asesinado, ante los muros de Tarifa, al inocente hijo de Guzman *el Bueno*, y solicita el apoyo del emir granadino para proclamarse rey de Castilla; rebélase el aventurero infante D. Enri-

que, ya viejo, hijo del conquistador de Córdoba y Sevilla, que, ausente por espacio de muchos años, tomando activa parte en los disturbios de Sicilia, había regresado á su patria hácia los últimos años del reinado anterior, y aspiraba quizás ahora á destronar al monarca legítimo; rebélanse los condes de Haro, apoderándose de Vizcaya, favorecidos por el rey de Aragon, y los traidores Lara, á quienes el rey difunto, postrado ya en su lecho de muerte, había suplicado, tal vez con misteriosa intuición de lo porvenir, que siempre fuesen fieles á su hijo; rebélanse, en fin, el gran maestre de Calatrava y muchos desagradecidos próceres, adhiriéndose al movimiento desleal que habían emprendido aquellos otros nobles.

Y para que nada faltase, para que llegára hasta el último extremo la crítica situación del reino, los reyes de Aragon, de Navarra, de Portugal, de Francia y áun el rey moro de Granada, confabulándose contra el jóven monarca de Castilla, alzaron pendones por el príncipe D. Alfonso de la Cerda: un ejército aragonés, reforzado con los descontentos que acaudillaba el indigno infante D. Juan, y conducido por el infante D. Pedro, entraba en la insigne capital de los Alfonsos, y proclamaba en 1295 rey de Leon y de Galicia al príncipe de Aragon, y rey de Castilla á D. Alfonso de la Cerda.

Y en el año siguiente, el rey de Portugal acercábase á Valladolid, córte á la sazón de don Fernando IV, y dirigía arrogantes amenazas á los leales defensores del rey legítimo.

Tal era el continuo tráfago (dice exactamente un historiador, despues de reseñar estos y otros deplorables acontecimientos) de rebeliones, de revueltas, de guerras que habia en Castilla, más fácil de comprender que de describir.

Pero brillaba en medio de aquel confuso y desordenado caos la magnánima figura de la reina Doña María de Molina, viuda de D. Sancho IV y madre del rey niño: empuñando con mano firme las riendas del gobierno, sin acobardarse ante las traiciones y rebeldías de los próceres ambiciosos, apoyada en el amor de los pueblos y en la lealtad de los concejos leoneses y castellanos, pues unos y otros dieron entónces insigne muestra de patriotismo, rindió por la fuerza de las armas á los más exaltados, juntó ejércitos que pelearon animosamente por los derechos de su hijo y por la integridad de la patria, hizo alianzas amistosas con los mismos que más arrogantes se mostraban, concertando el matrimonio del jóven rey con la princesa Doña Constanza de Portugal, y supo, en fin, sacar incólume, á traves de aquel revuelto piélagos de traiciones, de revueltas y de infamias, el sagrado depósito que habia recibido, el poder real, y entregarlo á su hijo en las Córtes de Valladolid y luégo en las de Medina del Campo.

La posteridad ha ceñido de esplendente aureola el nombre de aquella egregia reina: ella, como Berenguela de Castilla, la noble madre de D. Fernando III, y como Isabel *la Católica*, la heroína de Granada, es una de las glorias más puras de la patria.

El ánimo del historiador, al contemplar esa magnífica figura que descuella luminosa y radiante en el sombrío cuadro de perfidias que acabamos de bosquejar, siente inefable consuelo y concibe lisonjera esperanza en los destinos futuros de esta patria querida.

II.

Cuando fuéron convocadas las Córtes de Valladolid, en 1308, la situación política de Castilla era ya muy diferente: el aragonés había ajustado paces con D. Fernando IV, después de fracaso de su ejército ante los muros de Mayorga; el granadino Muhammad III, el mismo que fué luego destronado por su hermano Nazar, pidió también la paz y se declaró, como su padre y su abuelo, vasallo de Castilla; el viejo y turbulento infante D. Enrique había fallecido tres años antes, y el infante D. Juan, aunque dispuesto á consumir nuevas traiciones, se mantenía fiel al monarca; los Haros y los Laras, si bien nunca satisfechos, porque su ambición era insaciable y desmedida su soberbia, estaban por entonces sometidos; el mismo príncipe D. Alfonso de la Cerda, aquél que había sido proclamado rey de Castilla en dos distintas ocasiones y que continuaba siendo un pretexto para inícuca guerra de banderías, vendió sus derechos á la corona por una renta vitalicia, así como su hermano D. Fernando, y ambos rindieron pleito homenaje al hijo y heredero de D. Sancho IV, *el Bravo*.

El rey, que ya tenía cerca de veintidos años de edad, y sobrada inteligencia para comprender que era preciso apagar las rencillas, fundiendo todos los bastardos sentimientos de los revoltosos magnates en el amor á la patria, en la aspiracion al engrandecimiento de la patria, proclamó en las mismas Córtes de Valladolid la política tradicional de sus antecesores, y enarboló pendon de guerra contra los musulmanes granadinos, á la vez que el nieto de D. Jaime *el Conquistador*, marchaba sobre Almería.

Gibraltar, aquella imponente fortaleza de *Gebal-Tarik*, en la cual se habian parapetado, seis siglos ántes, los primeros invasores mahometanos, para caer en seguida, como inmensa bandada de aves de rapiña, sobre los valles y montañas de la península ibérica, fué cercada por el ejército castellano, combatida réciamente, tomada, en fin, al asalto, en Agosto del año siguiente.

Y Algeciras, la primera tierra española que habian hollado con su planta los sectarios de Mahoma, cercada tambien por el valeroso ejército castellano y tambien rudamente combatida por espacio de tres meses, habria caido en poder de D. Fernando IV, si el indigno infante D. Juan no hubiese consumado una nueva traicion y cobarde felonía, abandonando el real del sitio al frente de los nobles y hombres de armas que estaban á su servicio.

Añadiéronse á este hecho otras causas más graves: temporales horrorosos, escasez de provisiones, una epidemia asoladora que invadió al

ejército, sin perdonar á los más altos magnates, y áun proposiciones de paz que habia presentado el emir agareno, y que fuéron, por último, aceptadas en el campo castellano.

En efecto: D. Fernando IV levantó el cerco, aunque protextando con bizarra entereza, que «antes queria allí morir (dice la *Crónica*) que no levantarse dende deshonorado,» y Muhammad III le cedió algunas plazas fronterizas, pagóle una fuerte suma (50.000 doblas de oro) y se reconoció nuevamente como vasallo de la corona de Castilla.

¡Desgraciado monarca granadino! Una sublevacion de sus inquietos súbditos, exasperados por este pacto, le arrojó bien pronto desde los espléndidos salones de la Alhambra á las oscuras mazmorras del castillo de Almuñecar.

La última expedicion del rey D. Fernando IV fué dirigida contra Alcaudete, importante plaza en la frontera del reino granadino, que habia sido sitiada por el jóven infante D. Pedro de Castilla, hermano del monarca: Alcaudete se rindió á las armas castellanas en Agosto de 1312, despues de largo sitio y porfiados combates; mas Fernando IV, sintiéndose enfermo de gravedad, hubo de retirarse del campo ántes del triunfo y dirigirse á Jaen.

Allí estuvo algunos dias, «non se queriendo guardar—como dice la *Crónica*—y comia carne, y bebia vino,» hasta que el 7 de Setiembre, «habiendo comido—refiere otro cronista—se fué á dormir, y cuando entraron á despertarle, le hallaron muerto.»

¿Quién ignora que la posteridad ha dado á este monarca el sobrenombre de *Emplazado*? La causa es vulgar, de puro sabida: uno de los favoritos del rey, D. Juan de Benavides, fué asesinado en Palencia, cuando salia del real alcázar, y los asesinos, que fuéron dos, quedaron desconocidos; hallándose D. Fernando en Martos, de paso para el real de Alcaudete, condenó á muerte, á ser despeñados de la célebre roca de Martos, á dos caballeros principales de Andalucía, llamados *los Carvajales* (D. Pedro y D. Juan), como autores de aquel misterioso asesinato; emplazaron éstos al iracundo monarca, «porque los mataba con gran tuerto,» ante el tribunal de Dios, único infalible y de recta justicia, en el término de treinta dias; y efectivamente: D. Fernando IV falleció cuando ménos podia esperarse, cuando se disponia á emprender una expedicion contra los moros malagueños, al cumplirse el plazo fatal que le habian señalado aquellos dos infelices caballeros.

De este suceso, que parece sombría leyenda, más que página histórica, no se puede dudar con fundamento, y aunque la tradicion no lo conmemorase fielmente á traves de los siglos, siempre aparecerá consignado en dos crónicas contemporáneas, escritas casi por testigos presenciales: la del infante D. Juan Manuel (*España Sagrada*, tom. II), y la del mismo rey D. Fernando IV *el Emplazado*, escrita en los primeros años del reinado de D. Alfonso XI.

A su muerte, el rey D. Fernando tenía veinte y cinco años de edad, y aquél, su hijo y suce-

sor en el trono, aún no había cumplido trece meses.

¡Otra memoria larga y desastrosa para el reino castellano!

III

Nos faltarian las fuerzas, si el espacio no nos faltase, para referir aquí la encadenada serie de rebeldías, agitaciones y turbulencias y desastres de todo género que volvieron á fermentar en Castilla: á tal extremo llegaban éstos, cuando el régio huérfano empuñó las riendas del gobierno, en 1325, á los catorce años de edad, que «en nenguna parte del reyno— escribe el autor de una *Crónica* contemporánea— non se facia justicia con derecho..... et tanto era el mal que se facia en la tierra, que aunque fallasen los omes muertos por los caminos, non lo avian por extraño..... nin avian por extraño los furtos, et robos, et daños, et males que se facian.....»

A tal colmo de desdichas contribuyeron en gran manera dos tristes sucesos: el temprano fallecimiento de la madre del rey-niño, Doña Constanza de Portugal, que aconteció en Sahagun, en 1313, y el de la egregia viuda de don Sancho IV y madre y tutora de D. Fernando *el Emplazado*, la reina Doña María de Molina, que ocurrió en Valladolid, en 1321, cuando su augusto nieto acababa de cumplir diez años.

Hasta en sus postreros momentos ofreció esta excelsa reina un ejemplo insigne de su sagaz

prevision y de prudencia exquisita ; rendida ya en su lecho de muerte, confió la tutela y la custodia del rey-niño á «los caballeros, regidores, fijosdalgos y omes buenos» de Valladolid, despreciando á los ambiciosos infantes y turbulentos próceres, que se hacian ruda guerra por la tutoría del monarca.

Excusado es decir que el ejemplo más señalado de todas las veleidades y rebeldías que entónces se contaron, y no fuéron pocas, ofrecióle, como en los dos reinados anteriores, el siempre levantisco infante D. Juan.

Pero ahora lavó con su sangre, generosamente vertida en el campo de batalla por la honra de la patria, el sello de ignominia que habian impreso en su escudo las traiciones de Tarifa y del cerco de Algeciras: mientras el bravo infante D. Pedro de Castilla, el vencedor en Alcaudete, despues de haber ganado la batalla de Fortuna, en 1316, y tomado á viva fuerza algunos castillos de la frontera granadina, entraba de nuevo por tierras de Jaen en los dominios de Ismail I, sucesor del destronado Muley Nazar, el infante D. Juan, ya en edad avanzada, pero siempre valeroso, y emulando la gloria que alcanzaba su sobrino, invadió tambien, por la frontera sevillana, los Estados del emir mahometano, á la cabeza de un ejército de bravos guerreros de Castilla.

En la vega de Granada, á la vista de la encantadora ciudad de los Alhamar y Mohammed, uniéronse las dos huestes de Castilla; el ejército de Ismail aceptó la batalla; peleóse con encar-

nizamiento por ambas partes; cedieron, en fin, los castellanos al inmenso número, no al valor, de los infieles, y allí quedaron muertos, en lo más reñido del sangriento combate, los dos infantes que mandaban las legiones castellanas: el jóven D. Pedro, hijo de D. Sancho IV, y el anciano D. Juan, hijo de D. Alfonso X.

¡Desde la rota de Alarcos no habia presenciado Castilla una catástrofe semejante!

¡Gran pérdida fué para el reino la muerte de jóven y ya esclarecido guerrero D. Pedro de Castilla, en cuyo noble corazon habia hecho germinar la excelsa Doña María de Molina, madre del malogrado infante, los sentimientos más generosos y amor sincero á la virtud!

En el presbiterio de la insigne catedral de Búrgos se custodian, en modesto enterramiento, los restos mortales del infante D. Juan.

IV.

Corria el año 1325 cuando el rey D. Alfonso XI, que tenía entónces catorce años, reunió córtés en Valladolid, y se declaró en ellas mayor de edad.

Al principio de su reinado parece como que manifestó el jóven Alfonso igual política que su abuelo D. Sancho IV, con relacion á los ambiciosos magnates, que siempre estaban dispuestos á levantar enseña de rebelion contra su rey y señor; pues no de otra manera entendemos que, sublevados nuevamente el infante don Juan Manuel (el autor del *Chronicon* que lleva su

nombre y de *El Conde de Lucanor*) y el inquieto D. Juan *el Tuerto* (mejor dicho, *el Contrahecho*), digno hijo y heredero del revoltoso infante D. Juan, el monarca, para atraer á la obediencia al primero, que era el más fuerte, y separarle por completo del segundo, que era el más díscolo y el más osado, nombró á aquel adelantado de Andalucía y le pidió para sí la mano de su hija Doña Constanza, — aunque el matrimonio jamás llegó á consumarse, — casando despues esta señora con el príncipe D. Pedro, hijo y sucesor de Alfonso IV, rey de Portugal.

Consiguió entónces el castellano monarca lo que se proponia, mas bien pronto apeló á remedios más enérgicos para apagar en la sangre de los próceres rebeldes el fuego de las civiles discordias.

Al jóven D. Juan *el Contrahecho*, que andaba en tratos con Portugal y Aragon para que hicieran guerra al de Castilla, llamóle á Toro, donde el rey á la sazón se hallaba, con pretexto de amistad y apariencias de agasajarle espléndidamente, y habiéndole invitado á comer en su compañía, el 31 de Octubre de 1326, hízole dar de puñaladas en la misma cámara del banquete; á su favorito D. Alvaro Nuñez de Osorio, á quien habia colmado de señoríos y dignidades, y cuya soberbia y escandalosos cohechos motivaron enconadas rebeliones y sangrientas escenas en Valladolid, Zamora, Toro y otras ciudades del reino, cuando supo que se habia unido á los sediciosos castellanos que acaudillaba el infante D. Juan Manuel, *desna-*

turado del reino desde que el monarca repudió á Doña Constanza, le hizo asesinar alevosamente por un mal caballero que no vaciló en aceptar y cumplir tan odioso encargo; la fortaleza de Valdenebro, mansion y refugio de muchos nobles descontentos, bandidos feudales que desafiaban el poder del soberano y esquilaban con sus rapiñas á los indefensos pueblos, fué sitiada, tomada al asalto y destruida hasta los cimientos, y sus moradores y los allegados de éstos, fueron entregados al hacha del verdugo; el avaro israelita Yuzad de Ecija, tesorero del mismo rey, que se habia enriquecido fabulosamente con los *pechos desafortados*, segun dice la *Crónica*, que se echaban á los pueblos, y malversado en provecho propio los caudales de la Corona, fué condenado á muerte despues de breve sumaria, y decapitado públicamente; D. Juan Alfonso de Haro, D. Lope Gil de Ahumada, D. Juan Martinez de Leiva y otros muchos caballeros que estaban afiliados al bando rebelde de D. Juan Manuel, ó que defendian castillos y *lugares cerrados* en nombre de este magnate, fuéron tambien condenados á muerte, y algunos muertos á lanzadas y áun arrastrados de los cabellos por el mismo iracundo monarca.

Así ganaba este, ántes de llegar á los veinte años de edad, el dictado de *Justiciero* que le ha concedido la historia. «Algunos castigos—dice el Sr. Lafuente—eran acaso bien merecidos, como los que hizo en Córdoba y en Soria; pero todos iban acompañados de cierta

crueldad y sangre fría, admirables en un príncipe tan jóven.»

Por lo ménos, así logró la completa pacificación de sus Estados; porque hasta el ofendido y turbulento infante D. Juan Manuel, aunque aliado de los reyes de Aragon, D. Alfonso IV y D. Pedro *el Ceremonioso*, que le habian nombrado príncipe de Villena, reconoció por fin la soberanía de Alfonso XI, y rindió pleito homenaje á este monarca.

Cruel fué, sin embargo, no justiciero, el rey de Castilla, algunos años más tarde, cuando «fizo degollar y quemar por traydor» al gran maestre de Alcántara, D. Gonzalo Martínez de Oviedo, «uno de los más ilustres adalides y más denodados capitanes de Castilla,» el valeroso vencedor de Abdel-Melek en los campos de Lebrija.

Y es que las ofensas personales, especialmente aquellas que resultan más enconadas por el ódio de una mujer á quien animan deseos de fiera venganza, no son por cierto objeto de clemencia para los poderosos de la tierra.

V.

Gibraltar, la formidable plaza del estrecho conquistada por Fernando IV, que habia caído en poder del emir granadino Muhammad IV, fué tomada luégo por los beni-merines africanos del rey marroquí Abul-Hassan: su defensor castellano, D. Vasco Perez de Meyra, ó fué cobarde ó se dejó sobornar por dádivas y ofrecimien-

tos; y aunque el rey de Castilla «envió fuerzas con gran poder (dicen los cronistas árabes) para recobrarla, cercándola por mar y tierra, no pudo conseguirlo.»

Más despues de una tregua de cuatro años que habian pactado, en 1333, los reyes de Castilla y de Granada (siendo éste Yussuf I, Abul Hegiaz, porque Muhammad IV fué asesinado traidoramente por los merinitas africanos), y despues tambien de una guerra de tres años entre Castilla y Portugal, motivada por las repetidas sublevaciones de los magnates, y en la cual ocurrieron hechos tan señalados como la derrota de la armada portuguesa por el insigne almirante castellano D. Alonso Jofre Tenorio; despues de todo esto, decimos, Alfonso XI emprendió vigorosamente sus campañas contra los moros, y á tiempo.

Era el año 1339.

¿Qué rumor bélico resuena en las ciudades y campos africanos, atraviesa el Estrecho, y se extiende por el ámbito de la península ibérica, por Castilla, Aragon y Portugal, como nuncio acaso de inmensos desastres, y pasa aún más allá de los Pirineos, y llega hasta la corte pontificia, Avignon, donde entónces residia el célebre pontífice Benedicto XII?

Es que se prepara una irrupcion de sarracenos contra la desventurada España: de Africa vinieron los ejércitos árabes que acaudillaban Tarik y Muza; de Africa vinieron los fieros almoravides á fines de la undécima centuria, para fundar su imperio poderoso con los pequeños

reinos musulmanes que se habia levantado sobre las ruinas del califato de Córdoba; de Africa vinieron tambien, á mediados del siglo XII aquellos almohades, cuyo poderío destruyó, cien años despues, el heróico y piadoso conquistador de Córdoba y Sevilla.

Ante la aproximacion de la tempestad rugiente que se cernía sobre el horizonte de Castilla, el rey D. Alfonso XI, bravo, prudente y político, pidió subsidios á las Córtes, auxilio á los reyes de Portugal y de Aragon (aunque estos últimos, así como los mercenarios genoveses que más tarde llamó á su servicio, le salieron bien caros), y diezmos é indulgencias de cruzada el papa Benedicto XII; y pronto vió cumplidos sus ruegos y sus deseos, y se aprestó á la lucha.

Abul Hassan, rey de Marruecos, se apresta igualmente, y su hijo Abdel-Melek, que se hallaba en Algeciras, inicia la campaña con una expedicion contra Lebrija, que le cuesta la vida: sorprendido por los cristianos, que habian recibido confidencias exactas acerca del movimiento que proyectaba el príncipe marroquí, éste cayó en una emboscada, y sus tropas, con él mismo, fuéron pasadas á cuchillo.

Mas en breve lograron los mahometanos alcanzar la revancha, porque la flota castellana, al mando del almirante Jofre Tenorio, fué atacada en aguas del Estrecho por más de doscientas galeras africanas, el dia 4 de Abril de 1340: pelearon con valor incomparable los marinos y soldados castellanos, porque su desesperacion, su convencimiento íntimo de no ser posible una

victoria en aquel desigual combate, daba aliento á su espíritu y pujanza á su brazo; mas todo fué inútil: las galeras africanas rodearon la pequeña flota, y apresáronla ó echaron á pique casi todas las naos. ¡Sólo *cinco galeras* (declara la *Crónica* de Don Alfonso XI) lograron salvarse de tan horrible desastre, y arribar al puerto de Cádiz!

Allí murió gloriosamente el heróico Jofre Tenorio, uno de los primeros caballeros de Castilla por sus virtudes cívicas, su nobleza y su bravura,

¿Cuál miserable cortesano habia osado manchar la honra del insigne almirante, presentándole al suspicaz monarca ó como cobarde ó como traidor, por no haber evitado la llegada de la poderosa armada africana á las aguas de Algeciras? La historia no lo dice, pero sí refiere que la calumnia se habia difundido por Sevilla, donde la córte moraba, y que llegó á oidas de la mujer del hidalgo almirante, quien lo supo en seguida por esta animosa y noble señora: Jofre Tenorio entró, pues, en aquella desigual batalla como se entra en un duelo á muerte por heridas incurables en el honor: con la desesperacion en el alma y en el corazon la amargura.

Cuatro galeras sarraceñas cercaron la nave capitana, y la combatieron reciamente, y la abordaron con fortuna en medio de infernal al-gazara.

«E desde que él vió (refiere la *Crónica* contemporánea) que non tenia gentes con quien la defender, abrazó con el un brazo el estandarte,

et con el otro peleaba..... fasta que le cortaron una pierna, et uvo de caer, et lanzaron de la nave una barra de fierro, et dieronle un golpe en la cabeza de que morió.....»

«Et los moros llegaron á él, et cortáronle la cabeza, et echáronla en la mar, et fincó el cuerpo en la galea, et derribaron el estandarte que estaba en la galea.....»

¡Así pereció aquel sin par caballero, honra y prez de la patria, gloria inmarcesible de la siempre heroica marina de Castilla!

Altar de admiracion han levantado en su pecho los españoles que aman las glorias de su patria, á la imperecedera memoria del almirante Jofre Tenorio; ¿pero la patria misma, esa ingrata patria que suele olvidarse tan á menudo de sus hijos más ilustres, no debia haber esculpido en mármol y bronce la insigne hazaña, el patriótico sacrificio del preclaro almirante de Castilla?

Allí, en la playa de Algeciras, ante las agitados ondas del Estrecho, que fuéron teatro de la sangrienta pelea y sepulcro de los mutilados restos mortales del héroe y de sus bravos marinos, mártires del honor, mártires tambien de la independenciam de la patria, debia alzarse una estatua de Jofre Tenorio, en perpétua recordacion de aquella gloriosa derrota.

Y esa estatua, al lado de Gibraltar, y señalando con una mano las próximas costas africanas, mostraria á nuestros hijos el camino que se debe seguir para alcanzar el engrandecimiento de esta patria idolatrada, ayer tan poderosa

y hoy tan abatida: el camino que ya mostraron los reyes de Castilla Alfonso VII y Fernando III y los reyes de Aragon D. Jaime I *el Conquistador* y D. Pedro III *el Grande*; el camino que mostraron los Reyes Católicos, el cardenal Jimenez de Cisneros, y el conde Pedro Navarro; el camino que mostraron los reyes de España D. Carlos I, D. Felipe V, D. Carlos III y Doña Isabel II. (1)

IV.

No abatió, no, este desastre, aunque terrible y lamentado profundamente, el ánimo bizarro de Alfonso XI: al contrario, semejante á los héroes, cuya bravura se inflama y cuya esperanza se acrecienta con el infortunio, el monarca de Castilla se dispuso en seguida al combate, no sólo para vengar á sus marinos, sino para librar á sus Estados de una irrupcion africana tan numerosa como la de Tarik y Muza en el siglo VIII, ó como la de los almoravides á fines del siglo X.

Entónces dió prueba de gran político, de general prudente y de esforzado guerrero: envió embajadores y cartas á Benedicto XII y á los reyes cristianos de la Península, pidiéndoles

(1) El autor de este libro ha terminado una leyenda en verso, titulada: *El Trafalgar de Castilla*, que conmemora y ensalza el glorioso sacrificio del almirante Jofre Tenorio

consejos y auxilio, y sus peticiones fuéron en gran parte atendidas.

El papa le concedió las indulgencias de cruzada; el rey de Portugal D. Alfonso IV envió en su auxilio una buena flota, al mando del almirante Pezano, y despues, firmado ya el tratado de paz y alianza entre ambos monarcas, él mismo se puso al frente de brillante legion de caballeros lusitanos, y se presentó en Sevilla para tomar parte en la cercana pelea, contra los nuevos invasores; el rey de Aragon D. Pedro IV le facilitó una pequeña armada de quince *galeas de las mejores* (como refiere la *Crónica*), al mando del célebre Moncada; la república de Génova, en fin, tambien le proporcionó algunos bajeles, mandados por el almirante Bocanegra, y á precio de oro, segun costumbre de los mercaderes de aquella Señoría.

Aun la misma Castilla, á pesar del desastre naval de Algeciras, pudo reunir otra pequeña flota, cuyo mando confirió el rey al caballero Ortiz de Calderon, freire-prior de la órden de San Juan.

Los marroquíes, entre tanto, habiendo pasado el Estrecho en número de centenares de miles, pues hay cronista coetáneo que señala nada ménos que 600.000, comandados por el mismo Abul-Hassam, rey de Marruecos, padre del infortunado Abdel-Melek, pusieron sitio á Tarifa, defendida á la sazón por el bravo castellano D. Juan Alfonso de Benavides.

Era hácia mediados de Setiembre de 1340.

¿Qué hacer en aquel apurado trance, cuando

aún no se habían reunido los ejércitos cristianos, y peligraba ya, á pesar del heroísmo de los sitiados, aquella plaza que recordaba los heroicos hechos de Alfonso Pérez de Guzman, *el Bueno*? Animar, enardecer el valor de los defensores, anunciándoles la llegada inmediata de salvador socorro.

¡Más de un mes se defendieron, con tal esperanza, aquellos esforzados castellanos!

Llegó el 28 de Octubre, y el ejército de Alfonso XI de Castilla, aumentado con la brillante hueste de Alfonso IV de Portugal, apareció ante los muros de aquella fortaleza insigne, y acampó en la margen derecha del río Salado: enfrente, sobre la margen izquierda, acampaba ya la inmensa morisma africana, á la cual se había unido un ejército poderoso de moros andaluces, mandados por el emir granadino Yussuf I Abul Hegiaz.

¡Ojalá tuviéramos espacio para describir la asombrosa victoria del Salado, con todo el detenimiento que exige aquel suceso grandioso! ¡Ojalá pudiéramos, al ménos, copiar aquí literalmente las hermosas páginas, llenas de grandeza, de majestad, hasta de elegancia y bizarra gallardía, que dejó escritas un autor contemporáneo en la ya citada *Crónica de Don Alfonso el Onceno*!

Al rayar el alba del día 30, todo el ejército cristiano estaba arrodillado ante la hostia consagrada, que elevaba en sus manos el arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz: los reyes, los grandes, los maestros y caballeros de las órdenes,

los hijo-dalgos, los caritanes y procuradores de los concejos, los soldados, en fin, imploraban piadosamente el auxilio del Dios de los ejércitos, y se disponían para la pelea como verdaderos adalides cristianos.

Comenzaba el sol, el triste sol de Octubre, á dorar con sus reflejos los quebrados peñascos del vecino Gébal-Tarik, cuando se dió la señal del combate.

Pasaron el rio los valerosos Garcilaso y Gonzalo de la Vega, al frente de un buen golpe de jinetes, y siguiéronles otros caballeros, con sus mesnadas y gentes de armas, y pasó despues el rey de Castilla, para atacar el centro del enemigo: aquellos derrotaron una lucida hueste de africanos, obligándola á huir en desórden, y siguiendo adelante, aunque heridos los dos, dieron tiempo á que les llegára socorro, á que el grueso del ejército castellano pasase el rio, á que la batalla, en fin, se empeñase reñidamente entre los dos haces enemigas.

Al mismo tiempo, la hueste portuguesa, reforzada por valerosos jinetes castellanos, y mandada por el mismo rey D. Alfonso IV, á quien acompañaban los maestros de las Ordenes de Santiago y de Avis, y prelados, caballeros y valientes adalides, pasó tambien el Salado, y acometió, segun se habia convenido, á los moros granadinos, consiguiendo desde el primer momento grandes ventajas en la pelea, arrollando luégo á sus amedrentados enemigos, acuchillándolos despues sin descanso, haciéndoles huir, en fin, á la desbandada, hácia el campo de Algeciras.

También los campeones de Tarifa, los heroicos sitiados á quienes alentaba y daba ejemplo el bizarro caballero Benavides, hicieron una impetuosa salida, cayeron sobre los ya fugitivos africanos, llenánronles de pavor, y les obligaron á emprender vergonzosa fuga.

El rey de Castilla, el animoso Alfonso XI, hacía estragos, al frente del grueso de sus tropas, en las filas enemigas.

Hubo un instante de terrible angustia: los montañeses del Atlas, al huir hácia el mar, lanzaron una nube de flechas contra la legion del monarca; y éste, que sintió rebotar alguna en la férrea armadura del caballo que montaba, irguióse con ademan arrogante y alentó á sus soldados con palabras de fuego:

—¡A ellos!—les gritaba—¡A ellos, hijos míos! ¡Hoy probaremos al mundo lo que son los leones de Castilla!

La *Crónica* nos ha conservado estas palabras memorables, que son como el testimonio del gran valor y patriótica saña que enardecían entonces el corazón de Alfonso XI.

«*Feridos, feridos—gritaba—ca yo soy el rey de Castiella et de Leon, ca el dia de hoy veré yo quales son mis vasallos, et verán ellos quien yo soy.*»

¡Dia de inmensa gloria para Castilla! ¡Dia de inmensa gloria para la cristiandad entera!

Los ejércitos de Abul-Hassam y de Yussuf I Abul Hegiaz fuéron completamente derrotados, quedando en el campo de batalla, en el rio, «que parecia de sangre,» en el valle y en los montes

cercanos, en el camino de Algeciras, en todos los alrededores del sitio del combate, un número incalculable de africanos y granadinos; el campamento del rey de Marruecos fué tomado al asalto, como en la batalla de las Navas de Tolosa, y pasados á cuchillo sus moradores, entre ellos dos hijos del sultan y su esposa más amada; los cautivos fuéron muchos, y de gran valía; las riquezas halladas no es posible siquiera mencionarlas.

Los mismos historiadores árabes contemporáneos, al describir esta batalla, nombrada por ellos de *Guad-Alecito*, la califican de «infausta y cruel para los fieles que sufrieron en gran número el martirio de la espada,» en aquel día memorable.

Los reyes fugitivos, deteniéndose apénas en Algeciras, corrieron á refugiarse en sus Estados: el de Marruecos se embarcó para Gibraltar y Tánger, y el de Granada para Marbella; y ambos habrían caído en poder del rey de Castilla, si el almirante aragonés *Moncada* hubiese vigilado el Estrecho, según órdenes que se le habían comunicado.

Tal fué la victoria del Salado, el día, como queda dicho, 30 de Octubre de 1340.

V.

Fuerza es que terminemos este capítulo, y con él la primera parte de las narraciones históricas de la Reconquista, porque el espacio son falta.

Alfonso XI queria ser el restaurador de la independencia de la patria, y corazon no le faltaba para lograrlo: en el verano de 1341 llevó á cabo afortunadas correrías por tierra de Granada, apoderándose de fortalezas importantes; y en 1342, despues de victoriosas empresas que ejecutó las flota aliada de Portugal y Castilla, á la cual se habia unido la de Génova, puso sitio á Algeciras, aquella plaza que habian codiciado sus nobles antecesores en el trono, y que resistia desesperadamente.

¿Quién ignora que el cerco de Algeciras es un poema de gloria para el rey Alfonso XI?

Allí demostró este monarca su valor incomparable, su fuerza de voluntad, su gran corazon en presencia de las contrariedades, su constancia invencible, su paciencia de mártir en las privaciones, su ánimo esforzado en medio de viles asechanzas, de horribles peligros, de vicisitudes espantosas.

«El fué—dice el historiador extranjero Romey—memorable ejemplo de lo que puede la voluntad de un hombre, que lucha á la vez contra la falta de dinero, de víveres, de aliados, de recursos de todo género.»

El cielo premió tanta constancia: despues de veinte meses de asedio, Algeciras abrió sus puertas al soberano de Castilla el dia 26 de Marzo de 1344, y los aliados musulmanes, el emir granadino y el hijo segundo de Abul-Hassam, el príncipe Ali, retiráronse de nuevo á sus Estados, á ocultar la vergüenza de la derrota que habian sufrido.

Aún no descansó aquel activo soberano, quien, como dice la *Crónica*, «cuando lo menguaba de contender et trabajar contra los enemigos, contendia et trabajaba contra los venados de los montes;» y en el verano de 1349 puso sitio á Gibraltar.

Mas estaban ya contados los dias de Alfonso XI.

Hácia principios de Octubre del mismo año se desarrolló aquella terrible epidemia que, por sus desastrosos efectos, se conoce en la historia con el fatídico nombre de la *mortandad grande*, y la cual, segun cronistas contemporáneos de varios países, ocasionó la muerte de «más de las dos terceras partes de la gente del mundo,» como dice el *Chronicon* de Coimbra.

El real de Castilla fué invadido por la peste á principios de Enero de 1350, y la muerte arrebató en pocos dias á muchos guerreros sitiadores de Gibraltar.

¿Por qué el rey de Castilla no levantó el cerco? Porque era mengua de honra—contestaba el soberano á los que así le aconsejaban—abandonar un empeño tan glorioso por miedo á la muerte.

No le abandonó, en efecto; pero esa despiadada muerte segó prematuramente la vida del inclito Alfonso XI: adoleció éste, víctima de la epidemia reinante, á mediados de Marzo, y el dia 26, al romper el alba, entregó su espíritu en manos del Creador, muriendo con santa resignacion y admirable fortaleza de ánimo.

¡Hasta los mismos cronistas árabes confiesan

que murió entonces uno de los príncipes más grandes del mundo! ¡Hasta los mismos sitiados de Gibraltar «tributaron honores fúnebres» al cadáver del vencedor en el Salado y en Algeciras, y los más esclarecidos caballeros granadinos «vistieron de luto!»

Gran rey habría sido D. Alfonso XI si hubiese sabido dominar sus pasiones: estaba casado con la princesa Doña María de Portugal, hija de Alfonso IV, virtuosa, bella y digna; mas desdeñóla por la célebre Doña Leonor de Guzman, hija de D. Pedro Nuñez de Guzman y de Doña Beatriz Ponce de Leon, y viuda del caballero castellano D. Juan de Velasco.

Muchos años de guerras y desgracias, y un cambio de dinastía efectuado por medio de horrible fraticidio, habian de producir, andando el tiempo, los adulterinos amores del rey Alfonso XI.

CONCLUSION.

Rápidamente hemos bosquejado en estas páginas la historia de la Reconquista, desde el verdadero fundador de la monarquía leonesa, Alfonso III *el Magno*, por su renuncia en el castillo de Boides, hasta el esclarecido guerrero que ganó la victoria del Salado, que tomó á Algeciras y que murió prematuramente ante los muros de Gibraltar.

Han pasado por la mente del lector, si nuestra modesta narracion ha logrado interesarle, hechos de gloria inmarcesible y hechos de gran

desventura para la patria: al par de los Alfonso y Fernandos, cuyas memorables hazañas dieron por resultado el engrandecimiento del reino de Pelayo, desde las montañas de Asturias hasta la frontera de Granada, hemos visto aparecer monarcas tan desdichados como Sancho *el Craso* y Doña Urraca de Castilla; al par de las milagrosas victorias de Toledo, de las Navas de Tolosa, de Córdoba y Sevilla, hemos descrito las atrevidas y asoladoras irrupciones de Almanzor, y derrotas como la de Zalaca y Alarcos; al par, en fin, de la disolucion del califato de los Omniadas, fundado por Abderrahman I, hemos visto levantarse el imperio de los almoravides con Yussud ben Tachfin y el de los almohades con Abdelmumen ben Ali, y luégo desaparecer unos y otros, y los pequeños reinos musulmanes que habian creado la envidia y la rivalidad de los antiguos emires.

Todavía queda el reino de Granada, y aún ha de pasar cerca de un siglo y medio ántes de que la cruz de Jesucristo y la bandera de Castilla se alcen sobre el pendon mahometano en las almenas de la Alhambra; pero la Reconquista está hecha, y ninguna nueva invasion de africanos, despues de la fuga vergonzosa de Abul Hassam en la batalla del Salado, y de Ali, su hijo, en el cerco de Algeciras, ha de entorpecer el fin de la grandiosa empresa que inauguró el inmortal Pelayo.

La entorpecerán los mismos soberanos y los mismos guerreros de Castilla, gastando en intestinas revueltas, en luchas sangrientas y es-

tériles, por espacio de más de un siglo, las fuerzas propias que debían destinar á conseguir cuanto ántes la unificación de la patria.

Y esta empresa fué reservada por la Providencia á los Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando.

Medítense, analícense los acontecimientos que hemos procurado describir fielmente, aunque á grandes rasgos, en estas páginas, y se hallarán, esto es cierto, lecciones de saludable enseñanza para los pueblos, para los reyes y para los ciudadanos.

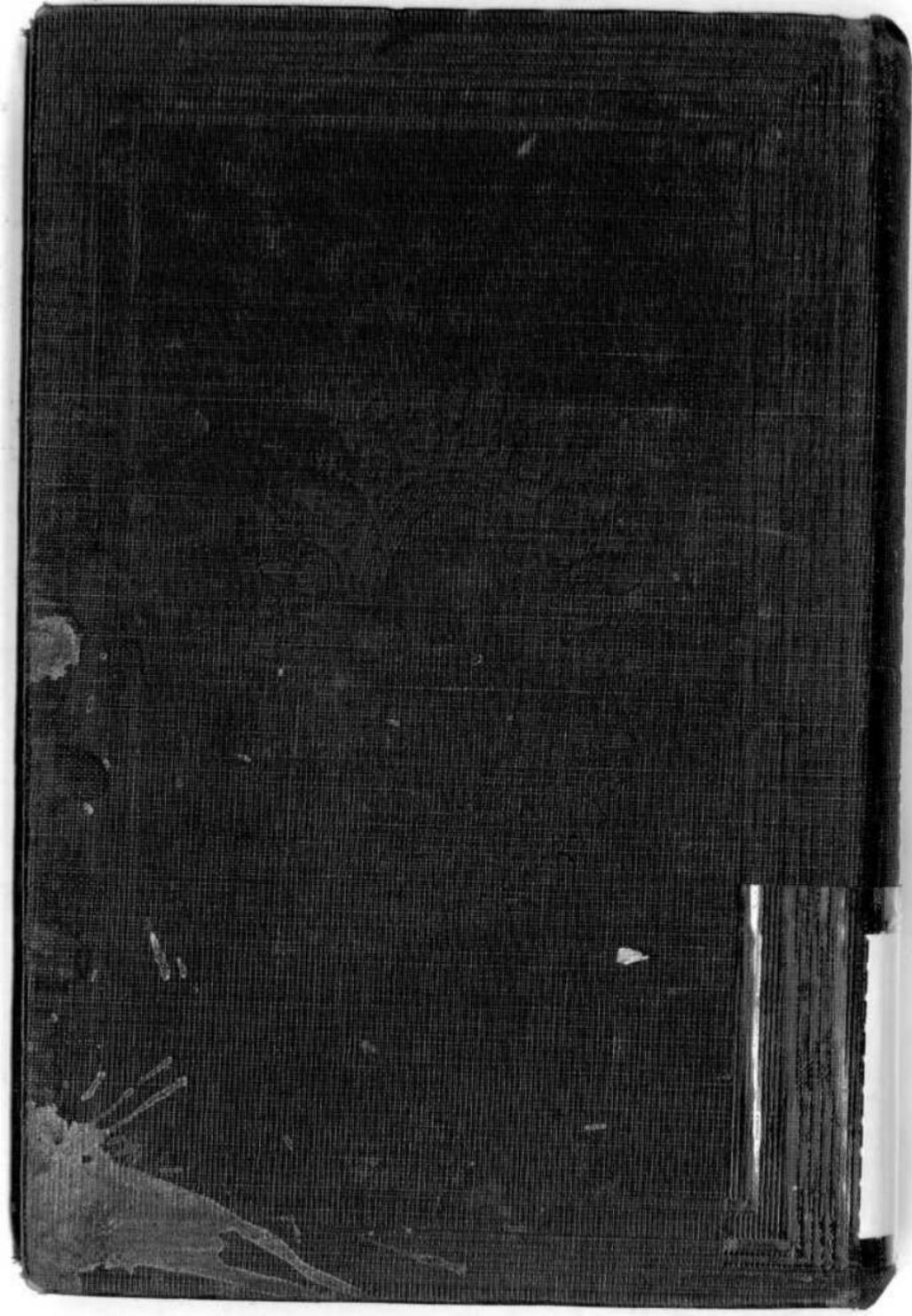
«Que la Historia del tiempo pasado,—ha dicho un eminente publicista italiano del siglo XVI, y la experiencia acredita la exactitud de esta observación—es la Historia del tiempo venidero: sólo se diferencian estas dos historias en los nombres; los sucesos están sometidos á la misma inflexible ley.»

FIN.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria del editor.	3
Dedicatoria del autor.	5
CAPITULO I.—Advertencias al lector, por vía de prólogo.—Reyes de Astúrias: Ramiro I y Ordoño II.—Famosas rebeliones de Muza-ben-Zeyah y Omar-ben-Hafsun.—Errores notables de D. Juan Antonio Conde y D. Modesto Lafuente.—Rectificaciones.	7
CAP. II.—Reinado de Alfonso III, <i>el Magno</i> .—Sucesion á la corona.—Rebeliones de los magnates.—Situacion del imperio musulmico.—Victorias del rey de Astúrias.—Batalla de Polvoraria.—Rebelion de la reina Jimena y del príncipe García.—Abdicacion de Alfonso III.—Ultimo hecho de armas.	21
CAP. III.—Gobernadores de los Estados.—García I de Leon y de Astúrias.—Ordoño II.—Victoria de San Estéban de Gormaz y derrota de Valjunquera.—Desde Fruela II á Ramiro II.—Batalla de Simancas y del Foso de Zamora.—Origen del Condado y de la independenciam de Castilla.—Fernan-Gonzalez.	39
CAP. IV.—De Ordoño III á Ramiro III.—El califato de Córdoba.—Abderrahman III <i>el Magnánimo</i> y Al-Hakem II, <i>el Sabio</i> .—Grandezas de estos monarcas agarenos.	52
CAP. V.—Bermudo II, <i>el Gotoso</i> .—Diversos y contradictorios juicios de los cronistas.—Mohammed-ben-Abdallah, <i>Almanzor</i> .—Sus victorias.—Toma y saqueo de Leon.—Batalla de Calatañazor.—Alfonso V y Bermudo III.—Disolucion del califato de Córdoba.	65
CAP. VI.—Primera union de los reinos de Castilla y de Leon, bajo el cetro de Fernando I.—Sábias disposiciones de este monarca.—Concilio de Collanza.—Batalla de Atapuerca, y muerte de García de Navarra.—Campañas contra los agarenos.—Primer sitio de Valencia.—Muerte ejemplar de Fernando I.—Funesta particion del reino.	82
CAP. VII.—Reinado de Sancho II de Castilla.—Alteraciones y turbulencias.—Batallas de Llantada, Golpejar y Santarem.—Fuga de Alfonso VI á Toledo.—El cerco de Zamora.—Traicion de Bellido Dolfos.— <i>El Cid Campeador</i> , Rodrigo Diaz de Vivar.	95
CAP. VIII.—Reinado de Alfonso VI.—Jura de Santa Gadea.—Campaña de Alfonso contra el rey moro de	

	Págs.
Sevilla.—Pacto de amistad y alianza con el mismo. —La princesa Zaida.—Conquista de Toledo.	106
CAP. IX.—Irrupcion de los Almoravides.—Desgracia- da batalla de Zalaca.—Trágico fin de los emires de Sevilla, Granada, Badajoz y Valencia.—Victorias del Cid Campeador.—Conquista de Valencia.—Muerte del ilustre caballero castellano.	120
CAP. X.—Batalla de Uclés y muerte del príncipe Don Sancho.—Fallecimiento de Alfonso VI.—Deplorable reinado de Doña Urraca de Castilla.—Sitio de To- ledo por los almoravides.—Proclamacion de Alfon- so VII como emperador de España.	135
CAP. XI.—Independencia de Portugal.—Campaña de Alfonso VII contra los agarenos.—Toma de Alme- ría.—Muerte del Emperador.—Sancho III de Casti- lla y Fernando II de Leon.—Milicias sagradas.—Al- fonso VIII de Castilla.—Agitada memoria del rey.— Desastre de Alarcos.	150
CAP. XII.—Las Navas de Tolosa.—Legion extran- jera y su indigna conducta.—Derrota de los musul- manes.—Alfonso IX de Leon y Enrique I de Casti- lla.—Fernando III y Doña Berenguela.—Conquista de Córdoba.	164
CAP. XIII.—Conquista de Sevilla.—Muerte ejemplar de Fernando III, <i>el Santo</i> .—Reinado de Alfonso X, <i>el Sabio</i> .—Desventuras de este monarca.—Su muerte.	181
CAP. XIV.—Una observacion.—Reinado de Don Al- fonso X, <i>el Sabio</i> .—Conquistas en el Algarbe, y ce- sion de esta comarca á Portugal.—Pretension de Al- fonso á la corona de Alemania.—Expediciones con- tra los infieles.—Los Beni-Merines.—Desgraciado sitio de Algeciras.—Rebelion del infante D. Sancho. —Muerte del rey.	192
CAP. XV.—Reinado de D. Sancho IV, <i>el Bravo</i> .—Inva- sion de los Beni-Merines.—Disturbios en Castilla.— Conquista de Tarifa.—Alonso Perez de Guzman, <i>el Bueno</i> .—Reinado de D. Fernando IV, <i>el Emplaza- do</i> .—Nuevos disturbios.—Conquista de Gibraltar.	208
CAP. XVI.—Don Fernando IV y Doña Maria de Molina.—Sitio de Algeciras y toma de Gibraltar.— Alfonso XI.—Nuevas revueltas.—Irrupcion africa- na.—Desgraciado combate naval.—El Salado.—Con- quista de Algeciras.—Sitio de Gibraltar.	219



G-11936